CASCABEL

20 centavos en todo el país.





CASCABELEOS

HAUMENTO DE FAMILIA

HESTA semana tenemo una nobedad de vulto a la redapción, y la susodicha nobedad conciste en el natalisio de un hijo segundo del secretario, al cual le an puesto el nonbre de carloS y devido a lo cual se emo reunido todo los muchacho de acá y lemos dado al padre un banquete mostruo y dicho sea lo de mostruo sin queso afepte su buen nonbre y onor. Contra todo lo que himaginamo el asunto del ijo que esperaba resultó ser sierto. Yo lo bi con mi propio sojo y es un pibe de berdad, lindo y sanito que da gusto a no ser que sea halquilado porque contal de darse corte el secre es capás de no fijarse en peso más o meno. A lo primero se sospechava que lo del beivi encargado a pariS era un boleto del coso, primero porque con el asunto del bloqueo es un prolema traer produptos al paix, y después porque el secre se pasa la bida hinbentando istorias para optener dinero adelantado y en una de esas es capás de mandarse la parte y benirse todos los mese conque tiene un ijo, dicho sea sin que afepte su buen nonbre ni honor.

De todas manera y sea como sea, el asunto es que el honbre respira paternidad por todas parte y handa con una pinta de patriarca que a la final sehestá hasiendo odiar por todos, y mucho más por los que tienen solamente ijos mujeres y el tipo les hestá refregando el ijo y les dise: ¡ay que tener muñeca, jilitos! Ya ban dos o tre que lo an tomado entre hojos y en una de hesas lo ban a dejar mormoso, porque un poco de paternidad hestá bien pero ya tanta y tanta a la final aburre y no hay que aser tanto lío por que en la casa se presenta un segundo génito. En mi casa fuimo beinte y cuatro barone y al biejo nunca le dieron banquete de dos peso el cuvierto...

Hal saber la notisia del natalisio, el direptor se portó muy bien. De modo propio inisió una suscrisión que optuvo un ésito que más se quisieran muchos secretarios. La suma recaudada hascendió a tres sientos peso, los cuale fueron inbertido en pagar a la inprenta, porque total el nene es muy chico para handar con tanta plata ensima y si se lo hentregaba al padre a lo mejor se lo gasta en vevida a la cual es muy afepto, dicho sea sin que hesto afepte su buen nonbre ni honor, y a la final a todo el mundo le gusta el drogui y la juntA reguladorA del vinO se enyena los bolsillo a costa de los curda. Y además el direptoR dijo que el mejor regalo para el pibe era darle travajo al padre, porque nada hay tan feo como un honbre cargado de familia y asiendo papelone cuando los chicos se paran enfrente de las bidrieras y el tipo los tironea y les dise que es tarde y ban a perder el ónibus.



En nonbre de todos los conpañero, reciva nuestras felisitacione el señor secre.

CESAR BRUTO

Cascabel. - Nº 33. - Semanario humorístico de la Editorial Cascabel (Sociedad de Responsabilidad Limitada). - Aparece todos los miércoles. - Precio: 20 centavos en toda la República Argentina. - Redacción y administración: Avenida de Mayo 560 (7º piso), Buenos Aires. Teléfonos: 33, Avenida, 2558 y 2559. - Derechos exclusivos de reproducción para la Argentina de la revista norteamericana "Gags". - Servicios contratadas de King Features Syndicate, United Syndicate y Esquire Syindicate. - Todo el material de Cascabel está protegido por la ley de propiedad intelectual y artística. - Queda prohibida la reproducción.

Correo Argent. FRANQUEO PAGADO TARIFA REDUCIDA
CONCESION Nº 5654
Prop. intelec. Nº 104.305

CARTAS DE VIEYTES

SEMANARIO HUMORISTICO
Julio 1º de 1942
CASCABEL
Nº 33
APARECE LOS MIERCOLES

Señor director:

YA le conté el proyecto que tenemos por aquí de sacar un periódico, aprovechando que entre nosotros se hallan asiladas las más grandes personalidades del mundo contemporáneo y de todas las épocas. ¿Quién podrá competir con nosotros si tenemos como redactores a Napoleón, Mussolini, Carlitos Chaplin, Mahatma Gandhi, Maquiavelo, Serrano Suñer (el otro día me equivoqué y escribí Cuñado Suñer), Hitler, el general Invierno y muchos otros asilados?

MI reportaje al general Invierno fracasó por completo. Se lo comunico sin ninguna jactancia, porque yo no me enorgullezco ni de mis triunfos ni de mis derrotas.

Mis explicaciones no se parecen a las de los partes militares que nos informan que todo estaba previsto para el triunfo, pero que falló lo inesperado y que la victoria moral corresponde a los que redactaron el parte. Nada de eso. El general Invierno se había mudado y en su lugar salió a recibirme el Veranito de San Juan. Dejo la entrevista para otra oportunidad.

¿SE acuerda, señor director, de las fogatas que prendíamos los muchachos del barrio para San Juan y San Pedro? Son uno de los recuerdos más lindos de la infancia. Las calles solitarias se llenaban de altas llamaradas, rojas y chisporroteantes en medio de la noche. Los muchachos saltaban sobre ellas o les bailaban en rueda, con una alegría que les brotaba de lo más hondo, como si tuvieran conciencia de que estaban celebrando un rito antiquísimo. Era una linda y antigua tradición popular.

Ahora la policía las ha prohibido. Las que encuentra las apaga con carros de riego y se lleva detenidos a los muchachos por alborotar en la vía pública.

CADA vez que paseo por la calle tengo la sensación de que a las muchedumbres les han pasado un carro de riego y les han apagado todas las fogatas. ¡Qué gente sin llama, sin chispa, sin chisporroteo! ¿Usted cree que se entusiasma por algo? ¿Vió alguna manifestación protestando por el hundimiento del "Río Tercero"? Yo no.

Indudablemente su leña está húmeda y en lugar de llama despide un humo pesado, una cortina de humo para esconderse.

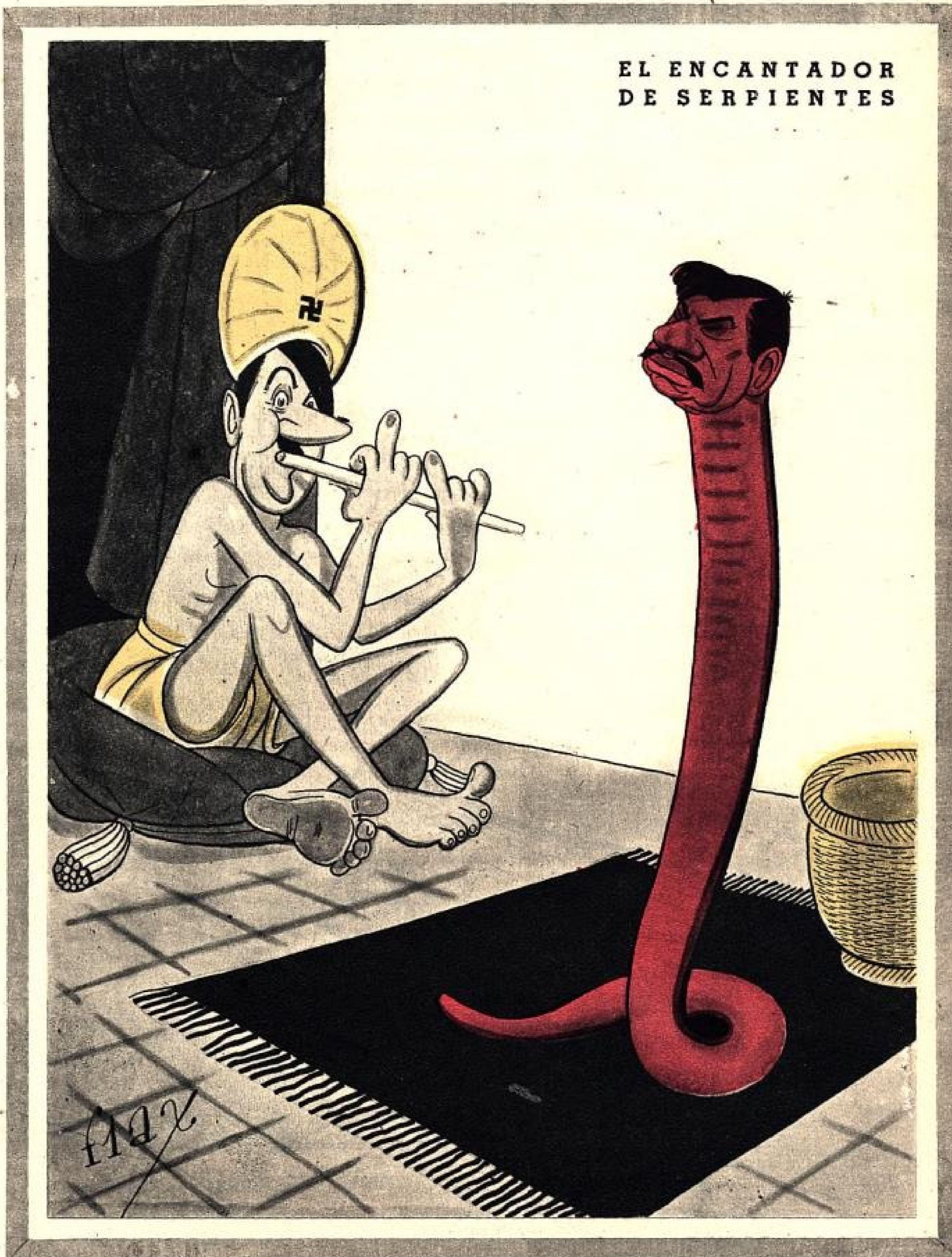
A propósito de San Juan y de las fogatas... (¡Qué facilidad tengo yo para asociar ideas y decir "a propósito" después de cualquier cosa!). A propósito de San Juan, me enteré de que en un teatro de revistas representaban un ballet llamado "Salomé", en el que aparecía, como es natural, un San Juan, y una comisión de censura lo encontró inconveniente. ¿Es que la tienen las autoridades en contra de San Juan y de las fogatas?

El teatro estuvo a punto de suspender el espectáculo, pero pronto encontró un recurso salvador. Le quitó el título "Salomé" y le puso "Leyenda". La moral estaba salvada.

ENTRE nosotros muchas cosas son cuestión de título. También de títulos universitarios o burocráticos. ¿Se acuerda de aquella película — "Tres argentinos en París" — que iba a ser prohibida y se salvó gracias a un oportuno cambio de título? Le pusieron "Tres anclados en París" y ya nadie protestó. Pero desde entonces "anclado" resulta casi un sinónimo de "argentino".

¡Qué macana! Y yo que quería hablarle del diario que vamos a publicar...

EL SOLDADO DESCONOCIDO



EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

LA SANGRE DEL BUEY

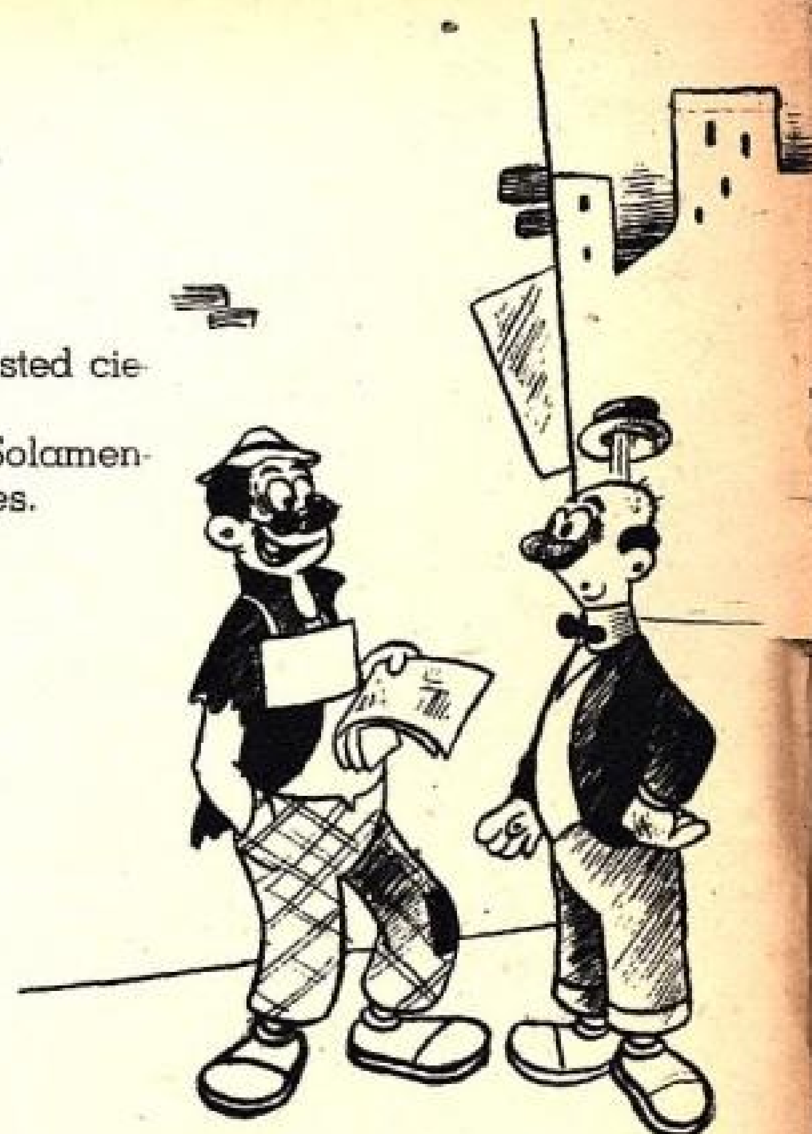
ENTRE las cosas raras con que nos asombran los yanquis, se ha divulgado recientemente que sus hombres de ciencia han logrado suplantar, para las transfusiones, la sangre humana, por sangre de buey. La importancia de este método, parece un poco relativa, si nos atenemos al gran derroche de sangre humana que se hace actualmente, pero de cualquier manera es grato saber que los hombres puedan vivir indistintamente, con sangre propia o de otro animal que no sea su prójimo.

Así, en el futuro y cuando se haya popularizado el método en cuestión, puede ser que el mismo contribuya a evitar las guerras; porque los ciudadanos no tendrán necesidad de dar su sangre por la patria, por tenerla de buey y porque, como es bien sabido, entre bueyes no hay cornadas.

LA SERPIENTE DE CASCABEL



—¡Por última vez les repito que Uds. no tienen derecho a licencia anual!



—Cómo, ¿es usted ciego y lée?
—No, no leo. Solamente miro los chistes.



—¡Y como no quedaba esencia de eucalipto...!



—¿No te parece querida, que mejor será que nos peleemos con las almohadas? ¡Nos va a salir más barato!



—No te preocupes querida, que en cinco minutos te arreglo la descompostura.





—Señor: tengo el honor de pedirle la mano de su hija...
—¡Nunca!
—¿Entonces me dice la hora, por favor?

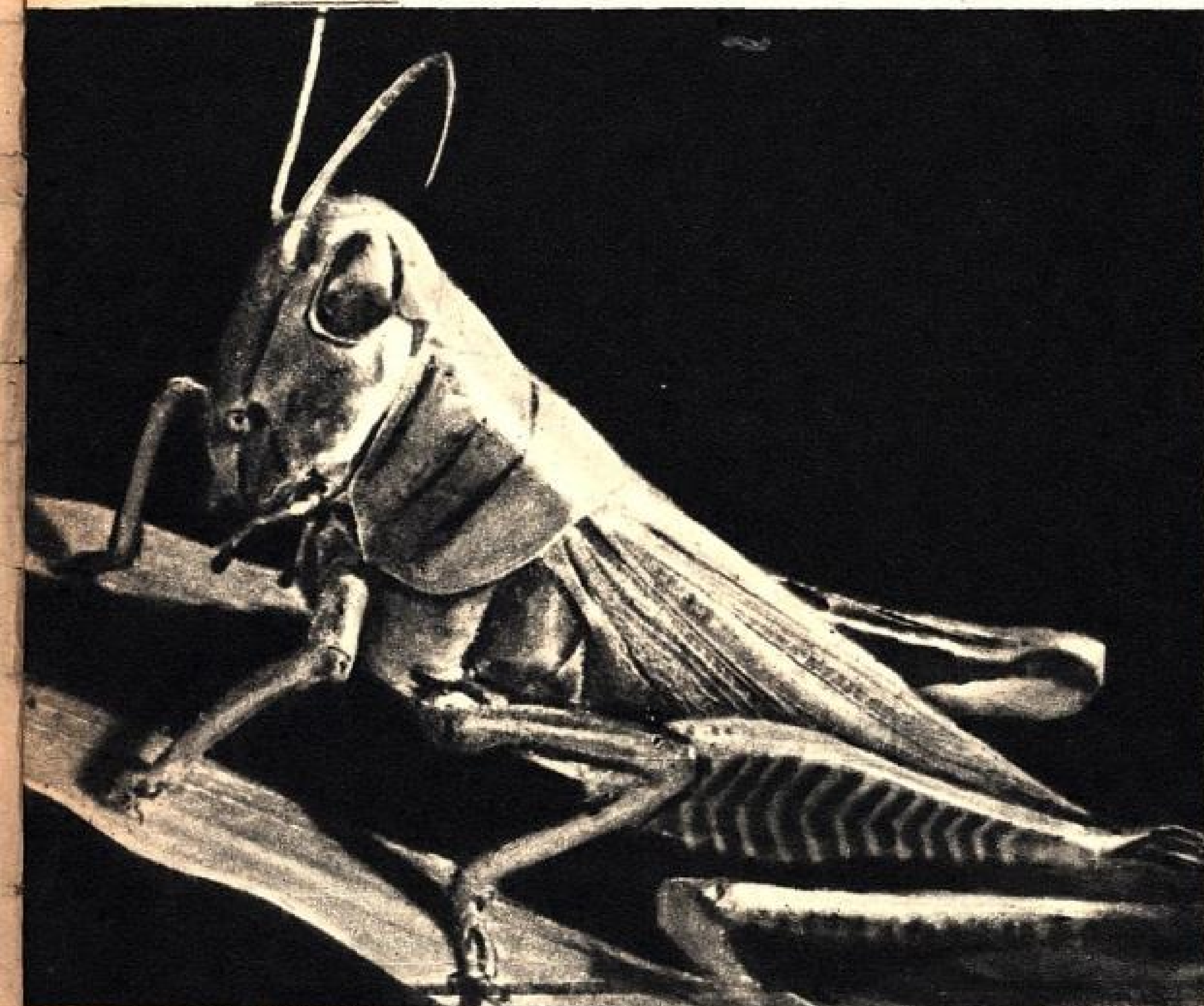


¡¡EL FRIO AMENAZA A LA DEFENSA AGRICOLA!!

Como el sentido de gobierno se manifiesta en la previsión y como nosotros tenemos muy desarrollado el sentido de gobierno —aunque el gobierno se empeñe en no hacernos caso—, encaramos aquí un serio problema que no existe. No hace falta decir que no existe por ahora, pero que existirá sin duda dentro de algunos meses.

COMO ES EL SENTIDO DE GOBIERNO

Cuando un hombre siente frío hace dos cosas: la primera calificar el frío con adjetivos rotundos y casi siempre desvinculados de las características específicas del frío; la segunda, procurarse un abrigo. Pues bien, ese hombre no actúa con sentido de gobierno. Si en vez de ser un simple hombre fuera un gobierno procedería dentro de una de las dos normas siguientes: se adelantaría previsoramente al frío para que éste no lo tomara de sorpresa (norma teórica y absolutamente inaudita); o tomaría enérgicas medidas, luego de pensarlo con calma, para contrarrestar los efectos del frío en el próximo verano (norma vigente).



Pues bien, a nosotros nos gusta la primera norma, porque la segunda es aplicada por el gobierno en forma constante y está visto que haciendo lo mismo que el gobierno no se puede ser opositor (por lo menos haciéndolo al mismo tiempo).

LOS EFECTOS DEL FRIO, QUE NADIE VE

En estos días de frío que pela, todo el mundo se ha procurado su prudente acumulación de abrigos, ha proferido los adjetivos pertinentes, y nada más. Mientras tanto, en la febril baraúnda de nuestra sala de redacción, nosotros hemos reflexionado sobre el porvenir de la Defensa Agrícola. Porque es el caso que con estos fríos tiene que haberse resentido gravemente la producción de langostas para la próxima temporada veraniega, y las langostas son para la Defensa Agrícola como el amor para los corazones jóvenes.

Imagínese el drama de los probos funcionarios a quienes el Estado ha confiado la tarea de combatir las mangas de langostas, cuando, a falta de langostas, se encuentren sin el elemento básico de trabajo para servir al Estado.

PREPAREMONOS PARA LA ESCASEZ DE ACRIDIOS

Este capítulo también se refiere a las langostas, pero están ocultas bajo el nombre que usan en sus relaciones con el gobierno. En la literatura oficial se les llama "acridios", lo cual probablemente origina en muchos casos el bajo grado de eficiencia demostrado por algunas seccionales de la Defensa Agrícola en la destrucción de estos bichos: los empleados se vuelven locos b u s c a n d o acridios, de acuerdo con las instrucciones que llevan, y entre tanto las langostas se comen las cosechas.

Con cualquier nombre que sea, preparémonos a carecer de estos insectos. Habrá que buscarles substitutos adecuados, o tomar medidas prudentes para evitar la crisis. De otra manera, se produciría una debacle en la Defensa Agrícola y un desequilibrio en el presupuesto nacional, pues aquella repartición es uno de los pilares más productivos de gastos. Si desaparecieran los acreditados langosteros, se desinflaría el déficit financiero del gobierno, los opositores no tendrían de qué agarrarse para ser opositores y ocurrirían otras calamidades.

SE DEBE EQUILIBRAR LA PRODUCCION Y EL CONSUMO

Obsérvese el resultado de la política imprevisora. El gobierno ha acumulado enormes stocks de maíz y hace propaganda para elevar su consumo. Por otra parte, estamos frente a la desaparición de uno de los principales consumidores de maíz: la langosta. Con semejante política no hay problema que aguante, y sin problemas no hay gobierno que resulte necesario. De donde resulta claro que el primer deber de todo gobierno es atender a la conservación de los problemas.

No basta con estimular entre los humanos el apetito por los manjares a base de maíz. Para conseguir que la población devore los montones que hay acumulados, habrá que convencer primero a la población de que el maíz es delicioso y es sabido que la gente no quiere creer nada. En cambio las langostas se lo comen sin propaganda de ninguna especie.

HAY QUE FOMENTAR LAS MANGAS

Por favor: que no haya equívocos. No nos referimos a las mangas a base de réditos, impuestos internos, externos, intermedios y otros; de esas ya se ocupa con sobrada eficacia el gobierno. Lo que es necesario fomentar son las mangas de langostas, para que no languidezca dolorosamente la noble institución de la Defensa Agrícola. El gobierno puede hacerlo mediante un caluroso llamado a la multiplicación langosteril, que mitigue los efectos de la baja temperatura. Y si esto no da los resultados ansiados, debe importar langostas de cualquier parte.

Casualmente hemos oído hablar de que en Chile hay langostas muy buenas. Se dice que son un poco caras, pero el gobierno no debe omitir sacrificios cuando se trata de la defensa nacional. Y en este caso nadie podrá negar que la Defensa Agrícola es nacional.



A MI ME SALVÓ LA CAZA

por GUILLERMO LANUS

¡COMO no voy a hablar bien de la caza, yo, que le debo a ella: la casa y el casamiento! Claro que muchos se reirán de la última manifestación mía, pero, soy de los pocos maridos "no arrepentidos"; por esa razón no tengo ningún empacho en decirlo. (A propósito de empacho: tengo al nene empachado hace tres días. Esta noche vendrá la comadre a tirarle el pellejito del lomo por tercera vez, y creo que lo desempachará del todo). Bien, dejo la casa y sigo con la caza.

Cuando andaba de novio con la que hoy es mi esposa, tenía un puestito de aves en el mercado del barrio. Como eso sólo constituía mi patrimonio ante la desahogada posición de ella, tenía que rebuscármela con alguna mentirilla. (¡Cómo estoy!)

Me mandaba la milanesa de conocer a todas las personas influyentes del pueblo. "El juez de paz solía tomar mate en la paz de mi casa; con el intendente era como el pantalón con la bota, ¡y con el comisario!, bueno; el comisario, ante una sola palabra mía, era capaz de soltar al tío del "Pibe Cabeza". Y así, con esos inofensivos boletos, le ponía el completo al corazón de mi prenda.

Pero un día...

—Lo llaman a usted por teléfono — me dijo el peón del puesto.

Tomé el tubo displicentemente, como lo toma cualquier comerciante para atender uno de los tantos pedidos. De displicentemente pasé, poco a poco, a "tenazamente". Era mi novia la que hablaba. Acababa de chocar con su auto contra una columna de alumbrado, la que arrancó de cuajo; a un lechero le rompió tres cajones con cuajadas, y a mí casi se me cuaja la sangre, del susto.

—Pero..., a vos (la tuteaba), ¿no te pasó nada? — dije, entre amoroso y asustado.

—No — me contestó —, pero al vigilante de la esquina lo emboqué graciosamente en el balcón de un segundo piso.

Hasta ahí toda una película tragi-cómica; lo que dijo después me hizo erizar los "películos" de la cabeza:

—...y como vos sos amigo íntimo del comisario, podés salvarme las siete boletas que me aplicaron... ¿Verdad que sí, querido? Te espero esta noche... ¡Good bye!

Y cortó.

¿Qué hacer? Yo, solamente conocía al comisario por haberlo visto en el puesto una vez que me compró tres martinetas y... me las quedó debiendo.

Comencé a pasearme nerviosamente. Mi estado de ánimo subía de tono. Eché al peón; le saqué la cabeza a cuatro gallinas que, afortunadamente, estaban ya muertas; le di un tarascón a la tarima y, cuando iba a hacer sonar el teléfono de un saque, éste sonó solo. Es decir, lo hizo sonar una llamada exterior. Me serené en lo que pude. Tomé el tubo y...

—¿Quién?

—¡El comisario!

—¡Eh!, este...

¿Ustedes saben todo lo que ve el tipo que está a punto de ahogarse? Bueno, si no lo saben les diré que ve en segundos toda su vida pasada. Yo vi la pasada y la que me iba a pasar, antes que terminara de oírse el eco de la aguardentosa voz del comisario. Me imaginé que mi novia me hubiese citado como amigo suyo, y de allí partiría el llamado. Haciendo un esfuerzo, pregunté:

—¿En qué..., este..., puedo servirlo?

—Saque dos docenas de perdices de la heladera y póngalas al sol.

Estaba por creer que se trataba de una cachada, cuando agregó:

—...quiero que parezcan recién muertas para hacerle creer a mi esposa que las termino de cazar. Soy medio chambón pa' el tiro y no quiero pasar calor, ¿me entiende? En seguida paso a buscarlas..., es un favor que se lo voy a agradecer eternamente.

Y cortó. Pero esta cortada fué mejor que la otra.

En el cielo negro de mi existencia apareció una nubecita con bigote. Era el comisario que, solito, sin que nadie lo llamase, venía a sacarme del apuro. Amor con amor se paga, y gauchada con gauchada también. El pasó ante su esposa como un eximio tirador y yo, ante mi novia, seguí siendo el hombre influyente. Pero eso sí, cuando por la noche le comuniqué la novedad a mi novia, no pude contenerme en decirle:

—Las siete boletas están salvadas, pero tené cuidado para otra vez. No todos los días el comisario sale de caza...

EL NOMBRAMIENTO

EL aire se había embalsamado de pólvora y azufre. Los rugidos del patrón atronaban el espacio, como si fueran bombas. Algo grave debía estar pasando, porque, a pesar de que los demás empleados de la casa estaban acostumbrados a ese desgaste de vitaminas de su patrón, la cosa era peliaguda. Se abrió de golpe la puerta y, señalando con el dedo la de calle, apareció el trompa, gesticulando como un energúmeno y vociferando como un perdido:

—Y de esto no quiero volver a hablarle más. Pase por la caja y se le liquidará lo que corresponda. Buenas tardes.

Y cerró de un portazo la entrada de su oficina. Pero al segundo no más, tuvo que volver a abrirla, pues se había olvidado de hacer salir al "cesante". Este, verdadera personificación de la misericordia humana, arrastró por el encerado sus humildes bases de sustentación y desapareció por el corredor de las oficinas, hacia un cartelito que fatídica y miserablemente decía: CAJA. Un murmullo de desaprobación, mitad salvaje y otra mitad cavernícola, brotó de las gargantas del resto de los empleados. Pero apenas volvióse a abrir la puerta de la gerencia, ya las máquinas de escribir marchaban a toda prisa, mintiendo descarada y desfachatadamente la verdadera intención de su tecleteo.

—Buenas tardes, señor gerente — musitó, entre indecisa y tambaleando, la vocecita fina de un joven que se hallaba parado, sombrero en mano, junto al escritorio de la empleada rubia.

—¡¡¡No tan buenas!!! — rugió el trompa, don Heriberto Ganbusano —. ¡¡¡No tan buenas!!!

—Venía a recordarle, señor... que yo..., este..., hace tiempo..., que... este...

—¿Hace tiempo, qué? ¡Hable!

—Este... Yo le explicaré — se atrevió el encargado del archivo —. El señor es el recomendado de la cuñada del primo del hermano de su sobrina de usted, que hace como tres años que viene todos los días por su promesa de empleo.

—Ajá. Ajá. ¿Usted es Apolinario Chambufeca?

—El mismo, señor, que se peina y se hace la raya.

—¿Y usted quiere hacerse la raya... digo, quiere trabajar? ¿Y por qué quiere trabajar?

—Es que yo, señor, quisiera darle algo que hacer al estómago. Porque el día menos pensado voy a tener que pasarle el plumero sacándole las telarañas.

—Bien. Sígale pasándole el plumero, entonces. Veremos qué se puede hacer. Venga la semana entrante. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor — musitó la misma vocecita de entrecasa.

Y todo quedó en la nada. Así una y otra vez, y durante muchos años, el pobre postulante, cada vez más fino y alargado, visitaba a don Heriberto, con la misma asiduidad con que una madre cuida a su hijo. Mas el destino era implacable con él. Siempre la misma negativa. Siempre el mismo canto. Venga mañana. Venga el sábado.

Y los días pasaban, sin pena ni gloria.

Pero una tarde — ¡Oh, tarde de recuerdos felices! — Apolinario sufrió un vahido histórico cuando desde el rectángulo de la puerta de su oficina, don Heriberto le sacudió las vísceras con esta catastrófica realidad:

—¡Bueno, amigo! ¡Desde mañana usted trabaja conmigo!

Apolinario se pegó un porrazo bárbaro. Cuando consiguió abrir los ojos, al conjuro de unos paños fríos en la nuca, repuesto un tanto de la cruda realidad, trató de explicarse mejor la situación.

—¿De manera, señor, que al fin..., luego de tantos años de "Amansadora", podré trabajar en esta oficina?

—Sí, amigo — gritó el trompa—. Necesito alguien que me acompañe, y estos imbéciles que me rodean no sirven para nada. Usted será mi secretario. Más que mi secretario; mi brazo derecho.

. . . .

Y aquella misma noche, en la quietud sepulcral de su bohardilla, Apolinario Chambufeca se perforaba el cráneo de un balazo. El gerente de la Cía. de Maderas le había nombrado su brazo derecho..., ¡y él era zurdo!

Por EL CID CARBURADOR



LA MARAVILLA DE LA MECANICA

Por RAFFLES JUNIOR

Para los que viven en departamento, expresar que tienen vecinos nuevos es lo mismo que decir que hace unos días llovió, o que los domingos la gente va más al cine que los días de semana, pero para nosotros, que vivíamos en una casa que había estado presente al estreno del primer pañal de mi padre, saber que teníamos vecinos nuevos era admitir que papá se había equivocado en algo, o que el "eje" iba a ganar la guerra. Para nuestro mucamo, el viejo Guillermo, vecinos nuevos eran simplemente nuevos. Hacía tanto tiempo que no se mudaba nadie cerca de casa, que papá se había olvidado de los más elementales métodos de agasajo a los nuevos compañeros de cuadra. Decidió consultar con un amigo, que ya se había mudado más de cuarenta veces en cinco años. El amigo contestó que hiciera asegurar al perro, que comprara una buena cadena para la puerta cancel, y que reforzara las cortinas del baño para que perdieran su transparencia.

Al ver que había sido incomprendido, decidió hablar con un primo nuestro, abogado, y éste le contestó que lo lamentaba mucho, pero que tener vecinos era una cosa absolutamente legal y que no había nada más que hacer que aguantárselos.

Decidido a arreglar el asunto personalmente, papá los llamó por teléfono una noche y los invitó a casa a tomar unos copetines. Los vecinos en cuestión se llamaban Garrido; Juan y Laura.

Llegó el día y papá preparó unos copetines que tenían sabor a miel (menos mal que yo arreglé el asunto después, echándole una media botellita más de gin y unas copitas de cognac, sino hubiera sido una bebida de niños). Cuando llegaron Juan y Laura Garrido, nos presentamos y empezamos a charlar amablemente en la sala. Momentos después los hombres nos separábamos de las señoras, e iniciábamos la peregrinación de la coctelera. Mi padre, al probar el copetín, le dijo al señor Garrido — un hombre eminentemente a la antigua, de esa gente que se alumbra a kerosén para no pescar un golpe de corriente en la mano al enchufar la lámpara —. "Qué maravilla lo que hace la mecánica moderna. Hace unos días compré una magnífica heladera de dos puertas, y da tanto resultado que hasta hace salir más ricas las bebidas. Es muy buena. ¡Venga a la cocina, que se la muestro!". El señor Garrido, por no ser descortés lo siguió, aunque de mala gana porque pensaba que la heladera eléctrica no era más que un pretexto para privar a los hieleros de un lindo mercado. Eso es suplantar al hombre por la máquina. ¿Así, cómo va a andar bien el mundo?

—Mírela, ¿qué le parece?

—Puede pasar, pero le advierto que uno de estos días se va a electrocutar, tratando de encontrar la lechuga. Por otra parte, es igual a las demás. No es más que una cámara llena de aire frío, y el aire frío no es otra cosa que aire frío, o, lo que es lo mismo, aire frío.

La heladera era un regio mueble de color blanco que tenía dos puertas, una a cada lado, y una cantidad de cosas adentro. Mi padre comenzó sus desvaríos de nuevo:

—La mejor que había por dos mil pesos. Es magnífica. Si hubiera lugar en la cocina me compraba otra. — Y al decir esto oteaba los alrededores de la cocina y despensa, como buscando lugar dónde colocar la futura compañera de la otra.

A todo esto, el buen Guillermo no hacía otra cosa que llenar nuestros vasos, y mirar desconfiado hacia mí, después de oler el contenido de la coctelera. Así, entre copa y copa papá y Juan (ahora le decía por su nombre; ¡lo que puedan unas copas!), abrieron la heladera y vieron qué había dentro. El señor Garrido se encontró con la heladera iluminada en su interior, y se sorprendió un poco.

—Ajá, con que hay luz por dentro... ¡Bien, bien!

—Y no sólo hay luz por dentro, sino que al cerrar las puertas de la heladera, se apaga automáticamente. Sí, señor, todo es automático en esta maravilla.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—¿Cómo sé qué?

—¿Cómo sabe que se apaga la luz cuando cierra la puerta, si cierra la puerta? — preguntó escépticamente el señor Garrido.

—Porque lo dice este prospecto que venía con la heladera.

—¡No le haga caso, los prospectos son unos mentirosos!

—Pero es que la compañía dijo que sucedía eso... — insistió mi buen padre.

—Las compañías también son unas mentirosas. Por algo son de género femenino.

—Pues es muy fácil averiguar. Usted mete la cabeza dentro de la heladera por esta puerta; yo cierro la otra, y usted me dice si se apaga o no.

—Muy bien — contestó Garrido, y metió la cabeza en un lugar que había conseguido, desalojando media docena de tomates.

Se hizo la operación y la luz siguió prendida. Menos mal que papá encontró en el mismo folleto la advertencia de que debían estar cerradas ambas puertas para que la luz se apagara.

—Entonces me meteré yo mismo dentro de la heladera y veré qué pasa. (Pobre papá, no tiene mucha cara de héroe, y sin embargo...)

Con ayuda de Guillermo y de Garrido, papá empezó a desalojar la heladera de comestibles.

El primer piso, el segundo piso, el tercero, etc. Luego quiso meterse él. Esto ya fué más difícil. No cabía ni para atrás ni para adelante.

Subió entonces las escaleras despacito, como para que mamá no se diera cuenta, y fué a despertar a mi hermanito de cinco años. Explicó:

—Lo metemos a él dentro, y después le preguntamos si estaba prendida o no.

Lo despertaron. Lo hicieron bajar diciéndole que iban a jugar a los esquimales y lo convencieron de que se metiera en la heladera. Cuando el pibe se dió cuenta del frío que hacía, empezó a gritar pidiendo que lo sacaran de allí. Pero papá se había recostado contra la puerta, y no había caso. Tuvieron un rato las puertas cerradas como para darle tiempo a la luz a apagarse, y luego lo dejaron salir de la cámara de refrigeración. Mi pobre hermano estaba violeta. Lo reanimaron y le preguntaron si lloraba porque estaba a oscuras. El contestó que lloraba porque hacía frío, nada más.

—Pero si no hubiera hecho frío, ¿hubieras llorado porque estabas a oscuras?

—¡Pero es que hacía frío!...

—¡Contestá a mi pregunta o te pego una paliza de órdago! — respondió enojado mi padre, ante la terquedad de mi hermanito, al insistir en que la causa de su llanto era el frío y no la oscuridad —. ¿Era la oscuridad lo que te hacía llorar?

—No, era el frío. Además, me lastimé la cabeza..., mirá, está rota.

—No tienes nada, ¡así que no está rota! ¿Me entendés?

—Pero papá, te digo que está rota. Yo mismo la rompí al entrar...

—¿Qué rompiste al entrar? ¡Hablá de una vez!

—¡La bombita de luz! ¡No habías terminado de cerrar la puerta cuando yo la rompí con mi cabeza!

HISTORIA DE LOS CAPITANES QUE NO MURIERON EN SUS BARCOS

TODAS las leyes tienen sus fallas, y en este relato falla la ley del mar. En una aldea, en algún lugar de Europa, existía una sociedad formada por capitanes que no habían perecido junto con sus barcos. Estos auténticos lobos de mar, a medida que llegaban de regreso sin sus barcos respectivos, quedaban en disponibilidad y entraban a formar parte como socios de esa institución, cuyo lema era: "Más vale un capitán vivo que un marinero muerto".

Como es lógico, los socios de la institución, no teniendo nada que hacer, pasaban las largas veladas de invierno contando aventuras de mar, y fué precisamente una noche en que fuí invitado de honor de los mismos, que pude escuchar los más extraordinarios relatos sobre historias marítimas.

No faltaron en la reunión los inevitables naufragios, las permanencias en islas más desiertas que un teatro de la calle Corrientes en día de estreno, ni aventuras escalofriantes en luchas terribles con vientos de diversos apellidos.

Entre los capitanes en disponibilidad, se hallaba Manuel Pastega, portugués; tan portugués que era el único socio que no había pagado cuota de ingreso en la sociedad.

Este lobo de mar poseía facilidad de palabra y era muy pintoresco en sus narraciones.

Esa noche — mientras afuera aullaba el viento — la conversación, agotados los temas de naufragio, versó sobre la pesca, pero no, como podría creerse, sobre la humilde pesca realizada con un más humilde gusanito puesto en el extremo de un piolín, sino la pesca grande, la pesca de ballenas, tiburones, peces espadas, etc.... Manuel Pastega, que había pertenecido a una flotilla de arponeros, tomó la palabra, y tomó también su vigésimo segundo vaso de ginebra.

—Queridos colegas: cuando oigo hablar de pesca, no puedo menos que sonreírme; el que no haya pasado horas y horas acechando un gigante del mar, para descender en un bote y perseguirlo con el arpón, no puede decir que haya pescado nunca.

John Smith, que hablaba muy poco, se permitió una observación:

—Yo creo — dijo —, capitán (recuerden que allí eran todos capitanes), que más bien que una pesca, esa es una caza..., ¿o acaso no se ultiman a balazos?...

La observación era muy justa, pero Pastega sabía el terreno que pisaba, sobre todo estando en tierra.

—No lo niego..., pero no me negará que antes de balearlo, el perseguido tiene que dejarse pescar... Una vez en..., bueno, no recuerdo bien..., pero fué allí..., un tiburón se comió tres arpones y un marinero antes de que pudiéramos sujetarlo. ¿Y saben lo que hallamos en su interior, al abrirlo?...

Después de un largo silencio de duda, John Smith arriesgó:

—¡El marinero!...

Pastega sonrió satisfecho:

—En efecto; pero no me negarán que lo extraordinario hubiese sido no encontrarlo... ¡y no solamente lo hallamos, sino que estaba vivo!...

—¿Vivo?...

—Como lo oyen...

—Un tanto fantástico, ¿no?...

—Fantástico, ¿por qué?... ¿La historia no dice, acaso, que Jonás vivió dentro de una ballena?... ¿Y quién conoce al que escribió la historia?... ¡Nadie! ¡Y aquí lo afirmo yo, que todos me conocen... ¡No creo que presten más crédito a un desconocido que a un socio de esta casa!...

Por respeto a los estatutos los otros se abstuvieron de hacer más comentarios sobre el asunto, pero John Smith, que hablaba poco, pero decía mucho, insinuó:

—Bien..., admitamos lo del marinero, pero no me negará que si se hubiese tratado de otro animal, de un pez espada, por ejemplo...

Pastega lanzó una carcajada.

—¿El pez espada?... ¡Pues he ahí al más estúpido e inofensivo de los habitantes del mar!...

Esta vez el movimiento de resistencia fué general.

—¿Inofensivo?..., ¿acaso no estaba allí el abuelo Villanueva, a quien un pez espada arrancara un brazo?..., ¿y Eusebio el vasco, a quien otro pez espada había cortado en dos una pierna, de un coletazo?..., ¿e infinidad de otros ejemplos?... ¿Acaso no era por demás difícil conseguir tripulación para un bote que se dedicara a la pesca o caza de semejante bicho?... No..., no..., esta vez Pastega no sabía lo que decía...

Este se sulfuró:

—Les repito que el pez espada es de lo más estúpido que se pueda pedir, y el más fácil de capturar... Veamos; usted, Smith, ¿cómo cazaba el pez espada?...

—Pues..., como todos...; una vez localizado se le arroja un arpón, se arrima al bote y desde el bote mismo se le disparan tantos tiros cuantos sean necesarios para ultimarlo; después, con el guinche se iza a bordo... Eso es lo correcto...

Pastega soltó otra carcajada.

—¿Conque arpones y tiros y guinches, eh?... ¡Ridículo; sencillamente ridículo!... Puedo apostar, ahora mismo, mi barco contra...

—¿Contra qué?..., si ninguno de nosotros posee ya un barco...

—Lo había olvidado..., pero puedo apostar una botella de ginebra contra un cigarrillo, que yo solo, sin arpones, sin rifles y sin guinche, puedo capturar el más feroz pez espada...

Un murmullo de desconfianza hizo eco a las últimas palabras... Los humos del alcohol estaban surtiendo su efecto; eso es lo que pensaron todos, pero Smith aceptó la apuesta:

—Bien — dijo —, si usted se cree capaz, si puede demostrarlo, yo subo la apuesta; ¡juego mi pipa de espuma contra diez botellas de ginebra!...

La cosa era inaudita; Smith hubiese apostado con tranquilidad su esposa, ¡pero su pipa, nunca!, debía estar bien seguro de que Pastega mentía. Y éste aceptó:

—Compañeros, ustedes son testigos de la apuesta, y ustedes serán los jueces... Voy a demostrarles cómo se puede cazar o pescar — como quieran — un pez espada, sin necesidad de armamento ninguno.

El asunto era tan extraordinario, que todos se arremolinaron en derredor de la mesa, para no perder detalle.

—Lo primero es lo primero — dijo Pastega —, hablando con pausa, para que sus palabras fueran bien escuchadas por todos —. Por lo tanto, necesito que se me lleve hasta donde merodean los peces espadas. Una vez llegados allí, y cuando el animal esté a la vista, yo solo, entiéndase bien..., yo solo, desciendo en un bote a remos y me voy acercando...

—¿Sin armas? — preguntó alguien...

—Sin más arma que la que voy a decirles luego... El pez espada ve el bote, se enfurece..., agita la cola nerviosamente... y me embiste. En ese momento, yo... — hizo una pausa para pulsar el efecto de su osadía —, cuando arremete con su espada contra mí, rápidamente, del fondo del bote, levanto una vaina que llevaba oculta y la enfundo en la espada del pez... ¡Ninguno podrá decirme que una espada envainada sirva para algo!... ¡Creo que he ganado la apuesta!

Una verdadera ovación saludó sus palabras; y John Smith, con lágrimas en los ojos, entregó su pipa de auténtica espuma de mar, maldiciendo en su interior al original cazador de fieras marinas que lo había derrotado tan ampliamente.

Por P. G. REY



LOS SUEÑOS



SUEÑO DEL ESCOLAR

"LA NOTICIA BOMBA"

Por ANTONIO E. JIMENEZ

¡YA faltan sólo veinte minutos! ¡Qué emoción! Dentro de veinte minutos he de ser el periodista más grande del siglo. Este es el momento que vengo esperando pacientemente desde hace dieciséis años, es decir, desde que entré a formar parte de la redacción del rotativo "El Globo". Cuando recuerdo la serie de injusticias, desconsideraciones y otras cosas de que fuí objeto durante esos dieciséis años, me entra una rabia feroz y sería capaz de tirarme por la ventana, prenderle fuego a la casa o pagarle al sastre; pero no, no conviene hacer ninguna barbaridad, sobre todo ahora que está cercano el momento de mi consagración definitiva.

Cuando pienso en la cara que va a poner el jefe de redacción dentro de quince minutos escasos, me entra un regocijo tal que hasta me río de los chistes de las revistas. Pero no hay que precipitarse; es necesario dejar que pase el tiempo y que el triunfo llegue solito. Entonces sí que me van a escuchar, si es que todavía les quedan tímpanos.

Pensándolo bien, no conviene que grite mucho, porque a lo mejor los ofendo demasiado y me ponen en la calle, en vez de darme el aumento que les vengo pidiendo desde hace siete años. Lo mejor será dejar que ellos mismos reconozcan su error y que vengan a pedirme disculpas por haberme llamado asno, camello, pajarón y otra serie de cosas mayores, las veces en que, por una razón u otra, no conseguía traer las noticias todo lo frescas que ellos querían. ¿Pero qué culpa tenía yo de que los sucesos se produjeran sin previo aviso? ¿Es que pretendían que yo fuera a adivinar la hora y el lugar exacto en que se iba a producir el próximo choque de trenes, o que los asaltantes me llamaran para decirme qué banco pensaban asaltar la semana entrante? Además, yo nunca vi la necesidad de anticiparse tanto con las informaciones; después de todo, las cosas ya habían pasado y dos días antes o dos días después que diera la noticia... Pero el jefe de redacción no pensaba lo mismo que yo y siempre andaba gritándome que quería las noticias frescas, bien frescas.

Al principio me lo tomé en serio y comencé a traer informaciones sobre la apertura de alguna fábrica de helados o sobre la partida de una expedición al Polo. Pero ellos no me interpretaron y me amenazaron con echarme. Desde entonces, mi situación en el diario comenzó a ser angustiosa; me pasaba los días sentado en mi escritorio, sin que nadie reparara en mí para nada. Aquello era insoportable. Varias veces pensé en renunciar y ofrecer mis servicios a otro diario, pero comprendí que, con la fama que tenía, no me iban a llevar el apunte en ningún otro lado. ¡Y pensar que dentro de diez minutos se van a disputar mis servicios todos los diarios del mundo!

Pero lo más gracioso del caso es que fué nada menos que el propio jefe de redacción, es decir, mi peor enemigo, quien me dió la idea que pronto llevará mi nombre al sitio más destacado de los anales periodísticos mundiales. Fué él que una tarde me hizo oír las palabras reveladoras, mientras conversaba con el director cerca de donde yo estaba.

—¡Es necesaria una noticia bomba! —le dijo—. Para levantar el diario hace falta alguien capaz de traer una primicia absoluta.

Yo oí aquellas palabras y, pensando, pensando, llegué a la conclusión de que ellos tenían razón, y de que la oportunidad para reivindicarme estaba en traer yo esa formidable primicia. Pero ¿de dónde sacarla? ¿Cómo conseguir esa noticia bomba? Luego de tres días de pacientes meditaciones, se me ocurrió la prodigiosa idea. ¡Había descubierto la noticia bomba! ¡La noticia que se ha de producir dentro de cinco minutos y que sólo yo conozco!

En este momento le deben estar entregando al jefe de redacción la hoja donde comunico, en una brillante reseña, la noticia más electrizante desde la muerte de Botafogo: **¡Estalla una bomba de tiempo en el rotativo "El Globo"!**

Y, en efecto, así ocurrirá, pues yo mismo he colocado la bomba en los sótanos.

Ya nadie podrá negarme que soy capaz de traer primicias y, sobre todo, ¡noticias bomba!

EL DIA DE LA EMPLEADA



DENTRO de unos días se celebrará solemnemente en todo el país el Día de la Empleada. En esa fecha se quiere rendir un tributo de admiración a todas las esforzadas muchachas que, a la par del hombre o en su defecto, la yugan diariamente en pro del tradicional puchero. Causará un poco de asombro a nuestros lectores, que conocen nuestra irreductible posición antifeminista, siempre que no se trate de programas, que esta vez y en esta oportunidad adhiramos a la Fiesta de la Empleada con complaciente sinceridad. Y vamos a explicar la razón.

A las mujeres que trabajan se les ha echado en cara siempre que nos hagan una competencia desleal, por aquello de que se avienen a emplearse con menos sueldo, y que le quitan oportunidades a los padres de familia y aun a los solteros de ganarse el pan de cada día y de que le sobren unas migas para tentar la suerte en las carreras o cualquier otro negocio de perspectivas brillantes. No: a las mujeres que trabajan no se les puede echar en cara nada de eso. Por el contrario, se debería estimularles esa afición al trabajo y a los empleos. Inclusive se les deberían reservar todos los trabajos a las mujeres, y aumentarles el sueldo. Cuando todas las mujeres trabajen, y el Día de la Empleada no sea un día, sino 365 al año, se habrá cumplido el sueño dorado de los hombres, o sea el de vivir sin trabajar...

Por SIMON EL BOBITO



Este es el número 33 de CASCABEL. Lo que no deja de ser un tema. El número 33, aunque con menos prestigio que el 13, no tiene nada que envidiarle a éste, como no sea el 1. Y así como el 13 es fatídico, el 33 es suertudo.

Si usted está jugando al truco y liga 33 de mano, no podrá negar que usted es un tipo de suerte. Si va al médico y el galeno le examina la espalda y le pide: "Diga 33" y usted puede hacerlo, quiere decir que usted no está ronco ni afónico (que es lo que se trataba de demostrar), por lo cual usted puede darse por muy conforme.

Otra comprobación: Se juntaron 33 orientales y se hicieron famosos. ¿Puede negarse la influencia afortunada del número?

Permítasenos este pequeño desahogo entonces: Hoy CASCABEL grita la falta envido con toda la voz que tiene.

Y con esto y un bizcocho hasta agosto bien dispuesto, en que "echaremos el resto" con la flor de 38...



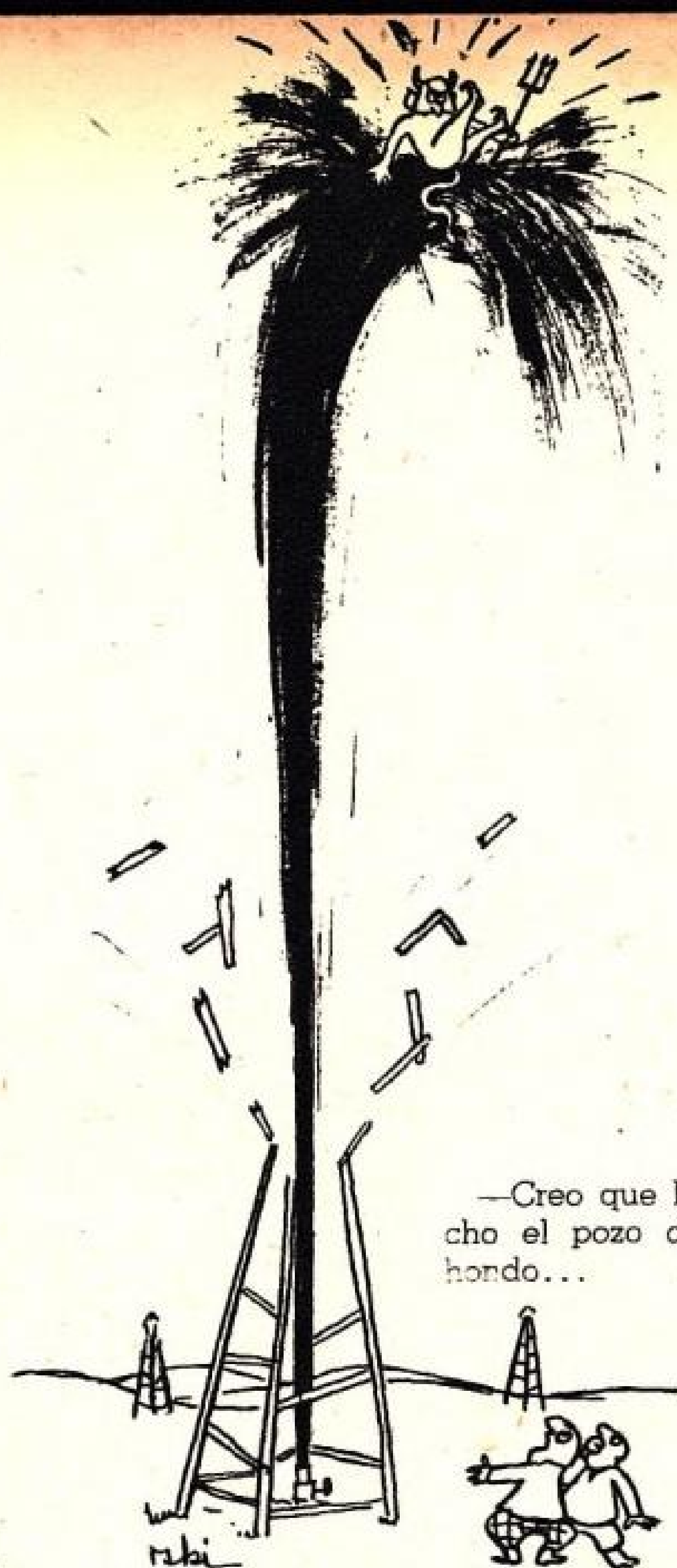
La POLICIA está CONTRA la CALEFACCION



QUE los dueños de casas de departamentos que no vivan en las mismas sean enemigos de la calefacción, es una cosa que a nadie causa estupor. Los propietarios son contrarios, en general, a suministrar al inquilino cualquier otra cosa que no sea el recibo del alquiler, y aun el gasto de la estampilla lo hacen a regañadientes. Pero que las autoridades, cuyo deber es velar por el bienestar del pueblo, impidan, hasta haciendo uso de la fuerza, que el pueblo entre en calor, y especialmente los niños, tan frágiles y vulnerables a las bajas temperaturas, ya es asunto que sobrepasa todo vocablo de asombro. Ni siquiera con la ayuda del diccionario enciclopédico se podrían encontrar adjetivos calificativos de la fuerza necesaria para marcar tan monstruosa medida. Primero empezaron restringiendo la luz, con lo que provocaron un sinnúmero de discusiones entre la gente de poca cultura, que, en su ingenuidad, suponía que de las discusiones nacía la luz y en esa forma intentaban combatir el oscurecimiento. Después fué la nafta, con lo que redujeron al mínimo el funcionamiento de estufas y otros artefactos propicios para expandir calor. Y ahora, la emprenden con el último recurso de la gente pobre: las fogatas. Por una disposición de la jefatura de policía, en efecto, se prohibe terminantemente, bajo pena de las más severas sanciones, hacer fogatas en ocasión de las tradicionales festividades de San Juan y San Pedro. Ni qué decir que los chicuelos de barrio, al conocer esta noticia, se han quedado helados.



—¡Mirá, querido, he practicado con unos cheques y ya tu firma me sale lo más bien!



—Creo que hemos hecho el pozo demasiado hondo...



BUSQUELE LA VUELTA

¿En realidad será fija con ese caballo?... (Vea a la vuelta y se enterará.)

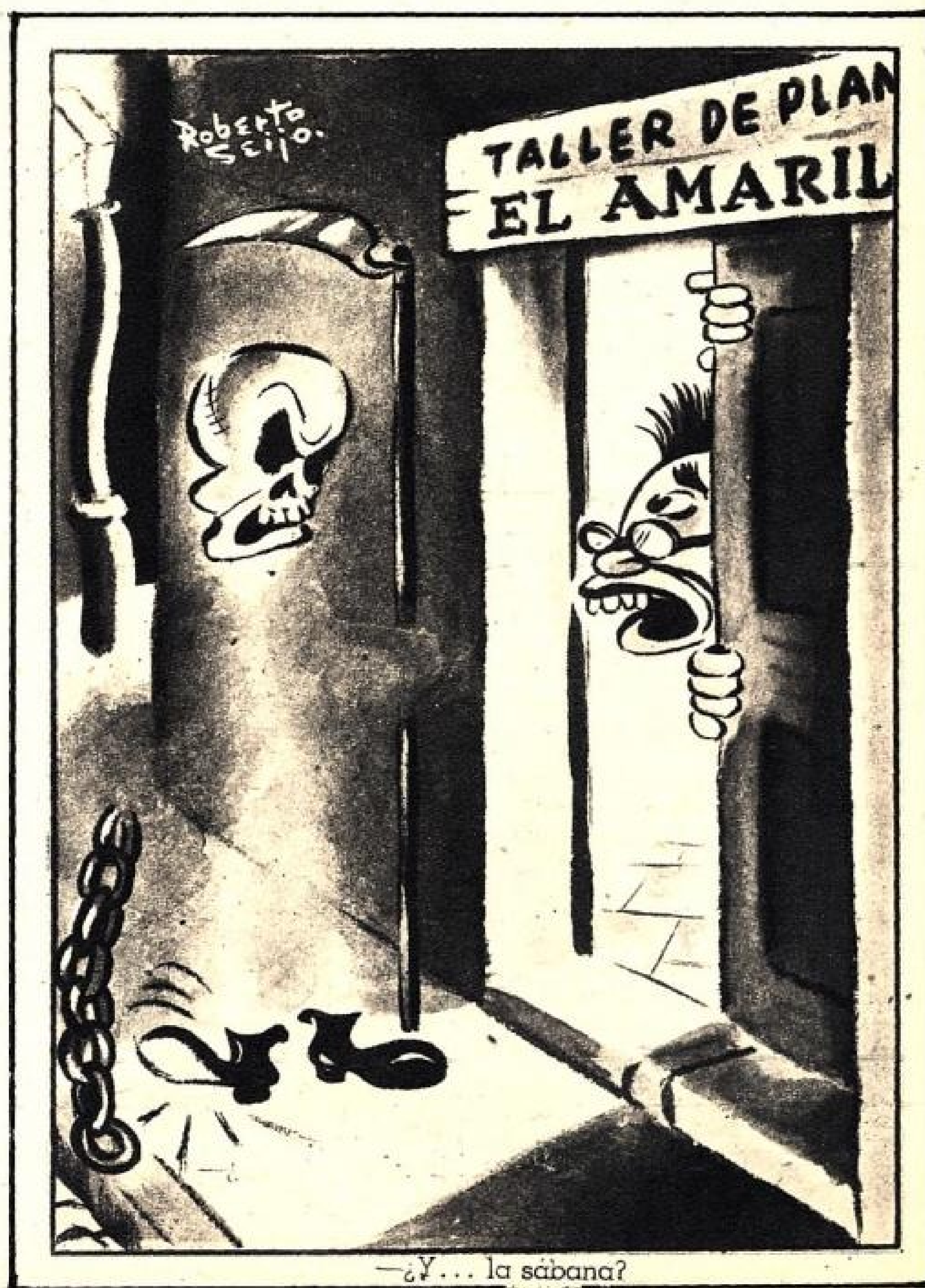


—¡Arrésteme agente! Acabo de ganar la cacería del zorro.





—Le hice una estocada tan secreta que se olvidó de morirse...



—¿Y... la sábana?

EL DIA DE LA EMPLEADA



DENTRO de unos días se celebrará solemnemente en todo el país el Día de la Empleada. En esa fecha se quiere rendir un tributo de admiración a todas las esforzadas muchachas que, a la par del hombre o en su defecto, la yugan diariamente en pro del tradicional puchero. Causará un poco de asombro a nuestros lectores, que conocen nuestra irreductible posición antifeminista, siempre que no se trate de programas, que esta vez y en esta oportunidad adhiramos a la Fiesta de la Empleada con complaciente sinceridad. Y vamos a explicar la razón.

A las mujeres que trabajan se les ha echado en cara siempre que nos hagan una competencia desleal, por aquello de que se avienen a emplearse con menos sueldo, y que le quitan oportunidades a los padres de familia y aun a los solteros de ganarse el pan de cada día y de que le sobren unas migas para tentar la suerte en las carreras o cualquier otro negocio de perspectivas brillantes. No: a las mujeres que trabajan no se les puede echar en cara nada de eso. Por el contrario, se debería estimularles esa afición al trabajo y a los empleos. Inclusive se les deberían reservar todos los trabajos a las mujeres, y aumentarles el sueldo. Cuando todas las mujeres trabajen, y el Día de la Empleada no sea un día, sino 365 al año, se habrá cumplido el sueño dorado de los hombres, o sea el de vivir sin trabajar...

Por SIMON EL BOBITO



Este es el número 33 de CASCABEL. Lo que no deja de ser un tema. El número 33, aunque con menos prestigio que el 13, no tiene nada que envidiarle a éste, como no sea el 1. Y así como el 13 es fatídico, el 33 es suertudo.

Si usted está jugando al truco y liga 33 de mano, no podrá negar que usted es un tipo de suerte. Si va al médico y el galeno le examina la espalda y le pide: "Diga 33" y usted puede hacerlo, quiere decir que usted no está ronco ni afónico (que es lo que se trataba de demostrar), por lo cual usted puede darse por muy conforme.

Otra comprobación: Se juntaron 33 orientales y se hicieron famosos. ¿Puede negarse la influencia afortunada del número?

Permítasenos este pequeño desahogo entonces: Hoy CASCABEL grita la falta envido con toda la voz que tiene.

Y con esto y un bizcocho
hasta agosto bien dispuesto,
en que "echaremos el resto"
con la flor de 38...





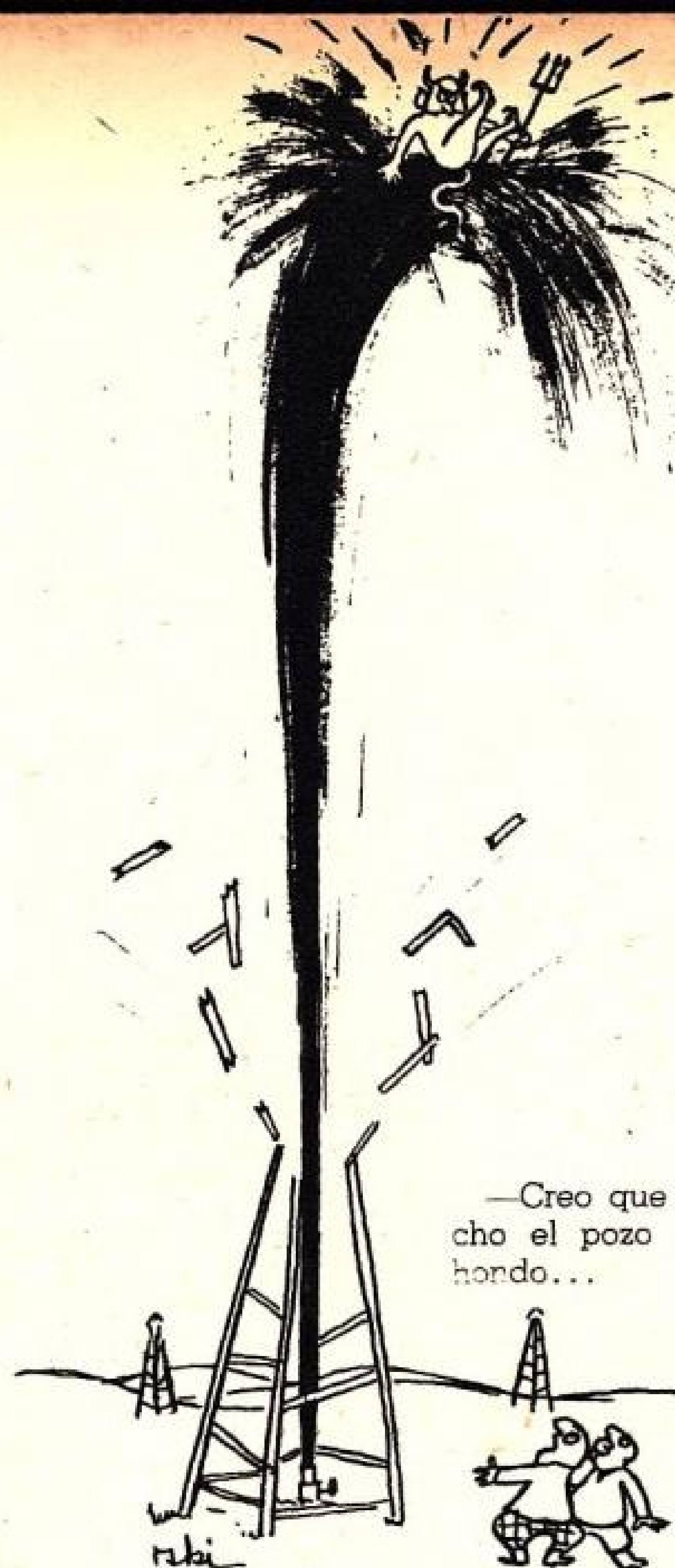
La POLICIA está CONTRA la CALEFACCION



QUE los dueños de casas de departamentos que no vivan en las mismas sean enemigos de la calefacción, es una cosa que a nadie causa estupor. Los propietarios son contrarios, en general, a suministrar al inquilino cualquier otra cosa que no sea el recibo del alquiler, y aun el gasto de la estampilla lo hacen a regañadientes. Pero que las autoridades, cuyo deber es velar por el bienestar del pueblo, impidan, hasta haciendo uso de la fuerza, que el pueblo entre en calor, y especialmente los niños, tan frágiles y vulnerables a las bajas temperaturas, ya es asunto que sobrepasa todo vocablo de asombro. Ni siquiera con la ayuda del diccionario enciclopédico se podrían encontrar adjetivos calificativos de la fuerza necesaria para marcar tan monstruosa medida. Primero empezaron restringiendo la luz, con lo que provocaron un sinnúmero de discusiones entre la gente de poca cultura, que, en su ingenuidad, suponía que de las discusiones nacía la luz y en esa forma intentaban combatir el oscurecimiento. Después fué la nafta, con lo que redujeron al mínimo el funcionamiento de estufas y otros artefactos propicios para expandir calor. Y ahora, la emprenden con el último recurso de la gente pobre: las fogatas. Por una disposición de la jefatura de policía, en efecto, se prohibe terminantemente, bajo pena de las más severas sanciones, hacer fogatas en ocasión de las tradicionales festividades de San Juan y San Pedro. Ni qué decir que los chicuelos de barrio, al conocer esta noticia, se han quedado helados.



—¡Mirá, querido, he practicado con unos cheques y ya tu firma me sale lo más bien!



—Creo que hemos hecho el pozo demasiado hondo...



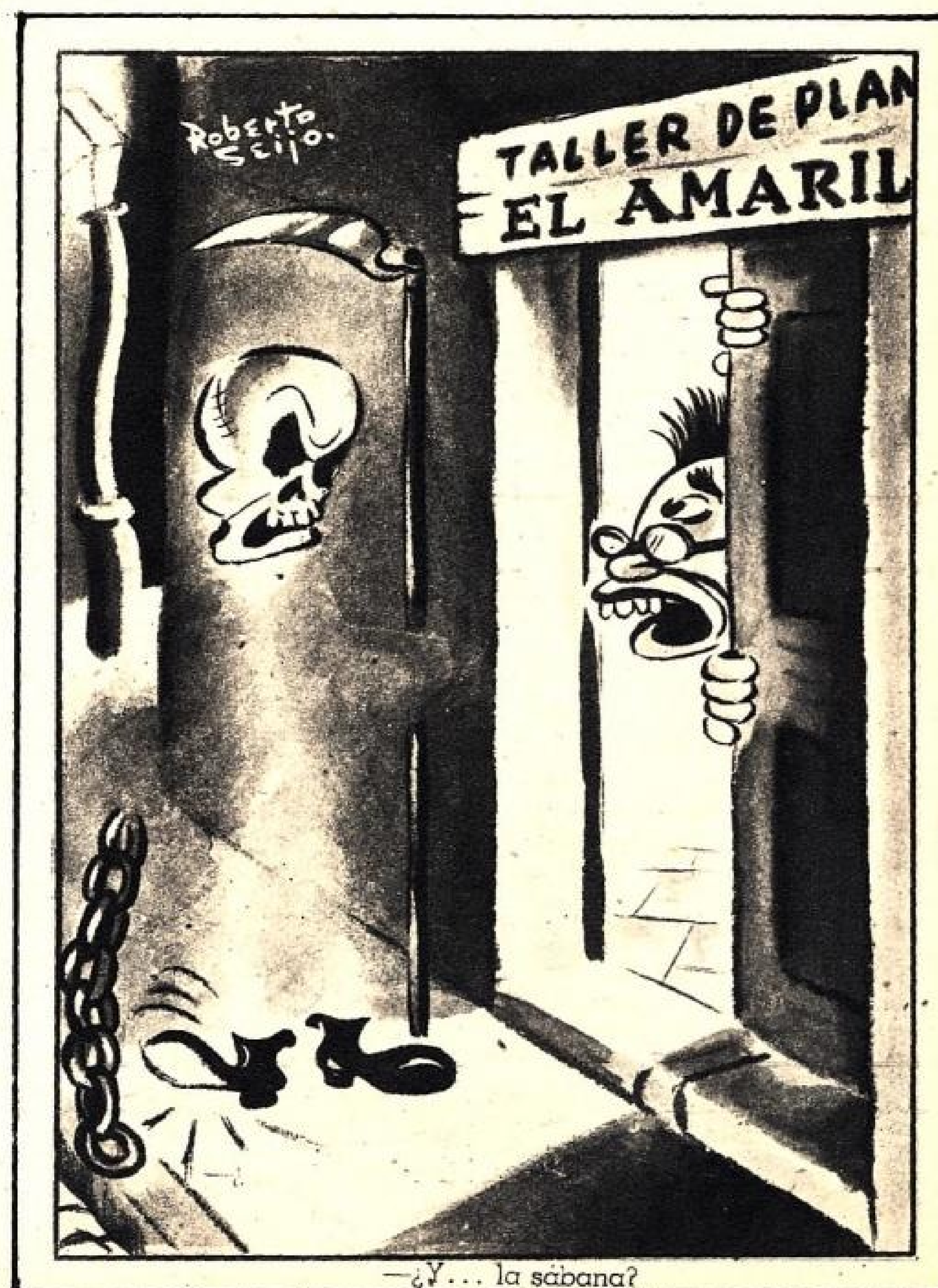
BUSQUELE LA VUELTA

¿En realidad será fija con ese caballo?... (Vea a la vuelta y se enterará.)





—¡Arrésteme agente! Acabo de ganar la cacería del zorro.



—¿Y... la sábana?



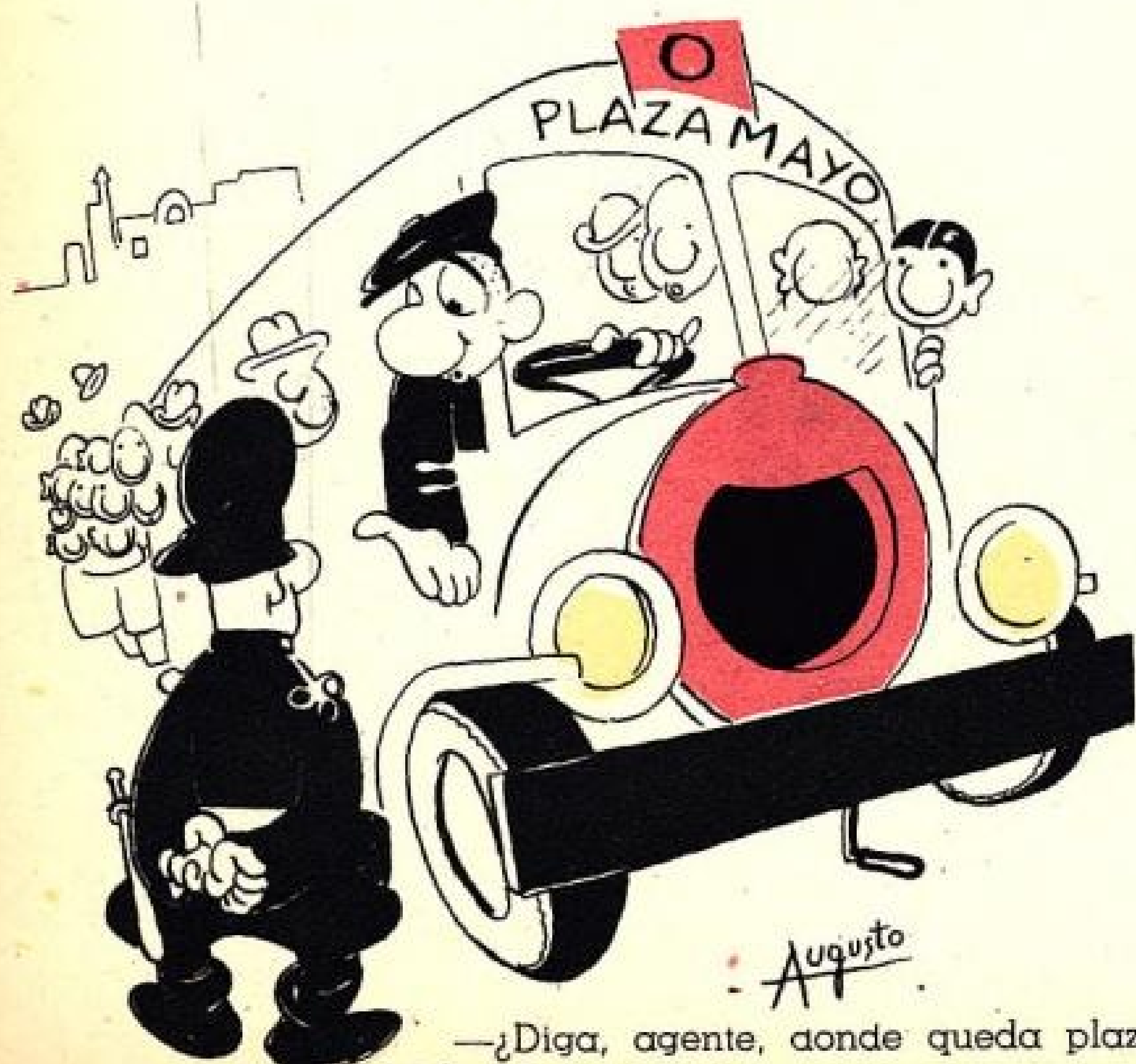
—Le hice una estocada tan secreta que se olvidó de morirse...



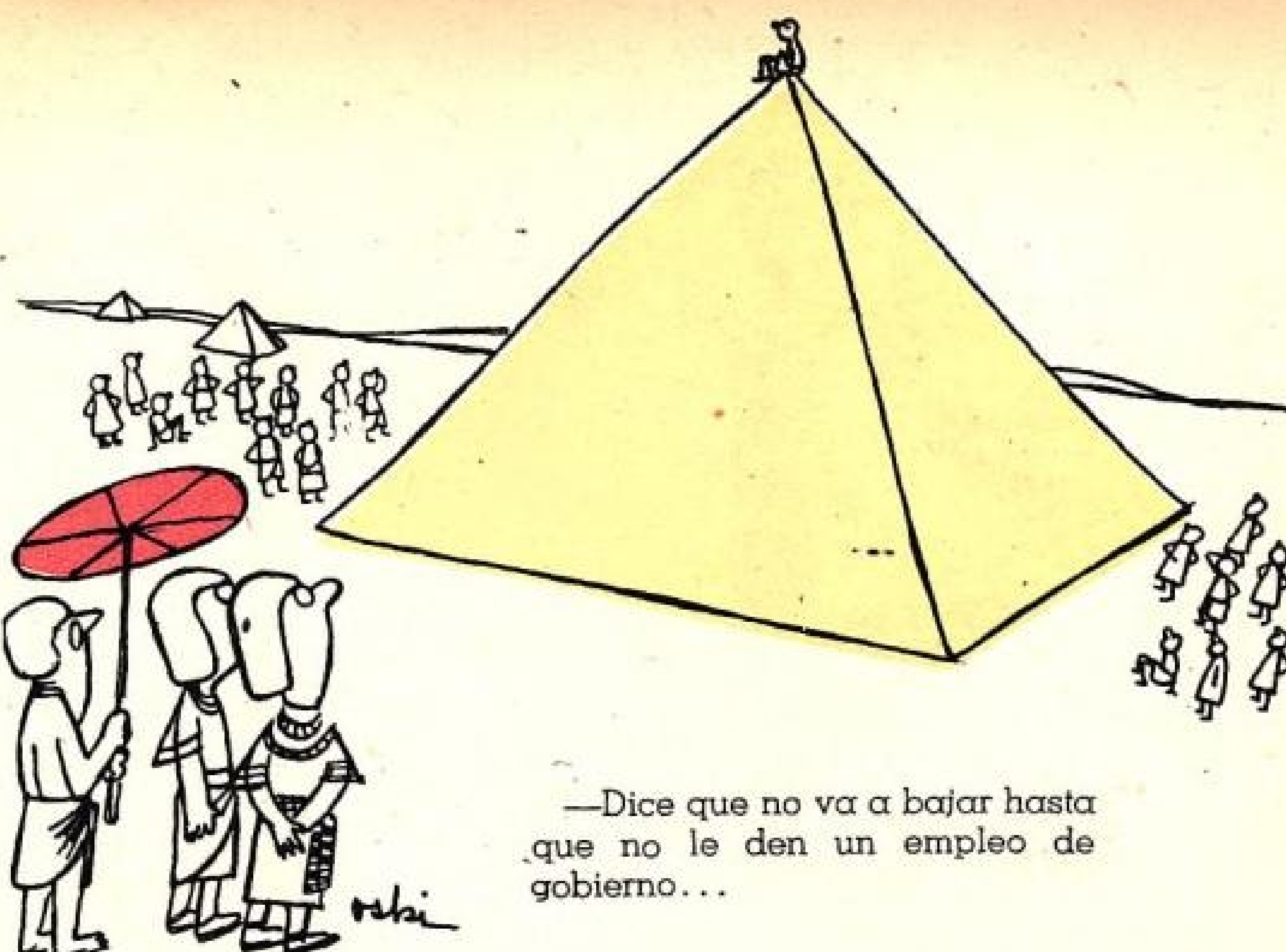
VIENE DE LA VUELTA
En realidad, el caballo define la partida.



—Os queda un poco grande caballero, pero tened en cuenta que con el uso encoge.



—¿Diga, agente, aonde queda plaza de Mayo?



—Dice que no va a bajar hasta que no le den un empleo de gobierno...



BACILOCOGRAFIA

(Ciencia de las vacilaciones de los bacilo-locos)

Por Juan Pelorzaga ("El Zurdo")

Tengo en preparación los siguientes bacilos:
TUBERCULOSIS-LEPRA-CÓLERA-TIFUS.
FIEBRE DE RECAIDA. -ERISIPELA ETC.
¡QUE MONADITAS! ¡Que movimientos rítmicos!...
Los observaré ... Oh! Están en conciliabulo.



Aqui está el bacilo de Koch! Que chiquito es y como se esconde el condenado. Si pudiese aislar el del cólera e inyectármelo. De acuerdo a mi nuevo método Z.2.K. creo poder neutralizar sus efectos... ¡Por fin te encontré. ¡PELÓRZAGA! La gloria te espera...

No "baciles" ¡Listo!... Anotaré los efectos:

11.45. minutos. Todo normal.
12.00 horas: ME DA LA SENSACIÓN QUE LA FIEBRE VA EN AUMENTO.
12.10 Sin embargo parece que él cólera no me vá a vencer.
Las 12 y ¡Abajo la bacteriologia. Yo tengo cólera. Mucha cólera! Quiero pelear!... ¡¿Bacilos a mi?!" No me importa cuantos son sino que vayan saliendo".

¡Y los de Cascabel me la van a pagar y bien que me la van a pagar!...



LA VERDADERA HISTORIA DE MONSIEUR LAFFITTE

Por HERODOTO CAMEMBERT



Pocas biografías han sido tan discutidas como la de M. Laffitte, el famoso Laffitte, que hizo su fortuna recogiendo alfileres.

La versión más conocida del origen del poderío económico de Laffitte es aquella de que fueron sus hábitos de orden, prolijidad y ahorro los que obtuvieron para él la fama necesaria para que hoy se lo sindique como ejemplo. Se creía que Laffitte, joven de precarios recursos, yendo un día como tantos en busca de un empleo, y siéndole negado, como de costumbre, al retirarse vió un alfiler en el suelo y lo recogió prendiéndolo cuidadosamente en su solapa. El empleador que había rechazado sus servicios, y que por casualidad estaba aún observándolo, quedó cautivado por ese gesto, indicador en Laffitte de su espíritu ahorrativo y ordenado. Llamólo, empleólo y ascendiólo al poco tiempo, vistas sus grandes condiciones. Al morir, el patrón le dejó la fábrica, y así, de alfiler en alfiler y de aumento en aumento, llegó a ser el financista más extraordinario de su época.

Pero esa historia, de todos conocida, no es la verdadera. No recogeremos versiones sin fundamento, como la que sostiene que el primer alfiler que levantó Laffitte era un alfiler de oro con brillantes. ¡No, señores! ¡De ninguna manera! La verídica historia de Laffitte, tal como nos la contó un pajarito, sucedió como sigue.

*

Cuando Laffitte era un niño como todos los otros niños de su edad y le decían cariñosamente en su casa "le petit Laffitte", su madre y su hermana mayor se ganaban la vida cosiendo. Laffittito jugaba en la pieza, y he aquí que un buen día que se le cayó a su mamá un alfiler lo recogió y se lo entregó con todo cuidado. A la mamá le cautivó ese lindo gesto, como le hubiera pasado a cualquier mamá, y luego de recompensarlo con un beso le dijo:

—Laffittito: eso que has hecho es propio de un niñito bien educado. Para estimular tus buenas disposiciones te daré cinco céntimos cada diez alfileres que me recojas.

El pequeño Laffitte se dedicó desde ese día a recoger alfileres, y tan pronto los juntaba en número de diez, se los llevaba a su mamá. Su tío —pues Laffitte era huérfano— cuando se enteró del asunto le ofreció igual remuneración por la recolección de alfileres, y pronto Laffitte debió ampliar el campo de sus búsquedas para dar abasto a la demanda. Recogía alfileres en la calle, se los solicitaba a sus amiguitas y, finalmente, tuvo una idea luminosa. Entró en una tienda y preguntó el costo de los alfileres. Era de veinte céntimos el centenar.

Ese fué el comienzo del genio financiero de Laffitte. Empezó a comprar alfileres en la tienda a veinte céntimos el ciento y a revenderlos a su madre y a su tío a cinco céntimos la decena. Y así, cuando cumplió la mayoría de edad, Laffitte era poseedor de una regular fortuna, que, aplicada al negocio de los alfileres en gran escala, le permitió convertirse en el ejemplo de la niñez dispendiosa.

Y esta es, señores, la auténtica historia de monsieur Laffitte.

LA MANZANA DEL PARAISO

No se trata de la manzana que costó a nuestros tatas Adán y Eva el desalojo del Paraíso Terrenal, porque esa manzana, después de tanto tiempo transcurrido, debe estar ya bastante podrida.

La manzana de este relato es una manzana 1942, de esas que expende, a módico precio, cualquier puesto municipal.

Y la cosa fué así.

Abundio Telesforez Peribáñez era presidente, secretario, tesorero y vocal primero del centro recreativo "El Manto de Talía". Y además de todo eso, era el director del cuadro filodramático de la institución. Director y primer actor. Primer actor y, cuando no estaba en escena, hasta traspunte.

De sus facultades como presidente, secretario, tesorero y vocal primero no podemos hablar, por desconocerlas. De sus aptitudes de actor, sí Y Abundio etc., etc., no era precisamente un Novelli o un Pepe Arias. Sus apariciones en el escenario del salón-teatro de "El Manto de Talía" podían contarse por los escándalos públicos registrados en el archivo de la seccional correspondiente.

*

Un día, Abundio Telesforez Peribáñez decidió darse un merecido beneficio y eligió, para poner en escena, nada menos que "Hamlet". El drama de Shakespeare le había valido en anteriores ocasiones grandes beneficios, sino de boletería, por lo menos de mercado... al vender todas las hortalizas que el público arrojaba al palco escénico.

De nada valieron las súplicas de sus compañeros de cuadro, que no ignoraban, por experiencia, a lo que se exponían saliendo a interpretar aquella obra.



Abundio se empeñó, y cuando él se empeñaba en una cosa nadie lo sacaba de ella.

Llegó el día del beneficio. El salón estaba "au grand complet", "full to the roof", como lata de sardinas o abarrotado.

El público resistió heroicamente, hasta la escena del monólogo. Y cuando Abundio, que había tenido en su infancia una niñera irlandesa, y por lo tanto, sabía algunas palabras de inglés, arremetió con el monólogo diciendo:

"To be or not to be, that is the question"...

Y para que el público viera que él era todo un poligloto, repitió la frase en italiano:

"Essere o non essere, ecco il problema".

Y, después en castellano:

"Ser o no ser, esa es la cuestión"...

El teatro se vino abajo. Diez segundos después el escenario parecía el Mercado de Abasto. Y un tipo del paraíso, que debía ser campeón de "tres tiros por veinte", le sacudió una manzana en la cara que le levantó un chichón del tamaño de una sandía.

*

Abundio abandonó el arte dramático para poner un salón de lustrar, con el producto de aquel beneficio y de la verdulería que vendió. Y hoy, a todo el que le pregunta, dice:

—Sí, amigo: mi prosperidad de hoy se la debo a la manzana del paraíso. A nuestros Adán y Eva les costó la felicidad, y a mí me la ha dado. Sin ella hoy no tendría este negocio floreciente.

por ADAN YEVA

Página de la ANTIPOLITICA

Sin Novedades POLITICAS

Escribir artículos sobre política tiene su pro y su contra. Hay temporadas macanudas. Los temas aparecen por los cuatro costados y se puede pegar a diestra y siniestra y para los otros dos lados, en una forma que da gusto. Pero, ¿qué hace un cronista político en momentos como éstos, en que no ocurre absolutamente nada de importancia?

Uno empieza a mirar los diarios (que son algo así como la escuela primaria del periodismo) y se encuentra con que no hay nada de interés. Tan grave es la situación para los pobres cronistas, que tienen que escribir carillas y carillas sobre el asunto de la renuncia del presidente, sobre lo que hace el Congreso, sobre si Castroviejo tajea o no tajea, sobre si hacemos la secreta en diputados y una punta de cosas por el estilo, que bendito lo que tendrán que ver con la política, como la entendemos los verdaderos demócratas.

En confianza, les diría que desde aquel asuntito de El Palomar andamos sin temas políticos. Gracias a Dios tuvimos el caso de las exacciones a los obreros del volante colectivo. Ya ven, dos asuntos en el término de dos años. Y sería injusto decir que la culpa es de los políticos. Los muchachos bastante que se preocupan por seguir activando, pero, como bien se dice, donde hay una luz hay un conservador que sopla —y un radical que hace la concesión—, y al fin los periodistas tenemos que pagar el pato, quedándonos con las noticias que todos ustedes, pobres lectores amigos, tendrán que ver estos días sobre Ortiz, Castillo, Patrón Costas, Ruiz Guiñazú y otros, que en estos tiempos que corren amenazan con dejar en olvido las fieles tradiciones políticas del ñato Aranguru, de tata Barceló, riojita La Fuente, el gordo Sancerni y algunos más que supieron dar emoción a las tenidas de taba y poner un broche de sangre cantada a más de una amigable conversación de correligionarios.

¡Qué quieren con estas notitas de la semana!

Todo se va en comunicaciones y manifiestos y en posiciones más correctas que La Prensa.

Pero ya pasarán estos días de calma chicha y volveremos a tener algo de política de cierta importancia, como para dejar como negro a quien corresponda.

CONDICIONES PROHIBITIVAS

—Y en lo sucesivo cada afiliado al radicalismo de la Capital tendrá que firmar...

Una voz amiga de Sancerni Giménez interrumpió:

—¡Basta para mí! Si no quieren que me afilie me lo dicen derecho, me lo dicen, pero nada de indirectas.

PREGUNTAS DE NIÑO TONTO

—Papito, ¿en el Congreso se forman bloques por la falta de calefacción?

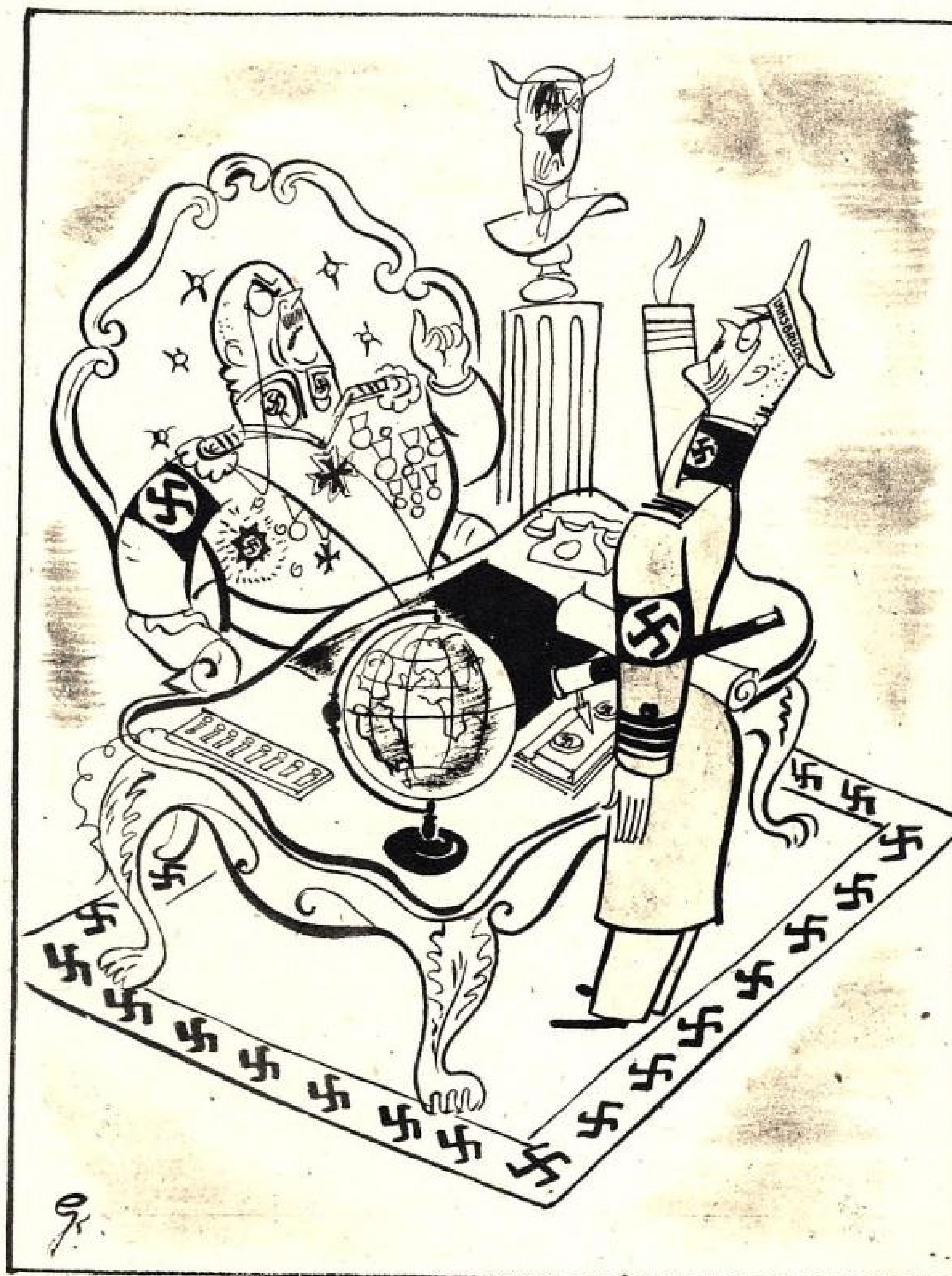
SABOTAJE A ESTRELLA

El sistema de las votaciones automáticas produce estragos en la inexperiencia de la mitad de los actuales diputados. En una de las últimas reuniones, el sanjuanino Estrella alborotó todas las bancas buscando algo que se le había perdido. Al fin dió el grito de alarma:

—Señor presidente, de mi banca ha desaparecido la llave de votar.

No había terminado de expresar su queja cuando una voz del sector radical le contestó:

—Pídasela a Cantoni, señor diputado; ya se la hemos mandado a él.



—La Argentina exige desagravio e indemnización por lo del "Río Tercero".

—¿Cómo? ¡De haberlo sabido no lo convido con coñac al capitán!...

(DIBUJO DE GUBELLINI)

NO FIGURO EN EL MARCADOR

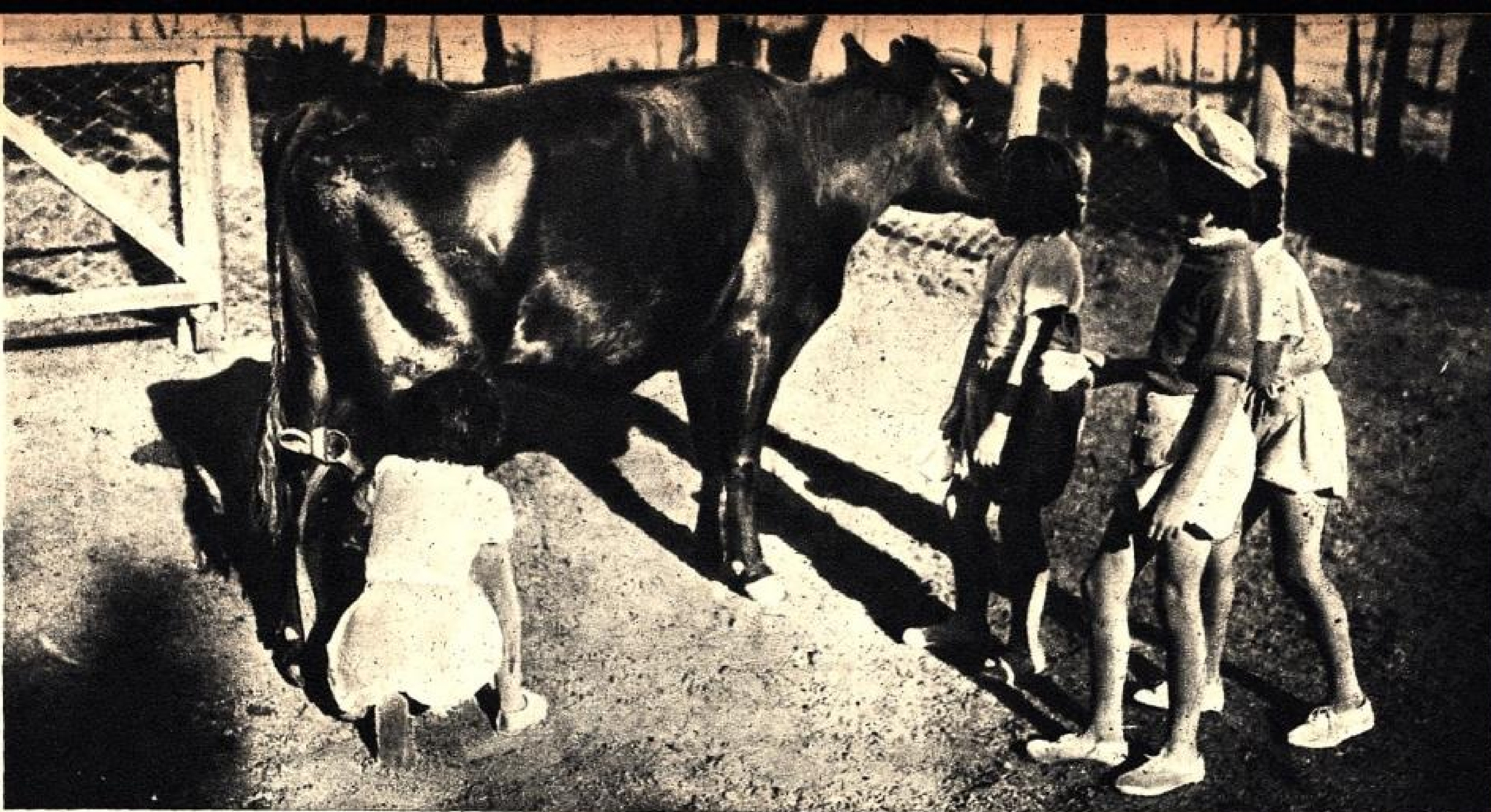
Por nuestros "poderosos" medios hemos podido enterarnos de algunos aspectos de las reuniones secretas celebradas por la Cámara joven.

En ocasión de llevarse a cabo una votación, un "señor diputado", dirigiéndose al presidente, exclamó:

—Señor presidente, solicito que se vote nuevamente, pues mi voto no ha sido registrado en el marcador.

Fué entonces cuando el diputado por Buenos Aires, señor Vignart, antes de que el presidente tuviera tiempo de contestar, expresó de viva voz:

—Si no figura en el marcador, no pasará nuevamente por el pesaje.



QUE PASA CON LAS VACAS?

Siguen faltando las cosas: ahora le tocó el turno a la leche. Resulta que por causa de la sequía, del frío, de la fiebre aftosa y de otras menudencias más, el honorable gremio de las vacas lecheras ha resuelto disminuir su producción. Las consecuencias de esa nefasta política vacuna ya se dejan sentir en la capital federal, donde la leche escasea en forma alarmante. Como siempre, la culpa de todo la tiene el gobierno, que no toma medidas o las toma a destiempo, o las toma al revés. El de la leche es un caso típico, y antes de que Obras Sanitarias empezara a escatimar el agua, nunca se planteó la tremenda cuestión de la carencia del lácteo líquido. Pero tan pronto como se empezó a racionar la materia prima, unido a los factores ya anotados, produjose el retraimiento de las vacas y la subsiguiente disminución de su producción.

* * *

Dista mucho, el de la leche, de ser un asunto baladí. No sólo influirá en la salud de la población, especialmente en la niñez, sino que trastornará nuevamente las ya trastornadas ordenanzas de tráfico. Sin leche, no podrá haber completos, y sin el completo la gente se amontonará en los tranvías y colectivos, poniendo en peligro su estabilidad. Por ello, y por otras razones que daremos en su debido tiempo, se impone estudiar los arbitrios para remediar tal estado de cosas.

* * *

Ante todo, hay que descartar la posibilidad de convencer a las vacas de que aumenten su producción ni de que habiliten horas extras Con las vacas no valen razones ,pues es conocido lo estúpidas que son. De modo que hay que buscar por otro lado. Pero —y ahí está la cosa— no se puede buscar la leche sino por el lado de las vacas, y de prescindir de ellas, no quedaría otro remedio que recurrir a la leche condensada, de la que se produce en latitas. Sin embargo, tampoco es solución, porque hay escasez de latas y la leche de latas, sin las latas, se derramaría, agravando el problema que se intenta resolver. De manera que, a nuestro juicio, lo más prudente sería clausurar los bares lácteos y aumentar el número de vinerías, que, después de todo, son dos líquidos equivalentes en cuanto a la cantidad de agua que contienen.

* * *

Se arregle como se arregle este asunto de la leche, lo cierto es que no podemos seguir así, en que cada día falta algo nuevo. Dentro de poco, ni los más inocentes placeres podremos permitirnos, porque en el tren que siguen faltando las cosas, pronto se registrará la falta de envido y truco.

LA JUNTA DE VECINOS SE OPONE A LA SINCERIDAD



Una delegación de ex locatarios de puestos en ferias francas se ha presentado ante las autoridades del caso, para pedir el restablecimiento de aquéllas, las cuales, como se sabe —o se sabrá leyendo estas líneas—, fueron suprimidas por la Junta de Vecinos Las razones que se dieron en aquel entonces para liquidar las ferias francas, fueron de higiene, de sitio y de ruidos y olores molestos. Pero no se dió ninguna razón de peso, o mejor dicho de pesos, que era la que verdaderamente interesaba a los puesteros y al público.

Lo de la higiene, claro es un argumento, pero ponerlas en condiciones asépticas no hubiera sido muy difícil; lo del sitio, por supuesto, ya era un poquito más complicado, por culpa del estado, aunque dicen que dentro de sesenta días lo cambiarán; y finalmente, los ruidos molestos, casi no se oían cuando pasaba un tranvía de la Corporación. Admitimos que los tranvías de la Corporación pasan muy de cuando en cuando, cuando pasan, pero, en cambio, el ruido que hacen dura mucho tiempo.

En fin: creemos haber demostrado, sin lugar a dudas, que las ferias francas pueden restablecerse mediante el cumplimiento de sencillos requisitos, y que si las mismas permiten a la población abastecerse a precios más módicos, no es del todo descabellado propiciar su funcionamiento. Por supuesto que no es el aspecto económico del asunto el que más nos hace gastarnos en su defensa, porque, gracias a Dios, nosotros vivimos de rentas; nos preocupa, sobre todo, el aspecto espiritual del problema. En esta época, donde la hipocresía el fraude, la traición, el acomodo, la mentira y la bajeza hacen roncha, es un crimen hacer desaparecer el único resto de sinceridad de que gozábamos; la franqueza, aunque sea en las ferias...

"TEATRO DE LA GUERRA"

—Rajemos, muchachos... al que maneja el tanque lo conozco... antes era colectivero...

VIDAL DAVILA



—La cortina de humo ha sido tan eficaz, señor, que nuestra escuadra no encuentra el camino de vuelta.





—Pruebese esta ropa. Si le sirve, siempre la puede cambiar.



INCONSCIENCIA

UNA vez que se escuchó el toque de queda, el sargento Peláez entró a la carpa. Sus compañeros se arremolinaron en torno a él.

—¿Qué pasó?... ¡Contá pronto!...

—Nada, nada... — se esquivó Peláez, con un humor de mil diablos.

—Por algo te habrán dejado arrestado...

Peláez se sacó la chaquetilla, encendió un cigarrillo y contó:

—Estaba en la primera línea y de guardia en un polvorín... Ustedes conocen a Mechita, la enfermera del hospital de sangre... (Unas tosecitas mal contenidas indicaron que había alguien que la conocía muy bien.)

—¿Y...?

—Ella se acercó a mí, que estaba de guardia en la puerta, y empezó a conversar sobre cuestiones de trabajo. (Se repitieron las tosecitas.) En ese momento vi que se acercaba el coronel y, para evitar ulterioridades, la hice entrar al polvorín, pero el coronel ya la había visto y me pegó el grito:

—¡Sargento! ¡Alto ahí! ¿Está loco? ¿Quiere que volemos todos? ¿Cómo se atreve a entrar al polvorín con esa mujer?

—Mi coronel... — balbuceé, y me interrumpió tronando:

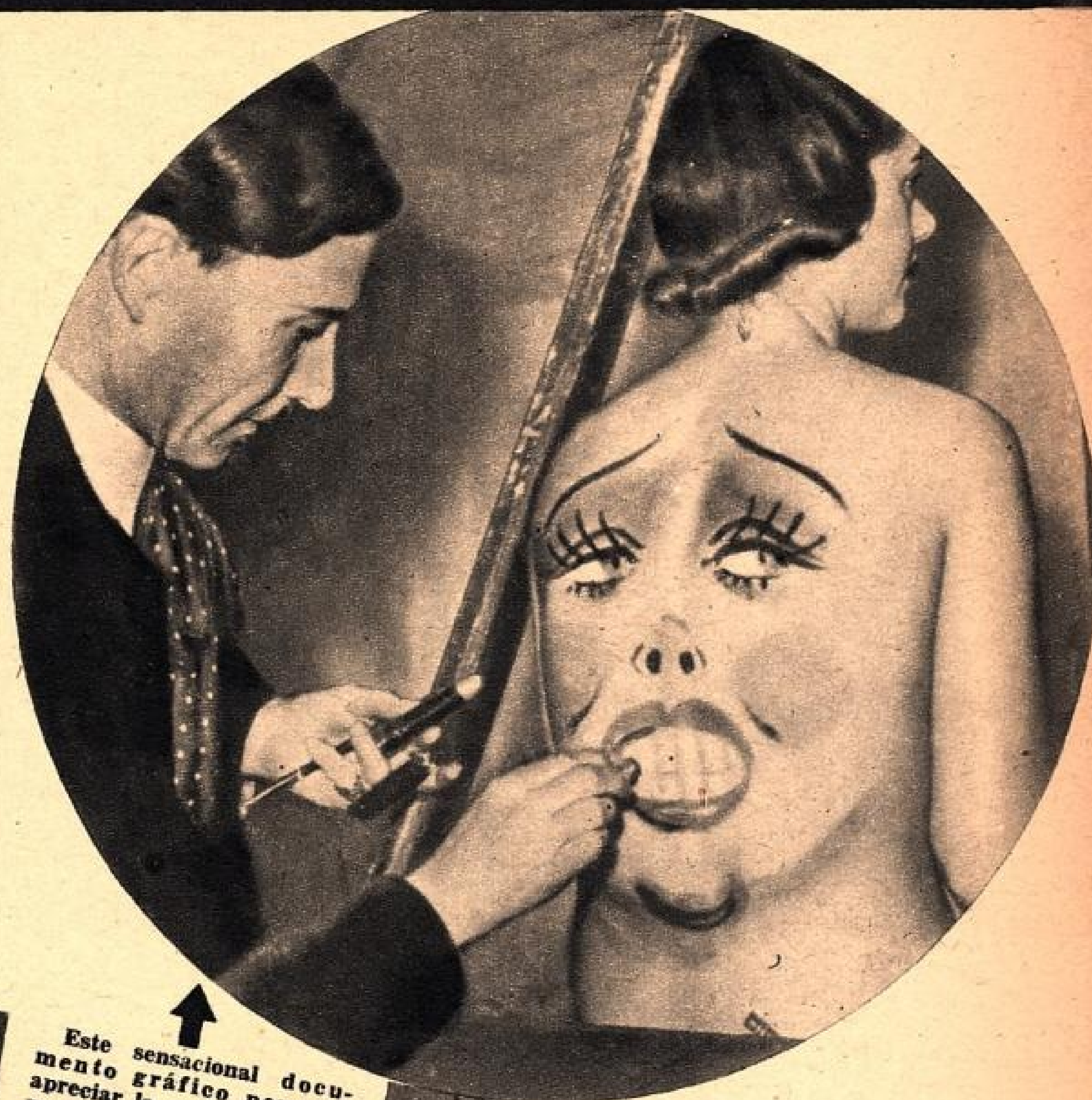
—¡Nada, nada!... ¡Hay aquí miles de kilos de dinamita y usted se atreve a entrar con Mecha!... ¡Preséntese detenido!...



LA OTRA CARA DE LAS MUJERES

Siempre se ha dicho que nuestras terribles enemigas del otro sexo, pecaban, entre otras cosas que no detallamos por discreción, de insinceridad.

En efecto, no es una novedad para nadie, que las mujeres tienen dos rostros y que nunca sabemos cuál es el que nos muestran. Es decir, no sabíamos hasta ahora, en que un famoso investigador vienés, el Dr. Walz, ha podido sorprender la fisonomía oculta de la mujer, mediante un curioso baño reactivo, permitiéndonos así conocer su auténtica expresión.



Este sensacional documento gráfico permite apreciar la cara que ponen por detrás las mujeres cuando por delante son todo miel y sonrisas



He aquí, al descubierto, a un grupo de mujeres en el momento de lavarse la cara.



Las mujeres no sólo se maquillan el rostro que muestran y el rostro del alma, sino que hasta su verdadera cara la acicalan y le hacen pintar los labios con toda naturalidad.



Esta fotografía muestra, en su crudo realismo, el secreto de la famosa intuición femenina. ¿No le ha sucedido a usted, lector, creer algunas veces que su mujer tenía ojos en la espalda? ¡Pues los tiene, no le quepa duda!



Y aquí está, por fin, el rostro que las mujeres exhiben habitualmente y que parece lleno de dulzura y cordialidad. Pero ahora que sabemos que ese no es el verdadero, ya les será más difícil engañarnos...

Esta vez sin el arco y la flecha
ya no tiene defensa Cupido,
ahora es ella la que se aprovecha
de tenerla a su planta rendido.





¿EL GATO O EL RATONCILLO?

Por
DERMIO ARGIVALES

Cuando llega la edad propicia —la edad de la idiotez—, uno busca novia; afila un tiempo, se compromete, empieza a ahorrar para los muebles y enseres del futuro hogar y por fin, ¡zas!, se casa.

Todo casamiento que se precie de tal, debe incluir, inmediatamente de consumada la tontería, un viaje de novios. Cuando se es millonario, se va a las Cataratas del Niágara, a Honolulú o a París. Cuando se es solamente rico, se va a Río. Y cuando se es pato, el viaje sólo se extiende a Chascomús, Venado Tuerto o cualquier otro pueblo donde uno tenga parientes, a fin de abaratar aún más la patriada.

Se regresa de la luna de miel, al hogar flamante, levantado a plazos —ese dogal que ahorca a las tres cuartas partes de la población porteña—, y una vez en el nidito de amor, empieza la vida, la verdadera vida, que dicen los solteros que aún no saben nada de ella, o la vida de perros, que dicen los casados porque de ella ya lo saben todo.

Una noche, pocas después de haber inaugurado el "nidito", mientras el marido lee en la cama y la esposa empieza a sentir ya que los párpados le pesan varios kilos, se oye, en la quietud de la habitación, un ruidito extraño. Es algo así como un roer de diminutos dientes. Como si uñas invisibles estuvieran arañando el barniz de algún mueble.

—Pochoco... —exclama aterrada la esposa, a quien se le ha levantado de golpe el peso de los párpados— ¡Un ratón!... ¡Es un ratón!... ¡Tengo miedo!...

El marido sonríe. Le encanta aquel miedo de su mujercita, por lo que supone, para él, de protector. Le da unas palmaditas cariñosas y responde:

—No te asustes, tesoro... ¿Qué es un ratón?...

El roedor parece cansarse al fin —después de un par de horas de "trabajo"—, y en el flamante hogar hace su entrada triunfal el silencio.

Al día siguiente, la esposa adquiere un gato. Una hora después el minino se pasea por la casa, olfateándolo todo. Y al caer la tarde ya está aclimatado a su nuevo ambiente.

Llega la noche. Y llega también el ratón. Sin importársele un rábano del gato, inicia su tarea de roedor. El felino duerme, sin importársele un pepino del ratón. Y los esposos no duermen, a la espera de que el gato se despierte, advierta la presencia de su pequeño enemigo y se lo engulla.

Pasan varias horas. El ratón debe haberse comido ya el aparador, a juzgar por la persistencia de su roer. Y el gato sigue apolillando.

El joven marido se levanta, va al aparador, saca la quesera y pone en el piso el suculento trozo de queso. Después va a la cocina. Toma la maza de ablandar las milanesas, vuelve en puntas de pie al comedor, y de un soberbio mazazo de derecha, liquida al gato.

COSAS DE DENTISTAS



—¿El dentista es andaluz?
—No. Pone esos discos para que el "ayayay" del cantaor tape los otros...

Al Pié de la Letra

Al consultorio de un dentista de barrio cayó una tarde, muy tarde, un señor con la cara hinchada. El propio dentista lo atendió, y el señor de la cara hinchada le dijo gimiendo: Vengo a sacarme una muela...

El dentista lo miró extrañado, muy extrañado, lo miró del lado derecho, lo miró del lado izquierdo, lo tomó de un brazo, luego del otro, lo hizo girar y le preguntó al cliente: No lo recuerdo, amigo mío... Así es que usted viene...

Impaciente, el cliente repitió en un gemido: No me haga perder tiempo, doctor: yo vengo a sacarme una muela...

Entonces el dentista lo hizo pasar, preparó las pinzas, preparó el sillón, preparó los desinfectantes, preparó todo y dijo al cliente: Siéntese no más, señor... Ahí tiene todo, yo voy a tomar unos mates y después vendré a cobrarle el alquiler del consultorio...

El cliente, mirándolo con la boca abierta (porque la tenía preparada para la extracción) le contestó al profesional: Pero, doctor, ¿yo... yo... yo mismo ten... tengo que sacármela?

Y el dentista, ya cabrero, le contestó: Pero y claro, pues... Se lo pregunté dos veces porque me extrañó, pero usted me repitió: "Vengo a SACARME una muela"



—Será el dentista de moda, pero cobra muy caro... Cada vez que vengo me saca un ojo de la cara...
—¡No sea exagerado! Sólo le saca una muela de la boca...



—Le mataremos el nervio y le pondremos una corona...
—No, yo a mis nervios, cuando mueren, no les hago honras fúnebres...



—¡La que está marcada con la cruz... ¡no vaya a pasar lo que la otra vez!...



—¡Dios mío!... ¡Es el último... después de éste ya no tendré más pretextos para venir a verla...

EL POETA

Por **IVAN DIEZ**



Eeeh. No, señores. Hay que considerar las cosas. Uno puede ser lírico, sí, todo lo que se quiera, pero de ahí a que tenga que alimentarse con ensalada de jazmines o comiendo tortilla de violetas, me parece un poquito ingrato.

¿Qué es un poeta? Un poeta, mis amigos, es un soñador; un ser que engarza en los objetos de la vida su brillante emoción. Un bardo es, por lo regular, un regalador de belleza; una persona de sentimientos generosos, exquisitos, sublimes. Todo eso es un poeta. De acuerdo. Pero no debemos olvidar que por más que sea alado, tiene estómago como todo el mundo, y que a ese estómago no lo puede arreglar con conversación.

La gente cree que los vates, por el hecho de ser canarios, deben también alimentarse con lechuguita, alpiste y, de cuando en cuando, con un pedacito de vainilla.

No. señores. ¡no!

El poeta debe comer sus buenos bifes con ensalada de tomates, papas fritas, o, simplemente, bifes a caballo. O a pie. Pero que sean bifes; con preferencia de tres cuartos de kilo. Nada de pituquería.

El vate necesita alimentarse como cualquier ser que anda sobre la tierra, porque, fuera de su condición de "plumífero", representa uno de los cuerpos humanos, con su correspondiente esófago, estómago y demás líos internos.

La mayoría, al leer las composiciones de un portalira, cree que la lira la porta, lará, lará, para expresar lo siguiente:

—Hermanos: nosotros vivimos de rayos de luna, de rayos X y de ¡me parta un rayo! Bebemos en la cristalina copa del ensueño y hundimos el marote en siderales almohadas, hechas con plumaje de cisnes etéreos.

Sí, créanlo. Justito. No le erraron ni por veinte metros.

* * *

Adorables ñatos: ¿por qué esa cara de desilusión cuando se enteran de que el poeta predilecto se lo pasa mandándose sus grandes minestrones al uso nostro? ¿Qué tiene de particular que un soñador coma minestrón? ¿Pierde lirismo por eso? No, de ningún modo. Uno puede ser poeta y minestrónico a la vez. (¡Qué plato sirven por 0.20! ¡Viva la poesía!)

Dicen que a las plantas hay que regarlas para que brinden flores. Pues bien: el minestrón hace las veces de agua. Un agua un poco sólida, debido a los dedalitos, porotos, pesto y demás cosas, pero siempre benéfica... para el estómago del trovero.

Hay churros fantásticos que no conciben a un soñador delante de un queso provolone. Dicen que eso es prosaico e indigno de un fabricante de ensueños.

Pero, ¡santo Dios! ¿Qué tendrá que ver el "formaggio" con un constructor de sonetos? ¿Así que uno no puede darse el gusto de hincar el diente en un trozo de leche cuajada, porque cultiva la poesía? Entonces es preferible no escribir. ¿Privarse del soque? ¡Vamos, hombre!

Por lo visto, ser bardo es una desgracia. Considero que cantar es muy grato, siempre que no sea para el carnero. El canto enaltece el espíritu y melifica los sentimientos, pero tener que achicarse ante un "sandwich" de salame porque el poeta debe alimentarse de estrellas, eso, no; que se lo cuenten a José. (Digo José como podría decir Minguito).

El bardo, según la opinión de determinados budines, debería ser un hombre pálido, ojeroso, de largos cabellos y de mirada mansa. Tendría que pesar unos cuarenta kilos, sin medias, y suspirar cual rosas que agonizan en los crepúsculos ígneos (¡Muy bien! ¡Cómo escribo! ¡Fenómeno!).

De acuerdo a la mentalidad de algunos, un hombre que hace versos no debe tomar más que bebidas "espirituales'. El vino negro va muerto. Es vulgar, grosero (¿Será porque vale diez guitas el vaso? Chi lo sa).

Ahora si el que las va con el drogui, chupa bebida blanca y cara, entonces, sí. Eso está bien. Se admite porque despeja el cerebro... si se toma con la imaginación, pues si se empina a la que te criaste, se acabó el poeta, el vaso o la copa, el dueño de la confitería, los mozos y las vidrieras (¡Viva el comisario!).

Según ciertas churrascas, el verdadero poeta debería sonreir en fa, suspirar en sol y estornudar en la. Sí, en la... en la sala de primeros auxilios.

Tendría el vate que caminar, según ellas, a puros saltitos, como los chingolos, y renegar de todo lo terreno... aunque tuviera terrenos en Caballito o en Pehuajó.

En vez de "muzzarella", debería masticar terciopelo de rosas y corazón de claveles chiripitifláuticos, mojando la seda de los labios, en ánforas pletóricas de moscato celestial. (Che, pero cómo estoy, ¿eh?).

Nada de ñaquitas ni de aguardientes con balines.

Vestido de paje, según ellas, el bardo debería musitar, bajo el balcón de la amada:

> *Duquesa del Gran Serrucho,*
> *responded al pobre paje.*
> *¿Está vuestro padre?... Escucho.*
> *Avisadme, sobre el pucho,*
> *para tomarme el gran raje.*

Y luego, el Poeta, siempre según la imaginación de muchas, tendría que desenfundar la viola y desnucar un minué, una gavota o un pato.

A continuación debería escalar un muro, llegar hasta el balcón de la enamorada, y, dejando la pipa a un lado, volcarse en un ósculo, cuidando, claro está, de no sentarse sobre la pipa, para no tener que salir al trote, en busca de agua o de papa rallada.

Señores, por favor. El lírico, el poeta, come como cualquiera y cuando le hace mal algún alimento, también toma bicarbonato, protestando y tirando la casa por la ventana.

Fuma en cachimbo; es casi siempre robusto (de 90 para arriba) y sabe decir "maroma'", "¡sonaste!" y otros términos griegos.

Señores: fantasías, no.

Los poetas son dignos de admiración y de respeto, pero no olviden que tienen también estómago y que, delante de un pollo allo spiedo, son capaces de tragarse un hueso, como cualquier hijo de vecino.

Soñar, sí; pero buseca y provolone, también.

NO ES LO MISMO...

Por **BUD STAMANTE**

Una choza chica en Capri que una chica caprichosa.

Si Tina se compra un can que si se compra una cantina.

Si Tito se queda en paz que si se queda en el pastito.

Un convento de monjas que monjas con vento.

El plan de la rata que el rataplán.

La casa Tor que la Torcaza.

"Vieja Pared" que paré a una vieja.

Si Tita tiene un plan que si tiene una plantita.

Un tomate pequeño que un pequeño toma té.

El ford de Roque que el Roquefort.

Las acciones de la vaca que las vacaciones.

Leer "coronación" que leer La Nación en coro.

El paso del zar que el zarpazo.

El lamento del par que el parlamento.

Si Rita tiene tupé que si tiene tu perrita.

El pie del inca que el hincapié.

La edad de Susy que la suciedad.

El cuidador de las panteras de Java que si dejaba las panteras el cuidador.

Un balde de whisky que un whisky de balde.

Creas el pan que el páncreas.

Si le dan un asado a Cora que si le dan un acorazado.

Un asno que dura que un durazno.

El que ama el pan que el Panamá.

Un león en la cama que un camaleón.

El duque de Rivas que si derribas al duque.

Si gana las copas el caballo que si gana el caballo de copas.

Del ring vino que el vino del Rin.

La dama de corazón que el corazón de la dama.

Atado por amor que amoratado.

La paz del inca que la incapaz.

La edad del sol que la soledad.

Zapatos Luis Tres que te "luistrés" los zapatos.



¿QUIEN GANA EL DOMINGO?

INDEPENDIENTE - TIGRE

Contra Boca fué fiera de establo,
contra el Santo fué fiera de selva,
y el domingo, al luchar contra el Diablo,
es posible que al establo vuelva...

ESTUDIANTES - RIVER PLATE

Estudiantes de La Plata,
la saca barata
y empata.
Mientras River Plate,
sufre un sosegate
con el empate.

PLATENSE - GIMNASIA Y ESGRIMA

Gimnasia es un cuadro platense,
Platense también es rival,
y de los dos cuadros vence:
"P" mayúscula inicial.

BANFIELD - NEWELL'S OLD BOYS

Hinchas locales encantados:
juegan mejor los rosarinos,
mas los de Bánfield, avivados,
son los que marcan los pepinos...

F. C. OESTE - SAN LORENZO

El Ferrocarril, ¡cuitado!,
ante el once visitante
quedó tan desvencijado
como el material rodante...

CHACARITA JUNIORS - RACING

A la Chacarita con su anemia
se fué la Academia.
Mas, ¡oh, maravilla inigualada!...
¡Volvió curada!

HURACAN - ATLANTA

Apenitas, raspando, raspando...,
los bohemios perderán.
Y también "raspando", "raspando"...,
los locales se impondrán.

BOCA JUNIORS - LANUS

Dos apellidos vascos se sacan chispas,
el vasco Laferrara y el vasco Arrieta.
Y entre un murmullo enorme, como de
[avispas,
se vuelven los granate con "la maleta".

CALDERON DEL YATE

JUGARON EN EL MISMO PUESTO

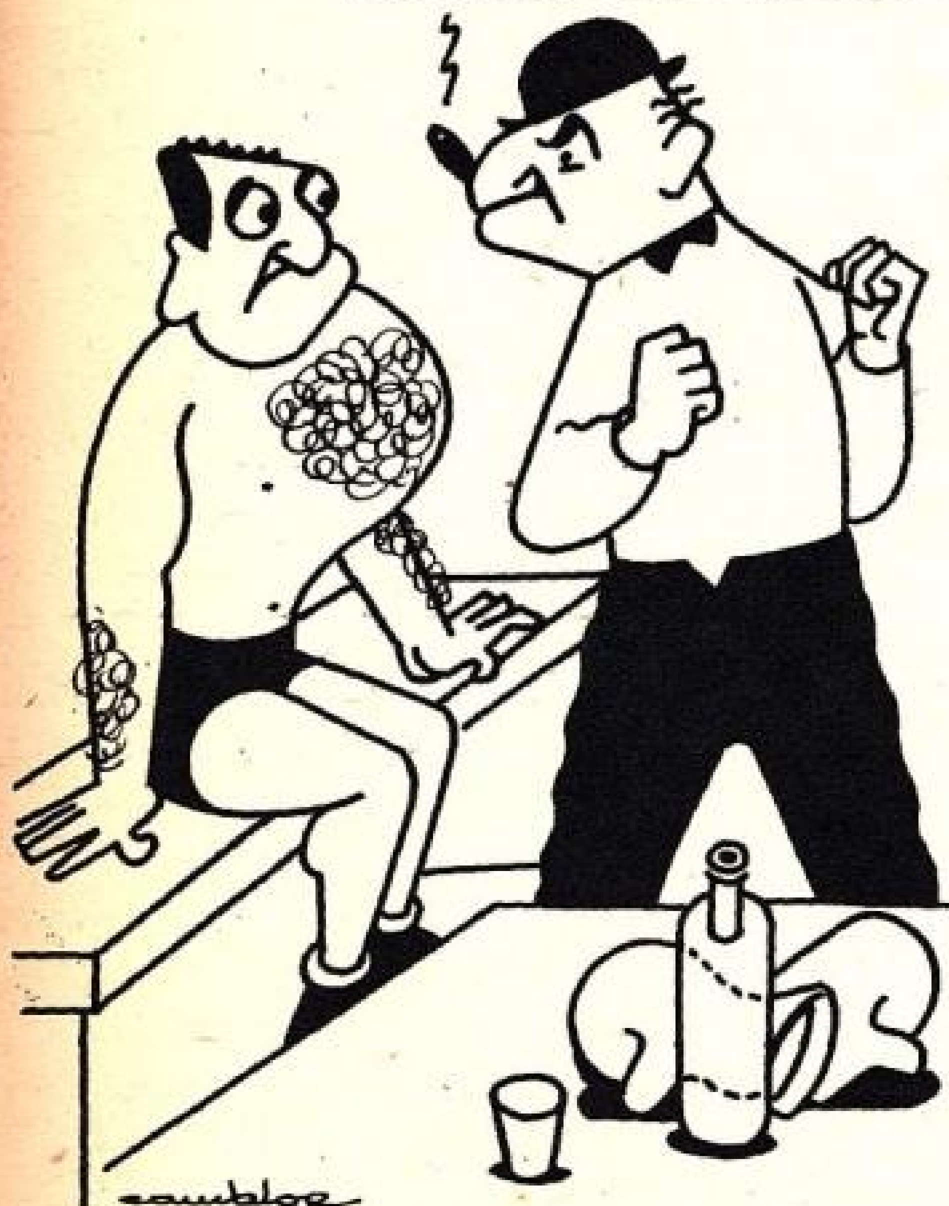
Cuando a los de Tigre les suspendieron al jugador Azaña, se les planteó un grave problema a los "dires" para reemplazarlo. Dos de la comisión, ambos españoles, comentaban:
—Y ahora que nos suspendieron a Azaña, ¿a quién ponemos en su lugar?
—Y..., aprovechemos que está aquí Alcalá Zamora...

GUZMAN, PERO NO "EL BUENO"



El half Guzmán, de Bánfield, es peruano, de Lima. Y los wingers que lo enfrentan, ya saben algo más del morocho limeño. Saben, por ejemplo, que el muchacho procura sacar la pelota limpiamente. o parar al adversario con medios lícitos. Pero en cuanto no puede hacerlo así, Guzmán procura hacer como el vasco Lecea, que uno de los dos quede: el balón o el hombre. ¡Porque hay que ver cómo raspa Guzmán!...
En resumidas cuentas, que no durarán los noventa minutos los que se arriesguen a que el jugador de Lima los raspe. Se gastarán pronto...





—Preocúpate, si te pega con la derecha, castígalo en el estómago...
—¿Y si me pega con la izquierda?
—Entonces no te preocupes, nosotros te levantaremos del ring.

SUNDAE DE DEPORTES

Cuando los tennistas hermanos Zappa hicieron el servicio militar, ¿lo hicieron en el cuerpo de "zappadores" pontoneros?

*

Era un boxeador muy despierto, pero lo durmieron...

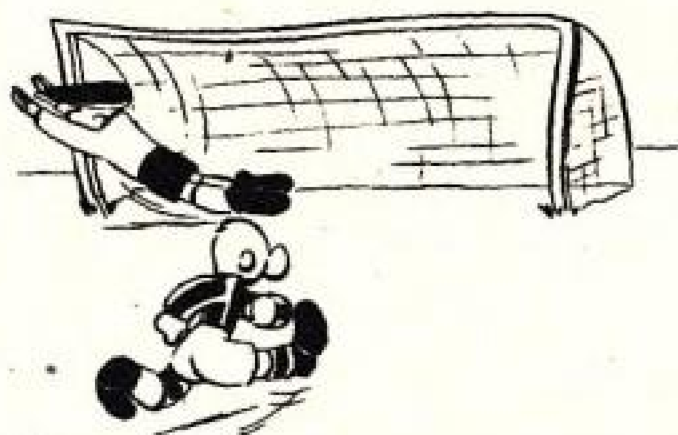
*

En el basquet: Cada vez que la pelota entraba por el aro, se avergonzaba de su candidez.

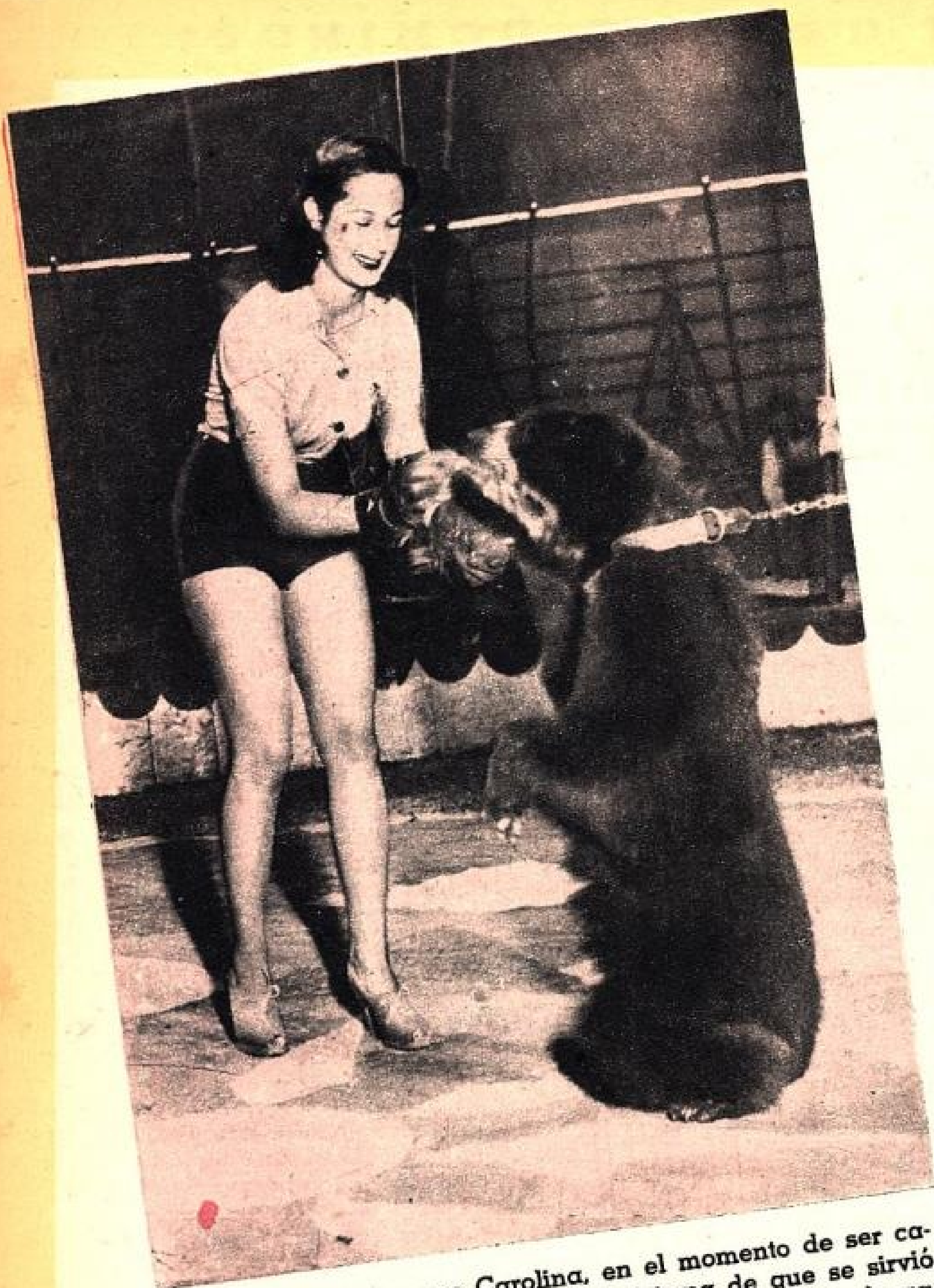
*

Era muy malhablado y cada vez que erraba una carambola soltaba el taco.

CUANDO LOS "CRUDOS" JUEGAN FENOMENO



Hubo una vez un entrenador de fútbol que tuvo una idea. (No asombrarse, que también una vez tuvo ideas mi suegra: me tenía idea a mí.) El entrenador de marras, de "Marras Fútbol Club", pensó que los muchachos se cansaban mucho del fútbol en los entrenamientos y que era mejor hacerles tener "hambre de fútbol"; vale decir, no mostrarles el balón hasta el día del partido oficial Quizá de ese modo mejorarían sus pobres performances, ya que el club marchaba cola en la primera y en la reserva. Esa tarde hizo formar a los once de la primera y a los once de la reserva frente a frente. Tocó pito y les dijo:
—Empiecen, muchachos. Sacan los de la reserva.
—¿Sacan qué?... —protestó uno de los de la primera. Si no está la pelota.
—No importa —refutó el entrenador—, hoy jugarán sin la pelota. Corran, háganse pases, tiren al arco, haciéndose la ilusión de que juegan con la pelota. Es un sistema nuevo... Ustedes no ven la pelota, pero la pelota está en la imaginación.
—Nosotros no la vemos, pero está... La imaginación... Sistema nuevo... —se repetían los muchachos. Pero, obedientes, al fin, empezaron a jugar y jugaron.
Y resultó el mejor partido que hicieron. Los pobres muchachos estaban tan acostumbrados a "no verla" que el match resultó todo un espectáculo.



Este es el auténtico oso Carolina, en el momento de ser catequizado por la domadora, con el sistema de que se sirvió para conseguir novio: dándole el dulce y asegurando la cadena...



Aquí vemos al único animalito que se da el lujo de tratar mano a mano con las mujeres y que ellas, en vez de tratar de dominarlo, más bien se esmeran en imitarlo. Las chicas se desviven por ser "monas" y por hacer monadas, cosa que, como se ve en el grabado, le hace muy poca gracia al mono.

Mujeres y Animales

Las mujeres siempre se han entendido muy bien con los animales, sobre todo las casadas. Cuanto más grande es un animal, mejor lo dominan Pero a medida que el animal se achica, ellas se achican también, como, por ejemplo, en el caso del ratón. De ahí se explica que en los circos prefieran las domadoras, las amazonas y las equilibristas, y no porque —como algunos cándidos suponen— sea un lance del empresario para ahorrarse la comida de las fieras.

Veamos ahora, en esta páginas, los métodos de seducción de que se valen las hijas de Eva para conquistar a los animales y que no difieren mucho de los que utilizan contra nosotros.

La capacidad femenina de disimulación se pone de relieve en este documento gráfico, donde podemos observar en qué forma agasajan a un potrillito —que será el caballo de mañana— para luego manejarlo a su gusto.





He aquí un pobre leoncito que ha caído en las terribles garras de estos dos feroces churros. El rey de la selva sabe muy bien —y por eso tiembla— que las chicas le acarician la piel pensando en el lindo tapadito que se podrían hacer con ella. También el rey de la creación, cuando la mujer se pone cariñosa, tiembla pensando que lo que ella quiere en realidad es su piel; es decir la piel que quiere que le regale para su cumpleaños.

Esta joven, por ejemplo, está haciendo bailar al elefante, mediante el método persuasivo que emplea para que el paquidermo de su novio la lleve al cine los sábados, acompañada de la mamá y sus cinco angelicales hermanitos.

SE CHASQUEARON

La ley burrera dice que la última es la del desquite, y así ha de ser no más... sólo que lo que es desquite para unos, para otros es desastre. Acertar la octava y no salir del hipódromo pisando fuerte y con ganas de dar propinas, es como sacarse la grande y olvidarse de cobrarla. Agarrar al de la última es salir con plata; otra cosa no se concibe... Y es porque allí hay que jugarse entero y... apechugar con lo que venga. Nada de placés ni boletitos sueltos... ¡Derecho y con todo el paco! Y así es como se dan las cosas raras que todos conocemos; esas que no se ven, ni se dicen, ni se oyen, pero que se sacan por el olor...

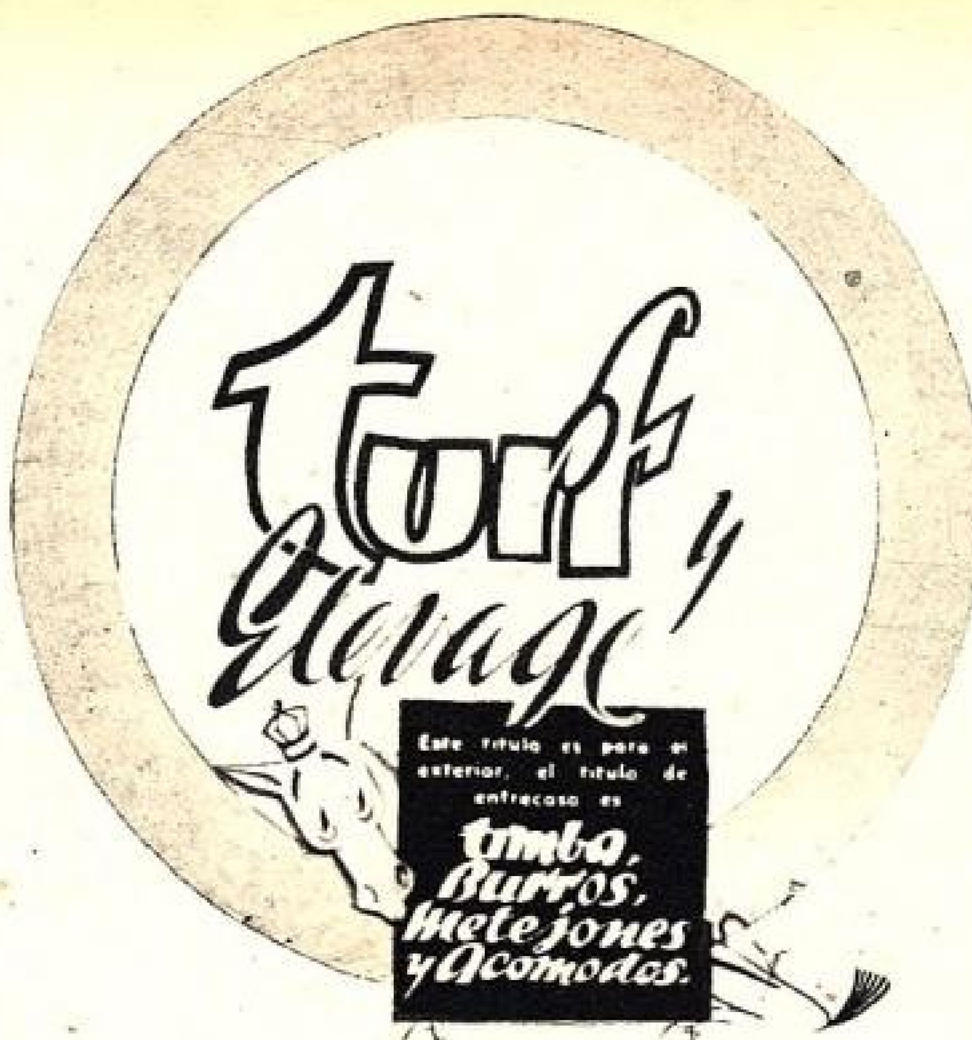
Días pasados corría Konkin, reciente perdedor injusto frente a Vivaracho, ante cuyo jinete, demasiado identificado con el nombre de su caballo, debió pagar el tributo de medio cuerpo de desventaja al cruzar el disco. Si a este antecedente se agrega sus buenos aprontes, mejor monta —la de Antúnez—, y la certidumbre de una falta absoluta de peligro en la mediocre aunque larga lista de contrarios, se comprende fácilmente la boleteada de sesenta y ocho mil ganadores, merecidísimo voto de confianza popular, con todo derecho a convertirse en cordial despedida, previo paso por las ventanillas de cobro... Pero se levantaron apenas las pizarras, y ya vimos el peligro... El peligro era Mambi, con 11.000 ganadores solamente, pero con... ¡1.800! placés! Si se tirarían en fija que no habían ni pensado en los placés! Si se tirarían en fija que no habían ni pensado en los placés! Eso sí que era jugarse derecho...



Y ahí no más nos despedimos de nuestros billetes... En efecto, Konkin no hizo nada por su feliz retorno. Pero en cambio ocurrió algo que nos hizo gritar, resollando por la herida, desde luego, pero con la satisfacción del que sobre su misma derrota ve cumplirse la venganza... Konkin no ganaba, pero Mambí tampoco. Se desesperó su jinete..., se desesperaron sus partidarios..., gritaron..., aullaron, pero nada... Mambí no alcanzó. Y junto con el último grito estrangulado en la garganta, los vimos echar mano al bolsillo y... también ellos romper boletos por culpa de un Chasque cualquiera, y con la amargura de no encontrar en el montoncito de papeles arrugados por la bronca, ni un mísero placé para consuelo. Y Mambí pagó 12.80...

SE MONTIVERO...

Los Montivero, padre e hijo, se han convertido de golpe y porrazo en los "bohemios" del turf, que lo mismo que los del fútbol, cuando menos se espera, echan la casa por la ventana y se apuntan un poroto con fricatelli... ¿Que no lo entienden? ¿Pero no vieron que los otros días ganaron con Atlanta una carrera increíble? Y todavía, para que el susto fuera completo, lo dieron con la caballeriza Fantasma... ¡Como para no creer en Fantasmas, con tal evidencia por delante!... Así que, compañeros, en cuanto ustedes vean que los "bohemios" se la corren en yunta, a jugarles, e se Montivero piú... felice morte.



NEGRITO CABEZA LOCA

Hace poco el negro se dió, frente a Alonso, el gran gustazo de Sourire —que es sonreír, en francés— en un final de pescuezo entre la de Torterolo y Manille, a la cual dirigía el uruguayo. Pero acto seguido Artiguitas le atajó el pasmo, o mejor dicho, le pasmó la sonrisa —que ya el grone volvía a esbozar encima de Adamia— en un mano a mano de no menos emoción que el anterior, y en el cual el fallo adjudicó sólo media cabeza en favor de La Gloire, con el rosarino en el lomo. Visto lo cual, un reo de los que nunca faltan, comentó el asunto de esta manera...

—Si es inútil..., mientras haga falta sacar el cuerpo, o arriesgar el pescuezo..., primero él. Pero en cuanto el asunto entra a definirse por la "cabeza"... ¡sonamos los del negrito!

BIOGRAFIAS EN BORRADOR

MEDINA

No se sabe cuántos años tiene. Por si acaso ya le llaman el pibe. El nombre de pila sólo lo conocen los cronistas que tuvieron que hacerle "la nota" y el empleado del J. C. que lo inscribió en la Escuela de Aprendices. Es morocho y flaco. Se deduce del apellido y de la profesión. Ayer —es un decir, el sábado 20, con exactitud— le importaba bastante menos que no ser "nadie" aún, el mal rato que le estaban haciendo pasar los nervios, por ser víspera de su primera carrera. Ahora está más tranquilo, pensando que ya el estómago no le va a dar tanto trabajo, en las próxjmas salidas a la pista. Nunca pensó ganar con Piedrita, aunque lo soñó hasta despierto y de mil modos. Sabe que ganó porque recuerda —además de haberlo leído en los diarios— que viniendo de los últimos en la recta, de golpe comenzó a pasar de largo por el costado de sus rivales, y poco después que éstos se acabaron, cruzó el disco. La primera impresión del aprecio popular "ya" lo asustó un poco... porque al principio no distinguió entre aplausos y silbidos, y creyó que había hecho una macana. Legui podría aleccionarlo sobre cómo hacer para que no lo asusten las últimas... ¿Amigos? Con seguridad que "ayer" tenía muchos. Hoy sólo sabe que podrá ir tranquilo al Ta-ba-ris, seguro de que él no va a pagar la cuenta...

¡ESTO YA ES EL COLMO!



Es fama y voz corriente los sacrificios que suelen hacer algunos cuidadores para lograr éxito con sus pupilos. Sabemos de quienes no dejan pasar semana sin su correspondiente visita a Luján..., con resultados que no siempre dejan bien parados a los santos invocados. Pero esto de los otros días en La Plata, sobrepasa todo lo imaginable... Figúrense que para asegurarse el triunfo de la matunguida Otra Cosa, se fueron a buscar nada menos que de Roma la ayudita... ¡Y nada..., papelón!

Pero algo es algo... Lo que yo les aconsejaría ahora, sería cambiar de cuidador Dársela a Benito Dios, por ejemplo, y así con la muñequeada de Roma y el visto bueno del gran entrenador, no sería raro que Otra Cosa sirviera para ídem que tirar de un carro...

ENCICLOPEDIA BURRERA ILUSTRADA

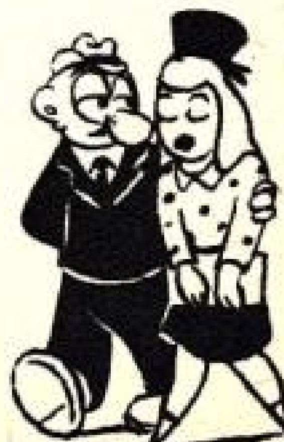
"Se cortó solo"



"Picó en punta"



"Van acomodados"



LA VERDAD EN GOTAS

"Yo la escribo y mi hijo la vende": Montivero y Cía. con Atlanta.

*

Cuarta, ni con la "cuarta" de Leguisamo salió de cuarta.

*

No tuvo figuración, pero la boleteada hace presumir que se jugaron enteros con Media.

*

Una insignificante Piedrita fué la causa del gran tropezón de la cátedra...

*

Las declaraciones de Leguisamo, en verdad, no echaron gran luz sobre la performance de Sombra, y el asunto sigue a oscuras...

*

¿Verdad que este Sauternes parece pura espuma?

El gusto a tierra *viene de... la* tierra



Esta es la máquina que hace la limpieza del cacao en la fábrica Noel

Noventa veces sobre cien, cuando Ud. bebe una taza de chocolate y nota cierto gusto a tierra, es porque ese chocolate contiene *efectivamente* tierra.

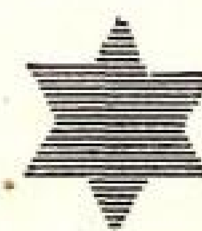
La cáscara de cacao, como es natural, llega a las fábricas impregnada de polvo. Y es indispensable limpiarla antes de triturarla para extraer el grano. Si no se hace esa limpieza, o se hace mal, algo de polvo se mezcla siempre con el grano.

Nosotros limpiamos el cacao en una maquinaria especial antes de comenzar a elaborarlo. He ahí un detalle que hace que nunca tenga sabor terroso el chocolate Noel. Conviene, pues, preferirlo.

Consuma chocolate Noel: bueno es que Ud. sepa como se elabora el chocolate que toma.



CHOCOLATE NOEL

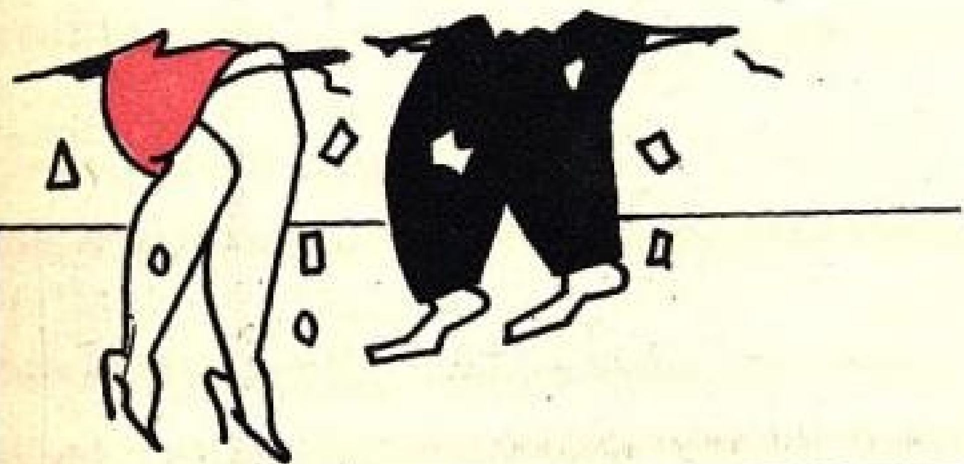



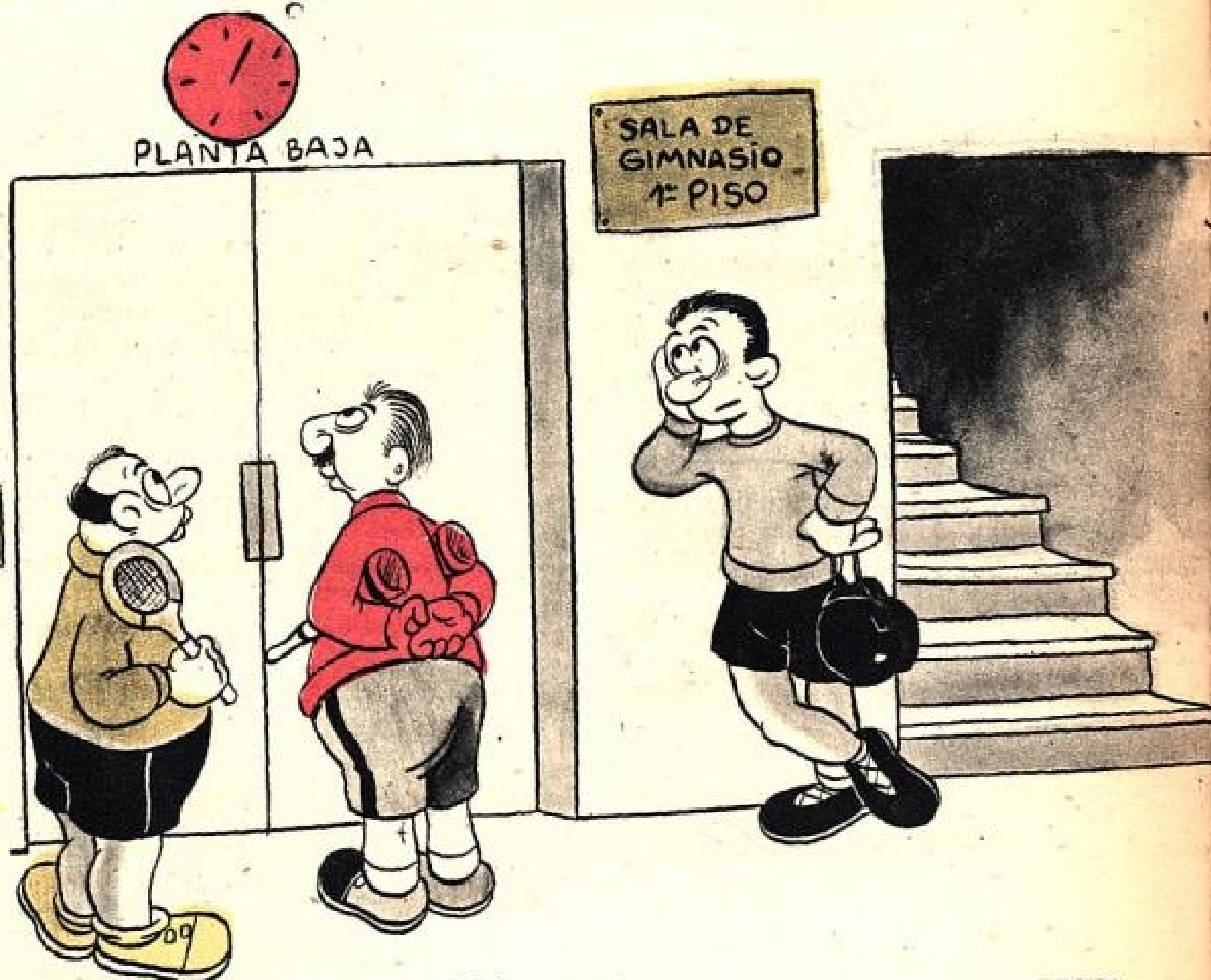


—Tal era la abundancia de exploradores, que tuvimos que abrir una fábrica de conservas...



—Hum-mmm. Aquí anda mal algo...





—No se asuste; son los vecinos de arriba que estan bailando la conga.

—¿Oro? ¿Oro?
—No; solamente un jabón para la caspa.





—Mis sentimientos han cambiado hacia ti, pero sigo queriendo mucho al anillo; así que lo guardaré!

Escribe CHAMICO

EL HOMBRE DE LA LUNA

Un señor que viene de la Luna deseea verlo...

En vano busqué en el rostro de mi criada su parte del asombro que me abrió la boca de oreja a oreja: esperaba impasible mi respuesta pues es una mujer que anuncia, con la misma tranquilidad, que se ha quemado el puchero, como que un acreedor enfurecido ha arrancado de cuajo un balcón de bronce. Y es que ella tiene una filosofía parda, que expresa así:

"Lo mismo da un barrido que un fregado, y todos somos barridos o fregados, según sople el viento."

Teniendo en cuenta todo esto, renuncié a pedirle detalles y dije:

—Que pase.

Poco después entraba el selenita. Pero no se parecía en nada a los verdaderos selenitas, cuyo retrato nos ha transmitido tan fielmente el señor Wellls. Era un hombre como yo, aunque bastante más alto, algo más grueso y mejor vestido.

Después de ofrecerle una silla, le dije:

—Así que viene usted de la Luna.

—Sí, señor.

—¿Directamente?

—Debo confesarle —me respondió con cierto embarazo— que aunque mi propósito, al salir, era el de entrevistarme con usted, me he entretenido un momento por causa de una piedra que estábamos buscando.

—¿Algún aerolito que se les ha perdido?

—¿Aerolito? Puede que sea ése uno de sus nombres técnicos, pero el médico le llama cálculo, y lo buscaba en el hígado de mi señora suegra. Yo fuí a ver la operación.

—¡Cómo! ¿Su suegra vive aquí?

—Vivía, señor; vivía, pues aunque la operación resultó todo un éxito desde el punto de vista científico, la señora ha dejado de existir, aunque puede decirse que ha fallecido muy mejorada, ya que le extrajeron la piedra. Pero no sé por qué le hablo de estos asuntos familiares, ajenos a la índole de mi misión.

Mientras el selenita encendía un cigarrillo, lo que hizo como cualquiera de nosotros y hasta fallándole tres veces el encendedor, pensé que era muy extraño que la suegra de un selenita viviera, o hubiese vivido, para ser exactos, en la Tierra. "Pero —me dije— hace tanto tiempo que no leo libros científicos ni diarios —desde que se me rompieron los lentes, en un tumulto que hubo cuando el Centenario— que a lo mejor ya se han establecido comunicaciones regulares con el satélite."

Mi visitante echó una bocanada de humo, lo mismo que los viejos marinos que se disponen a contar un naufragio, y retomó la palabra:

—¿El señor es soltero o ha tenido ya ocasión de contraer enlace?

—Como ocasión —le respondí algo picado— no me faltó; es más, y se lo digo sin ninguna jactancia: he tenido muchas y muy ventajosas, pero aún permanezco en libertad.

—Lo lamento, porque la experiencia me ha enseñado que los hombres casados están más dispuestos a pensar en nosotros.

—¿En la Luna?

—Sí, señor. Pero usted parece una persona previsora...

Un poco molesto por tanta intromisión, le pregunté:

—¿De dónde saca usted que soy previsor?

—Del paragüero del "hall".

—¡Mire usted que es sacar!

—Sí, había en él dos paraguas, y no siendo usted casado, eso demuestra su alto espíritu de previsión, pues si se olvida uno le queda el otro.

—Tiene usted el genio de la deducción, como Sherlock Holmes; pero se ha equivocado, pues esos paraguas pertenecen a amigos, que los han olvidado aquí; yo no poseo ni una sombrilla japonesa.

Sonrió con indulgencia para consigo mismo, y me dijo:

—Al mejor cazador...

—Se le escapa un par de paraguas, ¿no es éso? Bueno; hágame usted el favor de explicarme qué es lo que tengo que ver yo con la Luna, pues estoy, como vulgarmente se dice, a la luna de Valencia.

—Entonces vamos al grano.

—No deseo otra cosa.

—¿Le gustan a usted las casas de piedra?

—Nada de subterfugios, caballero —exclamé, un tanto fastidiado.

—Dijo usted que iríamos al grano, y me sale hablando del granito.

—Es un modo de iniciar la conversación.

Lo atajé, dispuesto a no dejarlo dar un solo paso en falso, gritándole casi:

—¡Pues me parece que para iniciarla es un poco tarde; que ya está por terminarse, a mi modo de ver!

—Quiero decir, para entrar en materia. Bueno, señor: he pensado en usted para venderle un terreno y edificarle una casa, pagadera en cómodas cuotas mensuales. Vea usted los planos... El cuarto de baño, ¿le gusta con azulejos o pintado al duco?

—Me gustan las cuentas claras. Vamos por partes. Usted, ¿cómo se llama?

—Gargaricochea, para servir a usted.

—¿Y eso es selenita?

—No señor, es vasco.

—¿Y hay vascos en la Luna?

—Nuestro gerente lo es también.

Ante aquellas palabras me asaltó una sospecha: ¿habría estado yo en la Luna durante toda aquella endiablada conversación? Le pregunté:

—Pero, ¿viene usted de la Luna, el satélite de la Tierra, o viene usted de otra parte? ¿Qué luna es la suya?

—Vengo de la Luna, con un punto entre cada letra, L. U. N. A., que quiere decir La Unión National (antes decíamos nacional) Arquitectónica, sociedad constructora sobre terrenos propios.

—¡Acabáramos!

—Por lo que creo comprender —dijo lo más orondo—, ha habido un pequeño malentendido entre nosotros... Pero aclarado el punto...

—¡No hay nada aclarado! —vociferé en el colmo de la indignación, pues soy de los que opinan que el tiempo es oro. Si usted no era un selenita, ¿a cuento de qué me ha dejado en el error durante tanto rato? ¿Quería burlarse de mí?

—Nada de éso, señor; pero en la academia que nos dan en la compañía antes de lanzarnos a la venta, nos enseñan que no hay que contrariar nunca a un posible cliente; que hay que seguirle el humor, por lunático que sea, y llevarlo poco a poco al terreno que nos interesa, que es, precisamente, un terrenito edificado que usted me comprará. Hoy es el primer día en que salgo a vender y esta circunstancia...

Esa circunstancia me contuvo en el deseo de echarlo por la ventana, y lo acompañé al ascensor, sin decir palabra.



UN TIO CON TODAS LAS BARBAS

Por P. LUQUERO



Francesco Pelacane, único fígaro del pueblo, estaba bostezando, arrellanado sobre el sillón de su negocio, después de haber leído por undécima vez la revista de la semana pasada, cuando entró un cliente. Desconocido para él, el hombre. que lucía una hermosa barba negra. se despojó del saco, el cuello y la corbata, y se sentó en el sillón que Pelacane había dejado vacante, no sin darle antes un puntapié al gato que casi lo hace caer...

El cliente parecía poco dispuesto a la conversación, pero no hay cliente duro para un peluquero, como cualquiera de nosotros lo sabe por experiencia.

Mientras echaba el polvo de jabón en la taza, Pelacane inició el ataque:

—¿Qué frío, eh, señor?...

El de la barba asintió con la cabeza.

—Hacía muchos años que no sentía tanto frío... Recuerdo que en el año 18, cuando nevó..., ¿se acuerda, señor, cuando nevó?...

El de la barba movió la cabeza negativamente.

—¡Ah! ¿El señor no estaba aquí?...

El de la barba asintió.

—¿Y no vió la nieve?

El de la barba negó.

—¡Qué raro!... —y empezó a jabonar la cara del cliente.

—¿Usted no es del pueblo, verdad?... No me parece haberlo visto nunca... —siguió.

Por fin el de la barba dejó oír su voz.

—No... Soy de Buenos Aires... Vine a trabajar con el circo que debuta mañana.

—¡Ah, claro! ¡Qué idiota soy! ¡Viéndolo debía haberme dado cuenta de que era de un circo!...

El cliente lo miró de reojo; Pelacane se dió cuenta de la "gaffe" y la quiso arreglar:

—Este... no; me expresé mal. Quise decir que debía haberme dado cuenta, porque como usted es forastero y también llegaron los del circo, era fácil deducir...

El de la media barba (ya lo había afeitado de un lado) murmuró:

—No es nada... comprendo... comprendo...

—¡Barba dura!... y con muchos remolinos. ¿Una barba de quince días más o menos?...

—De tres meses...

—¿Sí?... pues está muy bien conservada... —agregó, tanto como para decir algo—. ¿El señor es acróbata?...

—No... no... soy ilusionista...

—¡Ah! ¿Hace pruebas? ¿Otra pasada?

El hombre, que ya no tenía barba, se pasó la mano por la cara y dijo:

—Es inútil... Total, dentro de un par de horas estará como antes...

Pelacane se quedó parado con la navaja en la mano y luego, describiendo con la misma un semicírculo en el aire, preguntó:

—¿Dentro de un par de horas?... ¡No puede ser, señor!...

—¿Que no puede ser?... ¡Pues ya lo verá usted!...

El peluquero lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Afirma usted que dentro de dos horas tendrá tanta barba como la que yo acabo de afeitarle?...

—Ni más ni menos...

Pelacane sacudió la cabeza... Después de haber hecho la guerra del 14 era la primera vez que se sentía con un miedo tan horrible.

—¿Se pone talco?...

—No... no, así no más. ¿Cuánto es?

—Cuarenta centavos.

El cliente se levantó, se puso el cuello y la corbata, se enfiló el saco y, extendiendo un billete de un peso, dijo:

—Cóbrese las dos afeitadas... Son ochenta, y veinte de propina para usted...

Pelacane no pudo articular palabra.

—Sí, hombre, sí... ¿No le dije que dentro de dos horas vendré a afeitarme otra vez?... Hasta luego. —Y saltó dando un portazo.

Nuestro héroe se miró al espejo, se dió un par de cachetes y luego sonrió:

—Bah! ¡Un artista!... Haciéndose el chistoso a costillas mías, y yo, idiota, que por un momento lo creí... —Y sonrió al cartero que acababa de entrar.

—Buen día, Gervasio.. ¿Se va a afeitar?

—Sí, rápido, gringo; una pasada que está por llegar el tren...

Dos o tres clientes más fueron atendidos por Pelacane y todos se enteraron de la novedad.

—Fíjese —le estaba explicando al farmacéutico— si será loco, que me dijo que a las dos horas vendría con la misma barba y...

En ese momento se abrió la puerta. Pelacane palideció y se aferró al sillón; luego dejó caer la navaja y empujando al recién llegado salió a la calle dando gritos de espanto.

El recién llegado era el mismo cliente que había afeitado dos horas antes, ¡con "la barba"!

En la pensión de artistas la anécdota cundió entre carcajadas. Lo que había pasado era muy sencillo. El hombre tenía un hermano mellizo, que hacía los dobles en los trucos de ilusionismo; molesto por la charla del peluquero había imaginado la pequeña comedia con el resultado que ustedes conocen, pero a Pelacane no hubo quién lo convenciera, sino mucho tiempo después, de que había sido objeto de una burla ingeniosa.



ABUSO DE CONFIANZA

Por DON MANUEL

HUBO hace tiempo en Avellaneda una institución cultural y recreativa con unos salones maravillosos, salones que parecían de museo por la heterogeneidad de las cosas que se veían. En una de las habitaciones había nada menos que un ferrocarril; en otra, una hermosa guitarrita antigua; en otra sala, un magnífico monte rodeado de palmeras. Existía también un gran salón donde se enseñaba matemáticas, con la original particularidad de que todas las cuentas terminaban en treinta y cuarenta o en siete y medio. Bueno; después de estos eufemismos, se habrán enterado ustedes de que ese centro cultural y recreativo era una timba fenómeno. Y vamos al cereal: desde que se fundó la casa, todas las noches iba un viejo criollo, casi centenario, que, consolando con algunos dichos graciosos al que perdía y felicitando con alguna verseada al que ganaba, se ligaba de vez en cuando algunas chirolas.

Un buen día, es decir, una buena noche, cayó a la timba un paisano, hábil, al parecer, para el juego, ya que se ganó dos mil pesos. Al salir, le regaló diez pesos al viejo, y éste se gastó todo en una décima, en lugar de la acostumbrada cuarteta con la que salía del paso. Sucesivamente, todas las noches, durante un mes, el paisano ganó a razón de dos o tres mil pesos por noche y al salir, el viejo tuvo siempre sus diez pesitos. Hasta que una noche... pero esto es cosa del párrafo siguiente.

Una noche salió el paisano cariacontecido y de mal humor. El viejito lo recibió con una décima flamante, pero el paisano le dijo:

—Viejito, perdone, pero esta noche he perdido ocho mil pesos y me he quedado en la cochina vía...

Oír esto el viejo y brillarle los ojitos de indignación fué todo uno. Se incorporó muy enojado y rugió más que habló:

—¿Y no le da vergüenza? Hubiera jugado hasta un límite razonable. ¿Por qué tengo yo que perder mis diez pesos? ¿Quién le manda jugar lo que no es suyo?...



Jugar con falderas...

Había una vez un jugador tramposo. Invitaba a los amigos a su casa y les ganaba siempre. El "guille" del asunto era que siempre los invitados se sentaban de manera que el dueño de casa y su compañero les veían las cartas por sendos espejos colocados estratégicamente detrás de los "puntos".

Aquella noche la cosa iba fenómeno. Cada vez que mentía uno de los novatos, el dueño de casa y su compinche vichaban por el espejo. Si los otros tenían poco, rebotaban en seguida con un "¡Quiero retruco!" o con un "¡Falta envido!": de lo contrario se iban a baraja. Pero sucedió que . . .

El dueño de casa miró las tres cartas del que estaba frente a él. Tenía dos cuatros y un rey. El compinche hizo lo propio con el que tenía frente a él. Este tenía una sota y dos cincos. Entonces uno de los invitados grita "¡Falta envido y truco!". El dueño de casa (que tenía el as de espadas y "32 bravas") se achica. Se repite la jugada varias veces. El dueño de casa mira por el espejo, ve que los otros no tienen nada, que los está robando, y sin embargo, con mucho juego, dice "No quiero". Al final los "puntos" se llevan la plata y se van. No bien se han ido, el "socio" lo agarra al de la casa y le dice:

—Pero sos loco, vos . . . Les hemos estado disparando con juego y ellos no tenían nada . . . ¿De qué te sirvió el espejo?

El dueño de casa, secándose el sudor de las sienes, le contesta:

—El espejo . . . Gracias al espejo. El espejo me sirvió para ver el revólver que tenía sobre la falda el que estaba frente a mí . . . Se había avivado el punto, che . . .



"FALTA EL RESTO"



"LE CANTÓ LA FALTA"



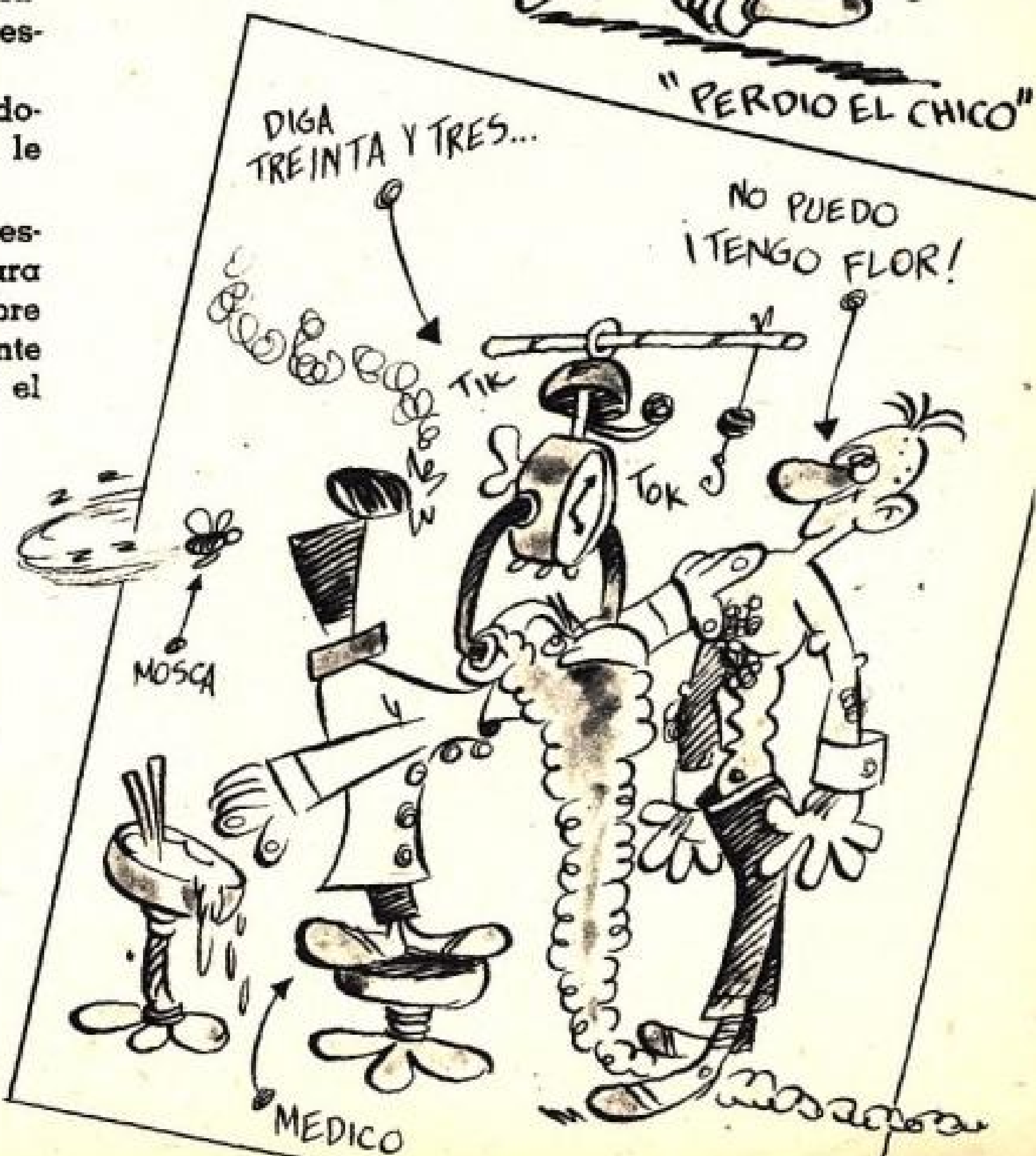
"TREINTA Y TRES DE MANO"

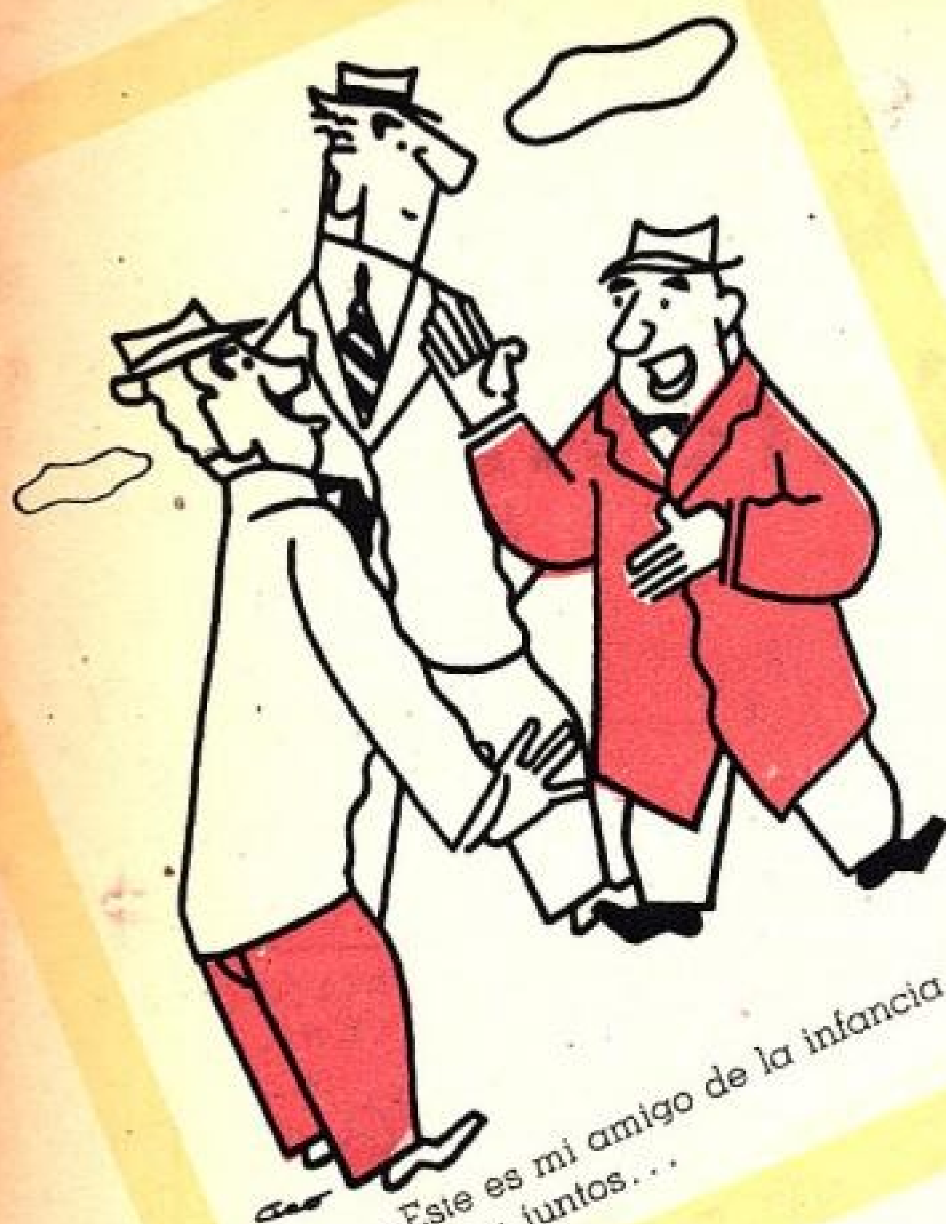


"ESTA EN LAS MALAS"

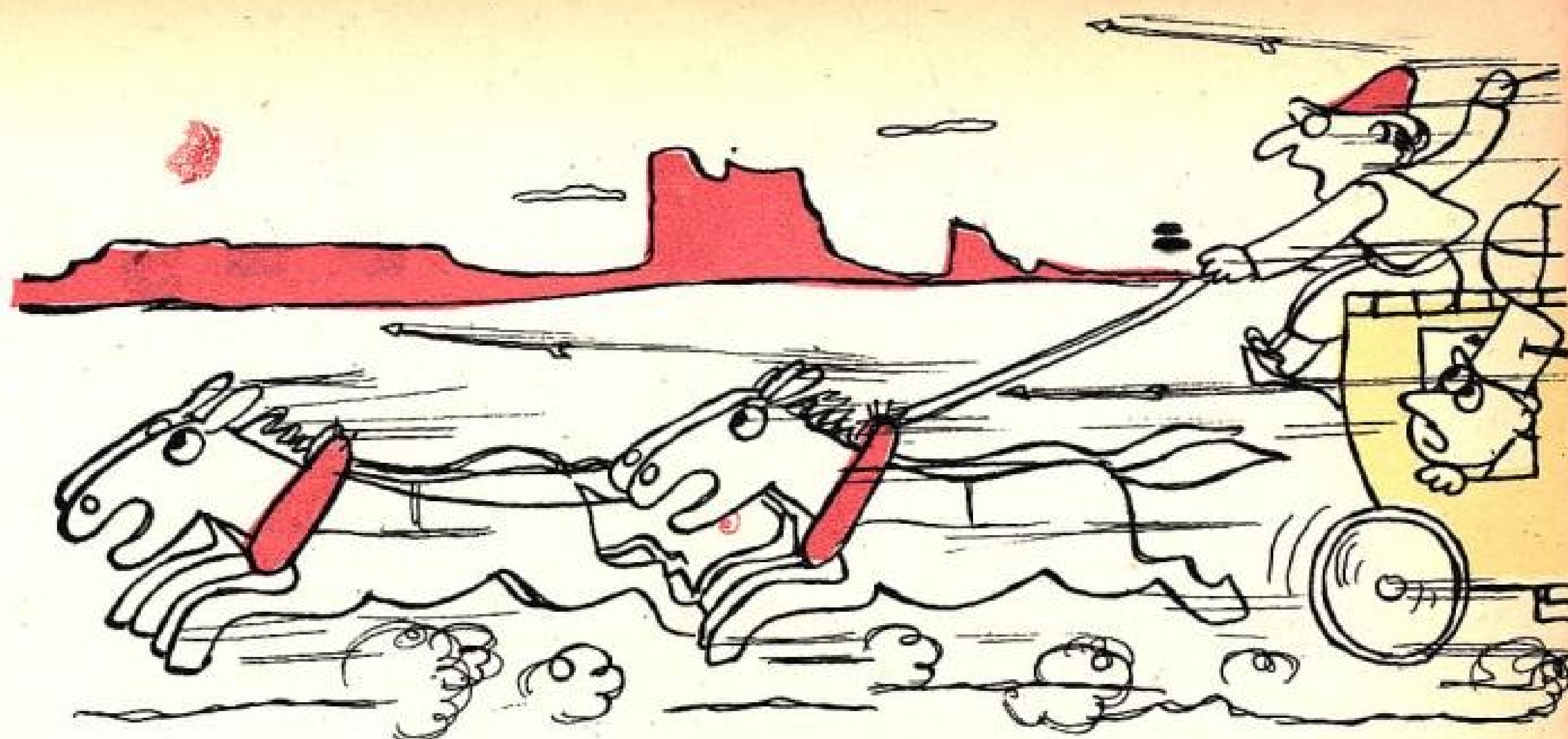


"PERDIO EL CHICO"





—Este es mi amigo de la infancia... Crecimos juntos...



—¿Está usted seguro de que estos indios son de la película?



—¿Se murió de viejo? ¿Y qué le dejó?
—Un carro.
—¡Menos mal! Ya tiene para ir tirando...





—¿La banda dobló, o voy bien?





—Y no es suficiente que los deje correr la carrera de los seis días. Ahora quieren que ponga un premio en efectivo.

¡FELIZ DEL HOMBRE QUE RECIBE UN PISOTON DE UNA MUJER!

PARA muchos individuos propensos a dorar las píldoras más negras, una mujer que pasa a su lado por la calle es fuente de deliciosos ensueños. Sin ninguna razón atendible, tejen alrededor de ella una red tal de lindezas y virtudes que terminan por no ver a la dama, sino ûnicamente la falsa aureola por ellos mismos tejida. Los hay que se dejan arrastrar por la tentación de seguir a tal mujer, cayendo con condenable ligereza en un idilio que los colocará sin remedio en la pendiente fatal que lleva al matrimonio.

Las cosas ocurren de otro modo cuando la mujer que pasa junto a un hombre en la calle, da a éste un pisotón que le hace ver las estrellas. En semejante trance, el hombre suele dejar escapar una maldición tremenda, capaz de ruborizar a una columna de alumbrado. Gracias a esta favorable reacción, toda posibilidad de idilio queda cortada de raíz. Pero, aun cuando el hombre consiga frenar el impulso verbal en que tan eficazmente se traduce el dolor del pisotón recibido, la acción del pie femenino opera drásticamente sobre las inclinaciones matrimoniales de quien la sufre.

Más de un varón consciente desearía recibir un pisotón de cada mujer que pase por su lado, para salvarse de la cadena perpetua.

Sin embargo, como ocurre siempre, hay hombres imposibles que eluden las más elocuentes advertencias de la naturaleza. Más de un hombre, habiendo sufrido una vez que una mujer le pusiera el pie encima, consintió luego en pasar con ella ante el Registro Civil, autorizándola a tenerlo bajo su pie por toda la vida. Es que no todos los hombres merecen serlo.



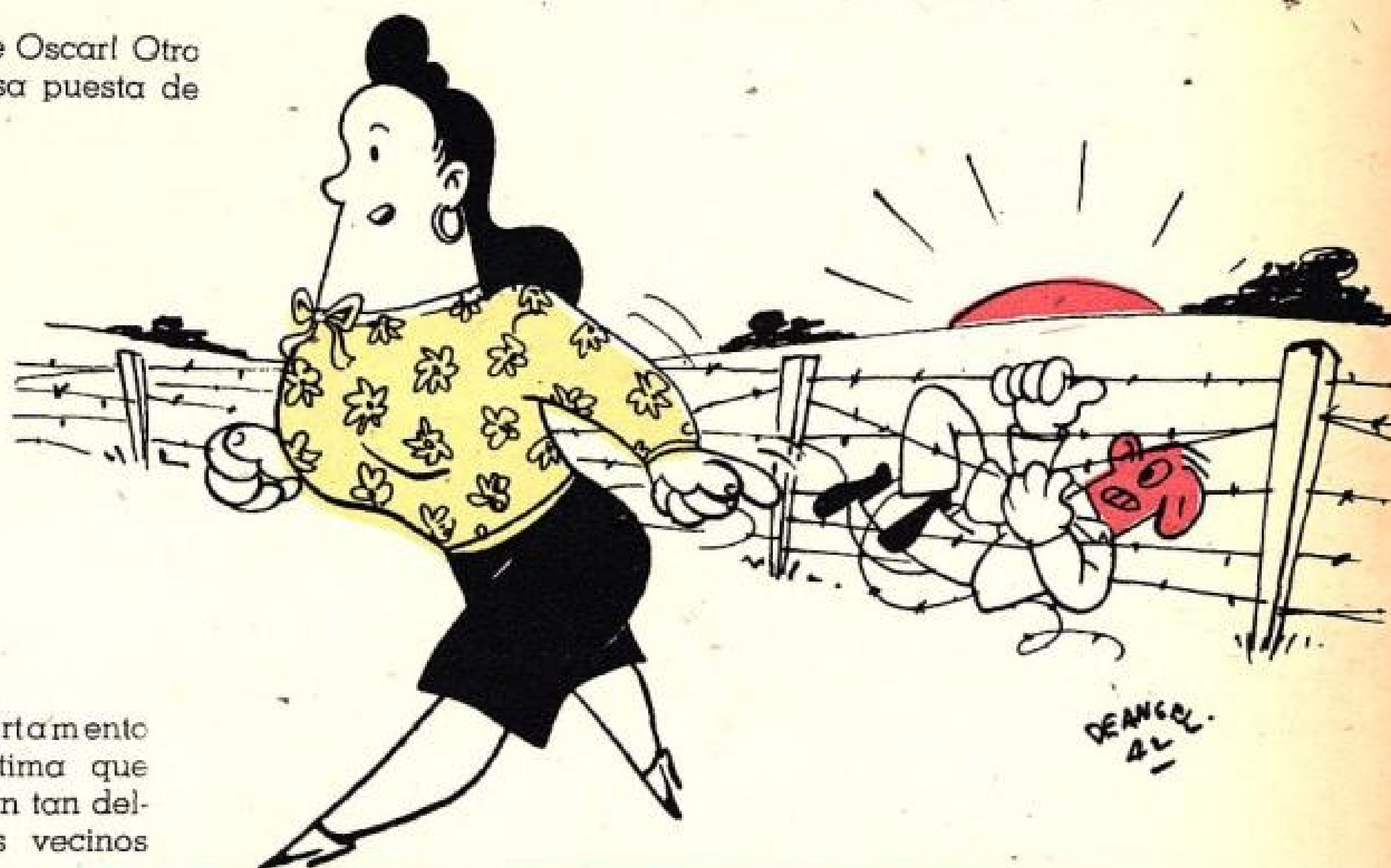




—¡Pero mozo!... Yo le pedí cerveza con espuma...
—Sí, señor, aquí le traigo el jabón...

—¡Apúrate Oscar! Otro día verás esa puesta de sol...





—Este departamento está bien. Lástima que las paredes sean tan delgadas, que los vecinos nos oirán pelear.

—¿Tomó sopa de espárragos o de tomates?
—No sé. ¡La que tomé no tenía gusto a nada!
—Ah... Entonces era de tomates...





—¡Vamos, no te hagas el loco!

El Chasque de CASCABEL

NOTA: No mantenemos correspondencia postal con los colaboradores espontáneos, ni se devuelven los originales.

A Gerardo Fonseca (Monte Caseros). — Que nos envía cuatro chistes ilustrados. No puede usted imaginar cuánto lamentamos que sean sólo cuatro. A lo mejor el quinto hubiera resultado gracioso.

A Marqués de la Espinela. — Sus versos serían publicables si fueran en prosa. Y si trataran otros temas. Por lo demás, nos gustan mucho.

A Emil (Bahía Blanca). — Que se declara lector asiduo de CASCABEL, envía una colaboración y afirma que no es peor que muchas publicadas por nosotros. Como lector asiduo podrá comprobar que su trabajito no está en el tono requerido. Pero no se desanime: puede seguir disfrutando del privilegio de ser lector de la mejor revista humorística que existe.

A U. Morista (Olivos). — El trabajito que envía es duplicado de uno suyo que tenemos en la incubadora desde hace tiempo. Es cuestión de paciencia.

A Lam (La Plata). — Su chistecito ilustrado no puede ir. Es muy poco "serio", diremos para entendernos con usted. Su observación sobre algunos chistes publicados hallará explicación satisfactoria si usted lee los "Cascabeleos" del Nº 23. Después pruebe lo que quiera.

A Komon Doyle Latesta (Montevideo). — Querido Komon: no basta juntar ideas graciosas para hacer un cuento. Hay que escribirlo y, lo que es más, escribirlo bien. Usted debe resultar más gracioso hablando, porque así no necesita ordenar la puntuación.

A Aga Menón Caso (B. A.). — Dicen que suele ser más comprometedor un ingenuo que un malicioso. Así parece confirmarlo el final del cuento que nos envía en su calidad de aspirante a colaborador. Aparte de eso, nos interesan colaboraciones buenas y breves.

A Juan A. Secas (B. A.). — Su cuentito es bueno por pulcro y breve. Pero malo por muy usado. Los cuentos, como las avenidas, no deben tener más de dos manos. Agradecidos por sus elogios.

A G. A. DACHARRY (Leandro Alem, Misiones). — Todo es cuestión de que produzca usted con originalidad. El color no es necesario. Los dos chistes que envía pecan de ingenuos.

A Dr. B. Isturi (R. de Escalada). — Si nos metemos a moralizar a los lectores y lo conseguimos, la revista se va al tacho. Y si no lo conseguimos, también. Por eso no damos curso a sus sermoncitos.

A Carbonilla (La Plata). — Que gusta enviarnos chistes más solitarios que la afamada lombriz. Envíe por lo menos de a dos para que no mueran en la soledad.

A Carlos Canda (Ramos Mejía). — Que envía un chiste "para el canasto". Agradeceremos nos envíe el canasto.

A Rara Avis (Quilmes). — Muy plausible su explicación sobre el hábito tan inglés de llevar los pantalones a media asta. ¿La conocen los ingleses? En cuanto a su trabajito, correcto, pero muy serio. Los pronósticos no son nuestro fuerte; jamás acertamos una redoblona.

A X2HP (B. A.). — Sus dos tentativas de chistes ilustrados quedan ahí no más: en tentativas. Imposible predecirle el porvenir con sólo mirar esos dos chistes. Si usted cree que tiene algo gracioso que ofrecernos haga la prueba. Muchas gracias por sus elogios.

A Un Posadeño (Posadas). — Su noticia de que CASCABEL tiene buen éxito por esos pagos es muy bien venida. No así sus dos chistes ilustrados, cuya gracia está casi bajo cero. Salud y gracia.

A Jamel Endy (B. A.). — El dramita en verso no es su fuerte ni nuestra debilidad. Desde que falleció Calderón, el género está muy venido a menos. ¡Mucha prosa, compadre!

A Narciso Narah (B. A.). — Su composición sobre la superioridad de la belleza masculina le salió tan seria, que nos ha convencido. Ahora hasta el Dire se cree buen mozo. Pero ni por eso le publica la composición.

A Helena Giménez (B. A.). — Si bien nos gusta cruzar palabras con las damas, no tenemos aplicación para las palabras ya cruzadas que usted nos propone. Igualmente le agradecemos.

UNA SITUACION TERRIBLE

Por **JUAN LANAS**

Me encuentro ante un pavoroso problema que no sé cómo resolver; una situación singularísima y terrible que, de no hallarle solución, me hará perder todo mi prestigio de hombre honrado y me llevará a la fría celda de una cárcel!

Estuve tres meses internado en un hospital. Y un día los médicos me desahuciaron. No me quedaba vida más que para unas cuantas horas. Lo supe por una imprudente conversación que sostuvieron junto a mi lecho, creyendo que yo, hundido en la semiinconsciencia del coma, no les oía.

Lo extraño era que yo advertía la gravedad de mi estado. Me hallaba en posesión de una perfecta lucidez. No sufría el más leve dolor... En fin, que si ellos no hubiesen previsto mi inminente deceso yo me habría creído en franco restablecimiento.

Pues bien: el mismo día en que fuí desahuciado recibí una visita. Era un hombre desconocido para mí, de aspecto raro, vestido enteramente de negro, palidísimo, con unas patillas anacrónicas. Parecía un cochero de pompas fúnebres. Lo miré sorprendido y pareció comprender el motivo, pues se apresuró a decir:

—Usted, señor, no me conoce. Mi nombre, además, no interesa. Más adelante, si llegamos a un acuerdo lo sabrá usted. Me apresuro a expresarle con cuánto pesar he sabido lo desesperante de su estado. Aconsejarle resignación me parece tan inútil como ridículo. Nadie se resigna a morir cuando no tiene motivos para desear la muerte, y usted no los tiene. Lo sé porque me he preocupado de averiguarlo. Me permito, pues, sugerirle que adopte la actitud más inteligente: aceptar el hecho a punto de consumarse fatalmente, tratando de sacarle provecho a esta contingencia tan triste como inevitable.



—¿Sacarle provecho? —pregunté sin comprender.

—Sí. Sé que no tiene usted más parientes que su señora madre. Y sé que ella vive muy... humildemente. No le ofrezco una solución definitiva a esa situación, pero sí la manera de proporcionarle una suma que la alivie durante algún tiempo. Represento a una importante organización científica y mi proposición es ésta. Perdone usted si me expreso descarnadamente: se me ha autorizado a ofrecerle la suma de dos mil pesos moneda nacional por su esqueleto. Ha sido estudiada concienzudamente su ficha hospitalaria y es usted, por lo visto, lo que mi representada necesita.

Me quedé helado, sin ánimo siquiera para responder. Y el hombre fúnebre prosiguió:

—Por si tuviese usted algún escrúpulo, perfectamente explicable por cierto, le diré que su aceptación implicaría una obra humanitaria, señor ¡Su esqueleto está ya destinado a una cátedra de anatomía!

—Sí, pero... ¡verme desnudo del todo, hasta de carnes, para que otros me contemplen!... —objeté porque no se me ocurrió otra cosa.

—¡En bien de la Humanidad, señor mío, no lo olvide!... ¡Una buena obra!... ¡Una obra casi sublime!...

Les juro que no me dejé convencer así no más. Luché por espacio de una hora con aquel hombre, pero al fin, por sacármelo de delante, acepté, casi sin saber lo que hacía.

—Perfectamente —exclamó el funebrero—. Aquí tiene usted su dinero... Ahora firme aquí.

Era tal mi ansiedad de perderle de vista, que firmé presuroso, sin leer siquiera lo que decía el papel. Y el macabro individuo se fué.

El hecho de que escriba esto prueba que no he muerto. Pero para conservar sin mácula el honrado apellido que me legó mi padre para no ir a pudrirme en una cárcel, debí morirme entonces... Seis días después de aquella extraordinaria visita, el tipo volvió al hospital. Se acercó a mi cama con gesto hosco y sin preámbulo alguno me dijo secamente:

—¡Señor mío! ¿Cuándo piensa usted morirse? ¡Su comportamiento dista mucho de ser serio!... ¡Usted se ha comprometido, por un documento, a entregarnos su esqueleto cuatro días después de haber recibido el dinero! ¡No ha cumplido usted, y eso es una imperdonable informalidad! ¡Lo conmino a que haga honor a su firma en un plazo de tres días!

Y se fué, sin darme tiempo a contestar. Desde aquel día vivo obsesionado por una espantosa pesadilla. Ese hombre me persigue implacablemente. Primero en el hospital y después en mi casa —me he mudado tres veces, pero inútilmente—; se me presenta en todas partes, emperrado en conseguir mi esqueleto. He leído después el papel que firmé, y, en efecto, estoy comprometido a entregar mi cadáver el 15 de mayo. Desde ese día no tengo un instante de tranquilidad. Le propuse devolverle el dinero y se ha negado. Le sugerí la idea de conseguirle otro cadáver y no quiere saber nada... ¡Está empeñado en que tiene que ser mi esqueleto y nada más que mi esqueleto!

Esta mañana volvió a verme y me amenazó con llevar el asunto a los tribunales. Me horrorizan los pleitos... Les juro que de buena gana me suicidaría, pero me repugna el suicidio. Por eso me he decidido a escribir esto, con la esperanza de que alguno de ustedes me saque del apuro con una solución. De lo contrario, no sé qué haré.

MEDICO ESPECIALISTA EN RESFRIOS

Por ERNESTO MIGLIA

—¡Atchís!

—¡Salud!

—¡Atchís!

Pero esta vez, mi buena esposa no respondió. Comprendí que la pobre estaba rendida o desalentada: desde las ocho de la mañana deseándome "salud" y eran ya las siete de la noche... Se quitó los lentes, dejó la costura y me dijo:

—Sal a dar una vuelta por afuera, Celedonio. Has estado todo el día tirándome de la lengua. Terminemos la fiesta en paz.

¡Salí, sí! Aquel resfrío de estornudos me tenía entre loco e hidrófobo. Y de cometer un crimen o morder a alguien lo primero era alejar del riesgo los muebles nuevos. Por lo pronto, vengativamente, tiré en la vereda el tubo vacío de aspirinas y pisoteé con los zapatos los fragmentos de vidrio. (Ay, que las pastillas no tenían culpa y su explicación al final es lo único cómico de esta triste historia.)

En la calle, sentí una rabiosa cólera contra los transeúntes que huían apresuradamente del frío. Pensé que, aunque padecieran una úlcera al estómago o un brazo fracturado o una nariz chipendale, allí estaban los médicos, los cirujanos para remediarlos. Pero mi resfrío, ¿qué médico o...?

—Escucha, cabeza de melón verde, ¿cómo te atreves a hablar así de la ciencia, sin haber visto antes a un médico?

Era, dentro de mi cabeza, la vocecita con que se anuncian las ideas geniales, pero yo aun protesté.

—¡Los médicos no curan los resfríos!

—¿No, eh? Pues mira a tu izquierda.

Miré. Fué como un deslumbramiento. Al lado de un zaguán, en una chapa de cobre, leí: "Dr. Hipócrates Colifati. Especialista en resfríos".

En el interior, al lado de una puerta entreabierta, por la que pasé sin más trámite, había visto un papel, pegado a la pared, que supuse un aviso de alquiler, pues alcancé a leer un "abitación" sin "h".

—¡Maravilloso, amigo! Tiene usted un resfrío macanudo, de esos que entran pocos en docena. Pues bien; cinco minutos y listo. Sáquese la ropa.



Me quedé desnudo y tiritando. Entonces el doctor Colifati, que se frotaba las manos con muestras de hallarse muy contento, se aproximó a un mueble y abrió una puerta, invitándome a que entrara.

—Perfectamente. Ahora tenga paciencia durante cuatro o cinco minutos. Cuando yo abra la puerta, usted saldrá de su resfrío como nuevo.

Y ¡zas! la puerta se cerró tras de mí como una losa sobre una tumba. Un frío horrible y un temblor creciente me convirtieron pronto en una pelota que rebotoba vertiginosamente contra las paredes del reducido espacio. Y esta condición de pelota de goma no me permitía comprobar si, como empezaba a sospechar, el doctor Colifati me había metido en una vulgar "frigidaire".

—Puede ya vestirse, amigo. ¿A que ya no siente el resfrío? ¡Oh, mi método es infalible!

No sé si me despertaron estas palabras mágicas del doctor Colifati. El caso es que me encontraba, sin saber cómo, medio tumbado en un sillón, tan agotado y sin fuerzas, que el doctor Colifati tuvo que ayudarme a vestirme las ropas.

—Me parece que me encuentro peor —insinué.

—No, hombre. ¡¡Ha sido todo un éxito! He conseguido transformar su resfrío en una pulmonía. Y el método para curar la pulmonía lo conoce cualquier vulgaridad de esas... mis colegas. En cambio, su resfrío, ¿entiende?, sólo yo podía curarlo.

En este punto, apareció un vigilante. ¿Cómo adivinó el momento en que iba a cometerse un asesinato? Me sacó de allí tirándome de un brazo, y cerrando la puerta del consultorio, se detuvo frente al papel pegado en la pared, que señaló, leyendo: "No entren en esta habitación. Peligro de muerte".

—¿Es que usted es analfabeto?

—Como faltaba una "h" creí...

—Creí... ¿Es que ustedes piensan que una persona apurada está para escribir cosa por cosa, letra por letra? Tuve que salir unos instantes y mi responsabilidad queda a salvo. El doctor Hipócrates Colifati se escapó esta mañana de Vieytes y lo van a devolver allí esta noche. Pero de lo que a usted le pase, sólo usted tiene la culpa. ¿Con qué le curó el resfrío?

——Con una pulmonía.

—Ha tenido suerte. Al cliente por motivo del cual lo encerraron, se lo curó con bronconeumonía, seguida de reposo en Chacarita. Lo felicito...

No sé cómo conseguí regresar a mi casa. Empecé a echar frazadas sobre mi cama, y me metía debajo de ellas cuando apareció mi esposa.

—Dime, Celedonio, ¿sabes qué ha sido de un tubo de aspirinas con botones de nácar dentro, que había en un cajón de la cómoda?

Yo callaba.

—No es por pensar mal. Pero eres tan aturdido que fuiste capaz de tragarlos, tomándolos por pastillas...

RELATO SIN PIES NI CABEZA

Por Serafín Landés

(PENSADO CON LA SEGUNDA Y ESCRITO CON LOS PRIMEROS)

ERA rengo, manco y tuerto, pero era un hombre muy entero y además vendía enteros de lotería. Tenía fama de "scomúnica", y en el boliche todo el mundo le escapaba, hasta que Luciano decidió ir contra la corriente y ver si quebraba su mala pata y la del billetero. Que, como hemos dicho, era mala pata, mal brazo y mal ojo. Y Luciano quebró el mal de ojo y la mala pata, demostrando que no era manco para elegir números...

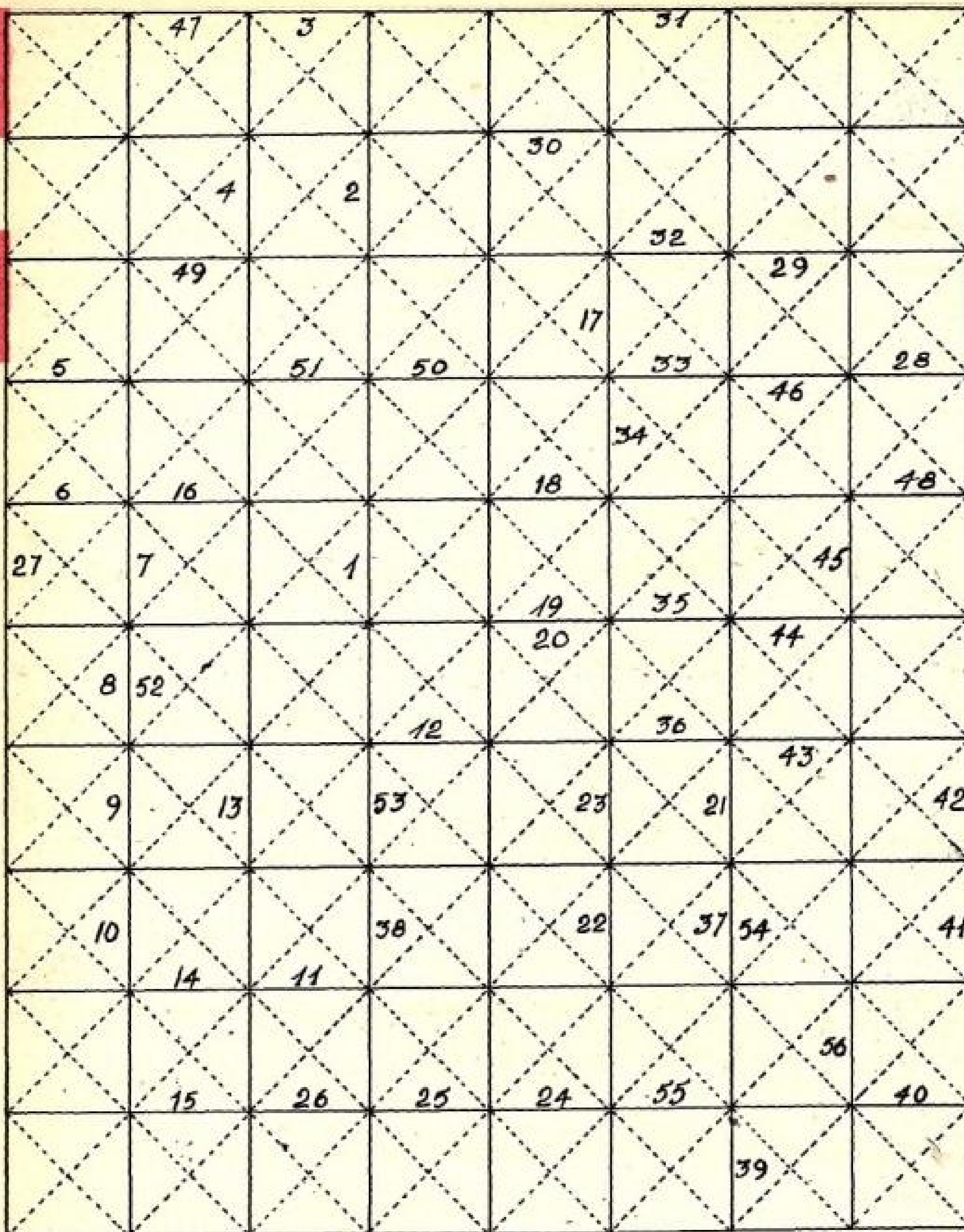
Cuando Luciano se sacó la grande, pagó una vuelta de café con gotas a la barra fuerte y se retiró del estaño. Puso una timba a la que bautizó con un nombre "epopéyico" (cosas de Luciano), que hizo famosa a la timba en varias leguas a la redonda. El nombre de la timba era "Lo cortés no quita lo valiente", y respondía en un todo a los procederes del tallador, que cuando entraba un tipo valiente jamás le trabajó el naipe, por respeto a la gente de ambiente, cortesía muy simpática, por cierto.

A la timba de Luciano concurrían los ases del ambiente, los reyes del hampa, algunas damas del barrio y dos pares ingleses de elevada estatura, que eran dos pares dobles.

Una noche se armó una tremolina de órdago a la grande. Dos puntos empezaron a jugar de manos, y ustedes saben que el juego de manos trae consecuencias desagradables. Separados los que peleaban, uno de ellos acusó al otro de que le había hecho una parada, y que él era un muchacho pierna y no merecía semejante jugada. Agregó que el otro se abrió de la barra y se le fué de salto, muy contento, por lo cual él rebotó y se jugó el resto en cuanto lo vió. Que el otro apenas lo vió cambió de color y quiso fugarse por una escalera real que había a los fondos de la casa, pero que él lo atajó cuando el otro quería irse a baraja, y tuvo que pelear. Y que como él era zurdo le hizo cobrar por la izquierda, aunque algunos sostengan que se debe cobrar por derecha.

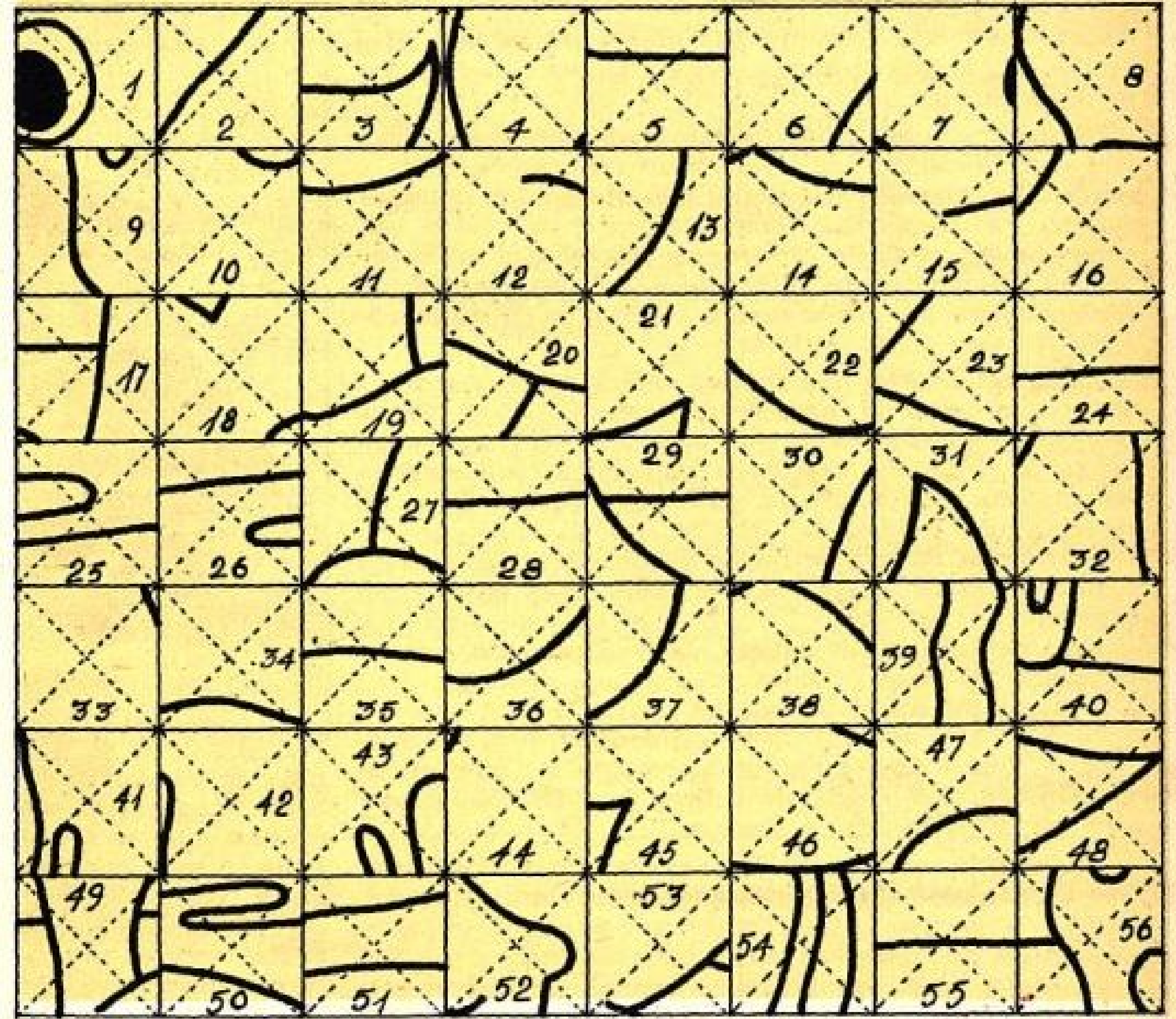
Apaciguados los ánimos, se consiguió que ambos adversarios aceptaran un duelo a cuchillo, y se fueron los rivales y los testigos a un terrenito lleno de ombúes. Y los dos timberos murieron en su ley: fallecieron en un monte criollo...

Cascamate



PARA RESOLVER EL CASCAMATE

Busque en el rectángulo de la izquierda el pequeño cuadrado que lleva el número 1 y reproduzca en él, con un lápiz, los trazos gruesos que aparecen en el cuadrado número 1 del rectángulo con fondo amarillo. Haga lo mismo con el cuadrado número 2, y así sucesivamente hasta el último. Al terminar se encontrará con que, sin la más pequeña dificultad, ha ejecutado un dibujo perfecto. Utilice las pequeñas diagonales punteadas, como referencia para facilitar la labor.





Por EL RATON PEREZ

FRASE INCOMPLETA

En amor, cuando una mujer os dice: "¡Si no muero, enloqueceré!", olvídase añadir: "por otro". **(Cani du Plessis-Chamant).**

MAL SINTOMA



Cuando una mujer jura que conservará, mientras viva, un objeto que le regaló el amado, es porque presiente que va a dejar de quererlo. (C. C. Sanguinetti).

CASO PERDIDO

"Nunca supo lo que era felicidad hasta que se casó. Pero ya era demasiado tarde para recobrarla". **(Walter's Dog House).**

SANTO REMEDIO



Cuando el célebre doctor Silva tuvo ocasión de hacer un viaje a Burdeos, fué consultado por toda la población. Las mujeres más bellas lo perseguían, quejándosele de los nervios; pero Silva no les recetaba nada, ni siquiera les hacía ningún caso. Como le preguntaran la razón de este proceder, contestó:

—Eso no son nervios: es vejez.

Al día siguiente todas las damas nerviosas de Burdeos estaban curadas.

VERDADERA HISTORIA DE SCHEHERAZADA

Convencida de que solamente podía salvar su cabeza a fuerza de labia, no cesaba de narrarle intrigas truculentas. Harún, conocedor de la realidad, le contestaba despectivo:

—Esos son cuentos.

Una noche, malhumorado, decidió entregarla al verdugo. Cuando se dió cuenta del fin que la esperaba, Scheherazada se echó a llorar; pero, recobrándose, trató de distraerle, en un supremo esfuerzo, y comenzó un larguísimo cuento de justicias y ladrones.

Harún la contemplaba en silencio. Estaba linda, despeinada, llorosa, estrujando trémula una babucha. Pensó que era el mejor ejemplar de su harén. Si no fuera tan charlatana...

Se acercó a ella y, con sonrisa bondadosa, le dijo:

—Si te callas, te perdono la vida.

"Cuentos de cuatro edades" (Feduchy).

TEATRO MINIMO

La acción en un manicomio. Padre, madre, suegra, tres cuñadas y once hijos visitan la casa. En una celda está un alienado al que le han colocado la camisa de fuerza.

NIÑO MENOR. — Y ése, papá, ¿qué hace ahí?

PADRE. — Ese... ¡Ah, hijito! ¡Ese se hace el loco para pasarla bien!

Telón.

INTERVALO

Una mujer bien educada no pasa de una pasión a otra sin un intervalo de tiempo más o menos prolongado. Jamás se producen dos accidentes seguidos en un mismo ferrocarril. **(Alejandro Dumas).**

EL MEJOR LANCE



Si malo es casarse, elige de males el menor y cásate con una viuda. Bien puede ocurrir que la mujer esté arrepentida de todas las torturas que dió al difunto y quiera dar buena vida a su segundo esposo. Y si encuentras una viuda que ha enterrado a varios maridos, tendrás mayores probabilidades. Lo difícil es acertar con ese estado de arrepentimiento de la mujer.

LA MANUFACTURA DE IMPARCIALES

Presenta

UNA PRIMICIA ABSOLUTA



CON EL NUEVO

Imparciales

LIMITADOS

HABANO DE 35 CENTAVOS

LO MEJOR EN SU CLASE

Imparciales, la marca que dió categoria a los cigarrillos negros de 20 ctvs., anuncia su nuevo producto: Imparciales (Limitados), cigarrillos habanos de 35 ctvs., elaborados con los mejores tabacos del mundo. Invitamos a Ud. a probarlos, constatando asimismo la comodidad del "Abridor Relámpago", el más moderno sistema de envase en la industria tabacalera mundial, adoptado por Imparciales como primicia absoluta para los fumadores de cigarrillos argentinos!

CALIDAD • PRESENTACION • COMODIDAD

